



Solo
SI ES
contigo
MARÍA GAREL

SOLO

SI ES CONTIGO

María Garel

Primera edición en digital: septiembre 2019

Título Original: Solo si es Contigo

©María Garel, 2019

Imagen de portada: ©Konradbak ©Cardaf

Diseño de portada: Nerea Pérez Expósito

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Gracias MP por ser mi mejor ejemplo para seguir.

*“Shoot for the moon even if you
miss you will land among the stars”*

MG

ÍNDICE

BARCELONA

NAVEGACIÓN

LA VALLETTA, MALTA

GRECIA

KATAKOLON, PUERTO DE OLIMPIA, GRECIA

HERACLIÓN, CRETA

PIREO, ATENAS

NAVEGACIÓN

CIVITACECCHIA, ITALIA

GENOVA, ITALIA

MARSELLA, FRANCIA.

BARCELONA, ESPAÑA

CONTRA TODOS

ENTREGA CON MIEDO

NEGACIÓN DE DIVORCIO

JUNTOS PASE LO QUE PASE

LIBRE CON CARGOS

CONFESIÓN

CAMINOS DIFERENTES

ENCUENTRO ROMÁNTICO

LA BODA DE LUCÍA

EL RESCATE

RECONCILIACIÓN

UN CRUCERO MÁS

Epílogo

¡Feliz cumpleaños, Bea!

BARCELONA

La Finca, una calurosa noche de sábado en junio. Se celebra la mejor boda de la temporada, el enlace de Nuria y Roberto, para todo el mundo una pareja ideal. Dos enamorados que tienen todo para triunfar en la vida, un futuro laboral asegurado y la vista de todos, un amor incondicional puro y sincero.

La celebración transcurre según lo previsto, bebida de calidad, animadores, orquesta, una joven vocalista con voz celestial que interpreta y baila los hits del verano. Un chico algo mayor, castaño claro de ojos verdes, muy parecido al cubano de las telenovelas mexicanas que pasan por la tele, y que hace las delicias visuales de las mujeres presentes con sus movimientos de cadera. ¿Qué puede fallar en esta noche?

La novia se ha cambiado de zapatos, ahora con la comodidad de unas preciosas esparteñas de color blanco roto, baila y disfruta con sus hermanas y amigas más cercanas sin quitar el ojo a su flamante esposo, quien bebe un trago y otro de whisky con sus amigos, los cuales lo zarandean y lo lanzan en volandas.

Todo va viento en popa, los novios bailan y disfrutan, Nuria está en un sueño, Roberto la toma de la mano y le da varias vueltas a la vez que se arrodilla y le sonríe. Los invitados forman un círculo alrededor haciendo palmas y gritando de júbilo.

De repente, todo comienza a dar vueltas, el suelo se inclina demasiado, todo sucede muy deprisa, la gente se ríe, se burla de Nuria. Roberto la mira y se pone en pie. Su mirada refleja asco, desprecio. Raquel, la exuberante cocinera que ha preparado el menú del banquete, se acerca al novio, posa su mano sobre el hombro del recién casado y Nuria, suelta lentamente la mano del joven. Roberto y Raquel se besan apasionadamente frente a todos. Cachete con cachete, abrazados y enamorados miran a Nuria, la joven se observa, se percata de su desnudez. ¿Dónde está su vestido de novia? Tan solo tiene un exquisito conjunto de lencería de encaje que deja al descubierto sus medidas casi perfectas. Como una modelo sobre una pasarela, se siente observada,

siente como los invitados la devoran con la mirada mientras se ríen. Trata de cubrirse el pecho, la gente la señala con el dedo, y se ríen haciendo comentarios inoportunos, mofándose de la situación.

Y de repente...

Seguro que cuando eras pequeña jugaste a ver quién aguanta más la respiración en la piscina. Esa sensación de ahogo, y de coger aire profundamente al sacar la cabeza del agua. Una inhalación profunda tratando de llenar tus pulmones de aire y hacer que cada gota de sangre vuelva a llevar oxígeno a cada célula del cuerpo.

Nuria despierta sobresaltada. Inspira profundamente por la boca hasta conseguir una respiración normal. Su cuerpo está cubierto por una fina sábana blanca. Queda sentada en el centro de la cama y por un instante, observa detenidamente la amplia habitación del hotel. Un lugar frío, de estilo minimalista, tonos grises, con metal y decoración abstracta. Reconoce el lugar con la mirada y comienza a recordar. Junto a un gran ventanal, una cubitera y una botella de *Möet* vacía. Tan solo hay una copa junto a las sábanas blancas que se mezclan con la ropa de la joven sobre la alfombra.

Nuria vuelve a recostarse sobre las mullidas almohadas blancas. Está casi desnuda, cierra los ojos recuperando el aliento lentamente. Posa su mano derecha sobre su vientre, y con el brazo izquierdo se cubre la cara. En un pulcro silencio se escuchan los sollozos de la joven. El abdomen se contrae cada vez que una lágrima sale de sus ojos, a la vez que a su mente viaja la imagen de Roberto empotrando a Raquel en los servicios de caballeros de La Finca en el día anterior. El día de su boda.

La luz que penetra por el gran ventanal molesta a Nuria, que suspira y busca con la mirada el teléfono móvil. Toma el aparato que se encuentra en modo silencio. Tiene veintisiete llamadas perdidas, la mayoría de Roberto, ciento cuatro mensajes, notificaciones en redes sociales y varios correos electrónicos. Pero a Nuria tan solo le importa saber cuánto tiempo tiene para alistarse y salir del hotel.

Es domingo y son las diez menos veinte de la mañana. Suspira profundamente y frota sus ojos con los nudillos. Se levanta de la cama y va dejando un rastro de sábanas de camino al baño quedando al descubierto su escultural cuerpo.

Nuria se observa en el espejo, tiene los ojos rojos, un evidente rastro de lágrimas en forma de bolsas, y unas temidas ojeras afean sus casi perfectas

facciones. Con decisión abre el grifo del agua caliente y cuando la estancia se cubre de vapor y el espejo se empaña, entra en la ducha dejando que el agua casi hirviendo quemara su piel, tal vez como castigo, o tal vez, para tratar de calentar su cuerpo, el cual, se ha quedado con la sangre congelada.

La recién casada, y separada, se encuentra liada en una toalla blanca, se percibe como las gotas de agua no quieren desaparecer de las morenas y torneadas piernas, el oscuro cabello mojado cae en forma de cascada sobre sus hombros, cuando escucha tocar la puerta. Sin pudor, abre sin preguntar quién es.

—Buenos días, servicio de habitaciones —dice un joven y nervioso camarero al ver a Nuria al natural.

—Yo no he pedido nada —responde la joven de forma seca y casi grosera.

—El desayuno estaba contratado para dos personas, y tenía que ser servido en la habitación —responde el joven, quien entra en el interior para dejar la bandeja sobre una mesa que hay junto a la ventana.

Nuria no se mueve de la puerta, sujetando la manivela e invitando al camarero desaparecer de su cuarto cuanto antes. El chico mira la estancia extrañado, al comprobar que la huésped está sola se marcha con torpeza. Nuria cierra la puerta con un golpe seco y se acerca hasta la mesa. Toma una pequeña cafetera de acero inoxidable y sirve café caliente en una de las tazas. El servicio es para dos. La joven da un sorbo al café, lo huele y saborea. Con cuidado levanta el cubreplatos de metal y contempla uno de los platos con fruta, mango, fresas y kiwi. La joven, siente una rabia incontrolable al descubrir el otro plato con la misma fruta. Con fuerza y un grito que sale de lo más profundo de sus entrañas, Nuria lanza la bandeja contra el suelo rompiéndose como sus sueños en mil pedazos.

Una falda vaquera corta, camiseta blanca básica de tirantes, zapatillas conver, cabello suelto y unas gafas de sol, grandes y oscuras, bastan para lucir perfecta. Nuria se baja del taxi en el puerto de Barcelona. El taxista la ayuda a descargar las dos maletas, mientras ella se coloca una pequeña mochila en su espalda.

—Que tingui un bon viatge —dice el señor mayor y panzón, de camisa blanca y pantalón negro.

—¿Qué dice? —pregunta Nuria.

—Que tenga un buen viaje —responde refunfuñando por lo grosera que se

ha mostrado la pasajera, a la vez que se sube de nuevo en su taxi para seguir con su rutina.

Nuria deja entre ver una sonrisa al admirar el enorme barco que hay frente a ella. Con paso decidido, se dirige hacia el control del puerto, donde tras los pertinentes trámites de pasaportes y revisión de maletas, puede acceder al barco.

Con curiosidad observa la tarjeta que le acaban de entregar y camina por el interior de los pasillos buscando su camarote. Con facilidad guía las dos maletas de cuatro ruedas por la gran moqueta roja, hasta que se detiene en una de las puertas, confirma que se trata de su habitación. Con un hábil movimiento, pasa la tarjeta por el lector y la puerta se abre ante ella. Es un camarote en suite con balcón. Una gran cama de matrimonio al centro de la habitación divide la estancia, al lado, las mesitas, enfrente un pequeño escritorio y sobre el una televisión interactiva.

Nuria cierra la puerta e investiga el lugar, abre la puerta del pequeño armario. Por otra de las puertas, accede al cómodo y práctico baño. Toallas suaves y blancas con las iniciales de la compañía bordadas. Nuria se muestra satisfecha. Con detenimiento observa el pequeño salón que se encuentra detrás de la pared donde está la televisión. Un sofá de dos plazas de diseño en tono beige, una pequeña mesa de centro, en un rincón, un coqueto mueble con una cafetera de capsulas junto con una bonita cesta con azúcar, diversos edulcorantes, bolsitas de té, y dos tazas. Al lado un minibar, el cual abre para ver el contenido, toma una botella de agua y se dirige hacia el coqueto balcón.

El reflejo del sol en el agua y la sensibilidad en sus ojos, la orillan a colocarse las gafas oscuras. La suave brisa que la rodea, hace que su cabello baile desordenado, pero no le importa. La chica llena sus pulmones de aire, con suave olor a sal.

—Infidelidad... Traición... —pronuncia casi en un susurro.

Nuria pasa las manos por el cabello tratando de poner un poco de orden. Da un pequeño sorbo a la botella de agua y cruje su cuello. Saca el teléfono del bolsillo trasero de la falda y comienza a marcar. Tras varios tonos, la dulce voz de Lucía le responde.

—Hola enana. ¿Cómo estás? —pregunta su hermana mayor.

—Hecha pedazos, Lucía —responde entrando en el camarote.

—Había más sitios dónde ir, Nuria, ¿por qué martirizarte haciendo el crucero del viaje de novios? —pregunta Lucía.

—Ya estaba pagado... ¿Cómo está mamá? —pregunta sentándose en la cama.

—Te puedes imaginar, con la importancia que le da al qué dirán, está encerrada en su habitación —responde Lucía desde el jardín de la casa, mirando la ventana que da al dormitorio de sus padres.

—Mira Luz, no tengo ganas de hablar. Solo quiero tratar de dormir y descansar. ¿Me entiendes verdad? —comenta Nuria dejándose caer sobre las almohadas.

—Claro que sí. No sabes lo que daría por evitarte este dolor —comenta Lucía triste por el sufrimiento que siente su hermana pequeña.

—Hace siete años me quitaste uno mucho más grande, que jamás olvidaré —responde Nuria.

—Eso ya pasó. Mejor olvídalo para siempre —reclama Luz —Anda trata de descansar y ya que estás en ese barco, busca la forma de disfrutar, de sanar tu alma y tratar de reconstruir tu corazón. Y cualquier cosa que necesites, no dudes en llamar. Aquí estoy siempre para lo que necesites — concluye Lucía.

Nuria camina por las zonas comunes del enorme crucero. Atraviesa varias zonas de ocio y comprueba con la tarjeta los restaurantes y bufé que incluye el viaje. A través de unas grandes cristaleras, observa a las dos parejas de una mesa, que disfrutan de una deliciosa carne a la plancha entre risas y bromas. Como le gustaría ser una de ellas, piensa frustrada.

Nuria continúa investigando el lugar, llega hasta el bar que hay junto a la piscina, y decide tomar un coctel.

—Un margarita —pide la chica.

Lima, tequila y Cointreau, un poco de sal, hielo y una rodajita de lima, agitado, sabroso y refrescante. En un par de tragos, Nuria degusta la bebida de origen mexicano en un par de sorbos.

—Otro —insiste al camarero señalando la copa.

El joven sonríe y con rapidez prepara la copa. Nuria toma la bebida y se dirige hacia la zona de tumbonas, se sienta en una de ellas y deja la copa sobre una pequeña mesa de madera de teka.

El ambiente es relajado. Niños jugando con varios monitores en una de las zonas. Gente tomando cocteles en la barra del bar. Al fondo, un grupo de amigos chapoteando en el agua, y de repente: él. Un hombre de unos treinta

años, cabello negro y unos ojos verdes de una intensidad semejante a la de una selva salvaje. Una mirada intensa, que podría derretir hasta el mismísimo polo norte. Una barba corta y cuidada hace que la curva de su sonrisa pueda cautivar el corazón más roto sobre la faz de la tierra. Unos labios que incitan a caer en la tentación de morderlos. Tiene puesto tan solo un bañador negro, que permite ver sus trabajadas piernas de gimnasio. Un abdomen, pecho y brazos capaces de despertar el deseo de cualquier mujer. Matías, quien está apoyado en la barra del bar hablando con varios monitores del barco.

Nuria lo observa detenidamente. Sabe que conoce a ese hombre de algún lugar, pero no logra recordarlo. La joven da un último sorbo a su coctel de margarita, y se pone en pie para ir a la barra, pero un leve mareo sacude su cabeza y siente que se va a caer. La chica no ha comido nada en todo el día y las dos copas con tequila han hecho mella en su sangre. En principio lo achaca al vaivén del barco, y aun así logra llegar a la barra.

—Otro margarita, por favor —pide al camarero.

A pesar de seguir la conversación con sus compañeros, Matías no quita los ojos de encima a Nuria. La chica ha llamado su atención. El camarero pone la copa en la barra, Nuria toma el coctel y mira a Matías. El joven le sonríe y Nuria está segura de que él irá detrás de ella, pero ¿qué está haciendo? No está preparada para conocer a nadie, su corazón está destrozado. La joven se apantoca en una de las barandas y da otro sorbo al tercer margarita. A la vez, devora a Matías con la mirada.

—Está muy bueno... ¿por qué no? Roberto me puso unos tremendos cuernos, seguramente todo el pueblo piensa que soy un venado, y donde las dan las toman... Es el ideal para una noche loca de pasión, mira que labios, que ojos, que agarre... es justo que tenga mi noche de bodas —asegura Nuria a una niña de unos cuatro años que está jugando con una muñeca.

—¿Qué es una noche de bodas? —pregunta ingenua la pequeña. Nuria mira a la niña y sonríe.

—Algún día lo entenderás, pequeña —le responde a la vez que, de hidalgo, termina con el margarita —La peor bajeza de un hombre, es buscar en otra lo que tiene en su casa. ¿Qué ganó con su infidelidad? ¿Qué tenía ella que no tenga yo? —continúa hablando.

—Dices unas cosas muy raras —proclama la niña sin entender nada.

Nuria sonríe y da unos pasos adelante en busca de la barra, y en busca de Matías, con una mezcla de extraños y divertidos contoneos etílicos va

caminando por el filo de la piscina, dónde hay un grupo de jóvenes jugando waterpolo, uno de los chicos lanza la pelota, con el infortunio de golpear a Nuria fuertemente en la cabeza, que junto con el alcohol en sangre provoca la pérdida de equilibrio y termina cayendo en la piscina.

De inmediato, Matías se lanza al agua para ayudarla, pero Nuria ha sufrido un desvanecimiento. El hombre la toma en sus brazos.

—Joven, joven, despierta —pide alterado, sujetando la mejilla de Nuria. Tras agarrarla con fuerza, Matías sale del agua y la deja sobre el césped artificial.

—Abran paso por favor —pide uno de los monitores.

—Jess, desaloja la zona, rápido —pide el socorrista de la piscina. Jess, una chica de unos veinticinco años va apartando a la gente, que obedecen y se hacen a un lado.

Matías, arrodillado junto a Nuria, acaricia su cara con delicadeza.

—Ya viene el servicio médico en camino —comenta el socorrista.

Nuria comienza a despertar y se echa mano a la cabeza.

—¿Qué me ha pasado? —pregunta desconcertada, y un tanto avergonzada al ver a la gente observando la situación. Por un instante, recuerda las miradas acusadoras que vivió en la fiesta, y comienza a hiperventilar. Matías, al darse cuenta la sujeta con fuerza y le toma la cara.

—¡Mírame! ¡Eh mírame! Tranquila, cálmate por favor —pide Matías.

Nuria, fija su mirada en los intensos ojos del desconocido. Ya se habían visto antes, pero ninguno de los dos logra recordar donde, o cuando.

—¿Tú me has sacado del agua? —pregunta aturdida.

—Sí. ¿Estás mejor? —pregunta preocupado.

—No, no, no estoy bien —responde nerviosa.

Nuria comienza a levantarse. Jess se acerca a la chica.

—Será mejor que esperes al médico —comenta.

—No, no hace falta, solo quiero irme a mi camarote —responde Nuria.

—Ok, pero yo te acompaño. Así me aseguro de que estas bien —dice Jess, ayudando a Nuria a ponerse en pie.

Matías observa como Nuria se va alejando con Jess. El socorrista se acerca al hombre y le da una palmada en la espalda.

—Este crucero promete ser muy intenso amigo mío —comenta mientras la gente regresa a sus actividades.

—Estoy seguro de que será el mejor viaje de mi vida —responde Matías

observando como la desconocida se pierde entre la gente, acompañada por Jess.

NAVEGACIÓN

El majestuoso crucero donde viaja Nuria ha partido desde el puerto de Barcelona, son más de las ocho de la tarde, y la bestia de hierro navega ya a unos veintitrés nudos. Rompiendo las olas del mar Mediterráneo, el barco va rumbo a Malta. Hay veinticuatro horas para disfrutar de la inmensidad del complejo flotante, pero Nuria... ¡Ay!, Nuria está profundamente dormida en su suite de lujo. Unos tímidos rayos de sol entran por la ventana donde casualmente, uno de ellos apunta directamente a los ojos de la chica, quien molesta, abre con un guiño uno de ellos.

—¡Autch! ¡Mi cabeza! —reclama dolorida.

Nuria se tapa los ojos y pasa las manos por el cabello despeinado. Comienza a recordar lo sucedido. Levemente, recuerda los ojos verdes del chico de la piscina, y una horrible pelota de waterpolo estrellarse en su cara.

—¡Ay, Dios! ¡Qué vergüenza! —susurra cubriéndose la cara con mullida almohada.

En un absoluto silencio, Nuria se pone en pie y camina algo mareada hacia el baño. Al entrar, su cara de espanto es más que evidente al ver su rostro desaliñado en el espejo, digno de la mejor resaca de adolescente. Unos minutos después tras recoger las greñas en un moño alto y lavarse la cara, Nuria sale y se acerca al balcón. En ese instante, llaman a la puerta. Nuria abre con curiosidad. ¿Quién la busca?

—¡Hola! ¡Vengo para ver cómo te encuentras! —exclama Jess.

—Perdón, ¿nos conocemos? —pregunta extrañada.

—Es normal que no me recuerdes. ¡Vaya balonazo te dieron! —comenta riendo la desconocida.

—Me acuerdo de que sentí un golpe seco y caí, destellos que llegan a mi mente de cómo me sacaron del agua, pero todo es muy confuso —responde Nuria, indicando con la mano para que entre, y cerrando la puerta después.

—No te preocupes, además el alcohol también influyó, el barman nos comentó que te tomaste unos tres de sus margaritas, y créeme son explosivos para cualquiera, y más si no estás acostumbrada —Explica Jess divertida.

—Ahora entiendo mi falta de memoria. ¡Qué vergüenza por Dios! —dice

mientras se cubre la cara con la mano y se sienta en el filo de la cama.

—Si vieras los casos que he visto a lo largo de todos mis viajes te sorprenderías —explica la chica — Perdón no me he presentado, soy Jess, te acompañé hasta aquí y te ayudé a cambiarte de ropa, estabas empapada. — dice sonriente.

—Estaba preocupada por no recordar como llegué hasta aquí, y como he amanecido con el pijama puesto —comenta avergonzada Nuria.

Mientras Jess se acerca hasta el balcón.

—¿Puedo? —pregunta Jess, con la intención de abrir la hoja de la ventana.

—¡Claro! —responde.

La chica abre la hoja de la ventana y accede al balcón seguida de Nuria. Ambas quedan en silencio contemplando la imponente puesta de sol que se ve en el horizonte, donde el mar es un claro reflejo de un hermoso cielo rojo, con un tímido sol anaranjado que se aleja para dejar paso a una blanca y gran luna llena, que pide paso para lucirse con sus mejores galas, acompañada por las estrellas más lucientes firmamento.

—¡Es impresionante! —comenta Jess mientras pasa sus manos por los brazos ante la piel de gallina que ha despertado el atardecer.

—¿Supongo que ya estarás acostumbrada a ver estas bonitas puestas de sol? —pregunta Nuria.

—Uno nunca se acostumbra a tanta belleza. Cada vez que disfruto de una panorámica semejante, siento culpa por no poder compartirla con la persona que más amo en esta vida —cuenta Jess con un rostro de anhelo.

—¿Tú pareja, supongo? —pregunta Nuria.

—No. Mi hijo —responde con seguridad.

Entre ambas se forma un silencio, es un poco incómodo, más para Nuria, porque sabe que viene la pregunta más difícil para ella.

—¿Puedo preguntarte porqué viajas sola? —pregunta tímidamente Jess.

Nuria guarda silencio unos instantes, reflexiona y apoya sus brazos en la baranda del balcón, da unas tímidas vueltas a su anillo de bodas. Pierde la mirada en el horizonte, ahoga un suspiro y muerde tímidamente su labio inferior, pensando las palabras correctas para describir su situación de la forma más clara; «Por qué me casé el otro día, pero en el banquete mi flamante y cabrón esposo me puso los cuernos con una cocinera. No, eso es una información demasiado directa. Esta chica es una desconocida» piensa por un instante.

—Digamos que cometí un error al casarme, pero decidí disfrutar del viaje de novios que mi madre me regaló —comenta Nuria mostrando una falsa sonrisa mientras juega con su anillo de bodas.

La cara de Jess es un poema y no sabe que responder. Nuria, que se percata de la metedura de pata de la chica por preguntar, trata de quitarle hierro al asunto. Se sienta en una de las tumbonas y se acomoda.

—Siéntate y dime ¿Cómo se llama tu hijo? —pregunta.

—André, y tiene cinco años. Es un niño muy risueño y no sabes cuánto me gustaría hacer este viaje con él. Disfrutaría muchísimo con todas las actividades y lugares que hay por ver —Comenta entristecida.

—¿Y si trabajas aquí, cuando lo ves? —pregunta Nuria.

—Lo veo cada vez que el barco atraca en Barcelona. Mi madre lo lleva al puerto para pasar la tarde juntos antes de zarpar de nuevo —explica Jess.

—¿Y su padre, también trabaja en el barco? —pregunta Nuria, siendo ella ahora la indiscreta.

—No, mi hijo no tiene padre. André es solamente mío. Me enamoré de un turista francés que prometió bajarme las estrellas y llevarme a Paris, y donde terminé fue en paritorios —comenta Jess con una carcajada pensando que ha contado un mal chiste —Pero no me arrepiento, mi hijo es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida, y por él, me levanto cada día. Para trabajar duro y para que nada le falte —continúa zanjando el tema de conversación.

—¡Eres muy valiente! —afirma Nuria.

—¡Gracias! — responde Jess —Pero bueno, sólo quería ver que estabas bien y mira... he de prepararme para esta noche —comenta Jess.

—¿Qué hay esta noche? —pregunta Nuria.

—La mejor fiesta de disfraces a la que puedas asistir en aguas del mediterráneo. Pásate, te aseguro que no te arrepentirás. En la carpeta que hay en el escritorio está toda la información... Estás aquí para divertirte, ¿no es así? —pregunta Jess.

Nuria asiente con la cabeza y deja ver una leve sonrisa, haciendo ver a Jess que la ha convencido.

Un rato después, la cama de Nuria no se ve. Está llena de ropa y vestidos que va colocando en el armario cuidadosamente. Al tomar uno rojo entre sus manos para guardarlo, recuerda las palabras de Jess... Una fiesta de disfraces, ¿por qué no?

Cerca de las diez de la noche, Nuria se hace presente en la cubierta de la

piscina, donde se celebra la fiesta. Va vestida con el bonito vestido rojo de corte imperio y escote de semi corazón y una apertura que deja al descubierto sus piernas por las rodillas, y una cola que vuela al susurro de la fina brisa. El cabello recogido en una cola de caballo alta y un maquillaje de noche donde destacan unos hermoso y pronunciados labios rojos.

Dos jóvenes animadores, se acercan a Nuria, uno de ellos con evidente señal de nerviosismo ante tanta belleza.

—Bienvenida, señorita. La tripulación le desea una feliz estancia, estamos aquí para hacer de su viaje, un sueño —comenta uno de ellos, quien, con delicadeza, coloca una máscara estilo veneciana en color negro, que cubre desde la nariz hasta la frente, haciendo contraste con sus llamativos labios, sintiendo el frío del metal.

—Gracias —dice sonriendo al chico.

—¡Diviértase! —pronuncia el joven que termina de colocar la máscara.

Nuria camina por el lugar, observa la iluminada piscina, que muestra el logotipo de la compañía grabado en el azulejo, a la vez, que las aguas danzan intentando imitar a la famosa fuente Bellagio en Las Vegas. La joven siente por un momento angustia, al no ver la cara de la gente que la admira al pasar.

—¡Pero bueno! —comenta Jess sorprendida, lleva una máscara carnavalesca y un disfraz de veneciana, de falda hasta los pies azul, camisa blanca y corsé rojo.

—¡Tenías razón, es una buena fiesta! —comenta Nuria.

—¡Claro que sí! Sólo te advierto una cosa, antes de arrimarte a Julio, el barman, pásate por la mesa de los canapés, sino te hará efecto demasiado pronto el tequila —aclara con una gran sonrisa en tono de broma Jess.

—Ok, además me muero de hambre —responde Nuria.

—Come algo y después te presento a unos amigos —ordena Jess, quien seguido se aleja con la bandeja en dirección a la cocina.

Nuria pasa por la mesa de la comida y devora varios canapés, piezas de sushi y sándwich. Apenas ha probado bocado desde la boda, y el estómago gruñe con fuerza.

—Vamos ven, tengo media hora de descanso —dice Jess, que se ha quitado el corsés, y anudado la camisa blanca a la cintura.

Apenas ha tragado la pieza de sushi california que traía en la boca, cuando Jess se detiene con un grupo de jóvenes.

—Mira, te voy a presentar. Él es Julio, quien este medio día propició tu

ingesta alcohólica —comenta riendo.

—¡Gracias eh! —comenta en broma Nuria.

—Mi deber es aplacar la sed de los turistas, y ya sé que a ti no te debo servir más de dos margaritas —responde Julio bromeando.

—Ella es Laura, su novia. Es encargada de mantenimiento de habitaciones, por las noches solemos reforzar el equipo en este tipo de eventos —comenta Jess.

—Mucho gusto —responde Nuria con atención, a la vez que les va dando dos besos en la mejilla.

—Izan, nuestro atractivo y sexi director deportivo. Si quieres ponerte en forma, nadie mejor que él —comenta a Nuria, a la vez que hace un guiño a Izan.

Julio se acerca a Nuria y le entrega una copa con un coctel de margarita.

—Toma, este está más suave que los de medio día, para que vayas entrando en la fiesta —comenta al dárselo.

Nuria se está divirtiendo. Ha bailado con Izan y reído con las ocurrencias y bromas de Julio. Desde hace un rato, Jess ha regresado al trabajo, pero no pierde de vista a Nuria, sabe que no está atravesando por un buen momento, y teme que se le pasen las copas.

—¿Estás buscando a alguien? —interroga Jess al pasar por su lado con una bandeja de copas vacías.

—No, ¿yo? Que va... para nada —responde Nuria algo nerviosa.

—Creo que Mat, el chico de ojos verdes que te sacó del agua no ha venido a la fiesta, al menos yo no lo he visto todavía —comenta Jess riéndose.

Nuria se pone colorada al verse descubierta. En verdad está buscando a su misterioso héroe, pero no ha dado con él.

—Quería darle las gracias, pero será mejor que me marche a mi camarote, estoy cansada —comenta Nuria.

—¿Estás bien? —pregunta Jess —¿Quieres que le pida a algún compañero que te acompañe? —insiste preocupada de verdad.

—No, no es necesario. Lo tengo todo bajo control —responde Nuria.

—Está bien. Descansa, Nuria, buenas noches —comenta Jess.

—Igualmente, que se de bien la noche —responde

Nuria camina en dirección a la salida. Continúa llevando la máscara puesta, baja por una rampa que conduce al interior de la cubierta, cuando observa a Izan hablar con un misterioso joven, parece que se están

despidiendo. Por un instante, Nuria los observa. Izan está muy bueno, pero el chico que hay a su lado, tiene unos glúteos de infarto. Al darse la vuelta, el joven se sorprende al verla, ninguno de los dos se ha reconocido. Matías lleva una máscara de media cara, de metal negro y un esmoquin, la poca iluminación y la oscuridad de la noche hace que sea irreconocible.

—Me dejaría atravesar por mil espadas de acero con tal de descubrir quien hay detrás de esa máscara, y volvería a nacer tan solo por besar tus labios —reclama Matías, mientras que Izan regresa a la fiesta sin decir nada.

Nuria se queda petrificada ante tal confesión de ese desconocido. Las máscaras ofrecen un aire de misterio y enigma que hacen que la noche sea irremediamente atractiva, además, los dos margaritas hacen que no le importe nada.

—No seas cursi —responde Nuria, a la vez que da unos pasos hacia el joven —No necesitas saber quién soy para besarme —proclama Nuria con seguridad.

Ambos se van acercando lentamente, se miran tratando de saber quién hay detrás de las oscuras máscaras, pero en ese instante, lo que menos importa es la identidad. Sus ojos se encuentran, están llenos de incertidumbre, de deseo... Matías rodea con sus brazos la cintura de Nuria y desliza su mano derecha hacia la espalda para atraerla hacia su torneado cuerpo, con la mano izquierda desciende hasta la cadera de la joven, quien no da muestra de impedimento, a su vez, ella pasa sus brazos por el cuello del misterioso hombre atrayendo su rostro hacia el suyo. Dejados llevar por la incógnita, se besan apasionadamente.

Matías conduce a Nuria hasta su camarote. Entre beso y beso el joven trata de quitarle la máscara, pero ella se lo impide.

—¿Por qué no quieres que te vea el rostro? —pregunta Matías mientras besa suavemente el cuello de Nuria.

—No quiero que se rompa el misterio —responde la chica mientras deja salir de su boca un gemido de placer al sentir la bravura que hay bajo el pantalón del desconocido.

Cuando llegan a la habitación de Matías, el joven toma el control absoluto, su desesperación y el deseo de Nuria, le dan la seguridad para hacer de esa primera noche en el barco, una noche única e inolvidable. Por la pequeña

ventana que da al exterior, un halo de luz de luna llena baña la estancia.

Matías arranca su chaqueta y la tira al suelo sin dejar de besar a Nuria, quien va desabrochando cada botón de la camisa con impaciencia, a la vez que el joven busca en la espalda la cremallera del vestido. Con avidez, Nuria despoja a Matías de su camisa, que cae cerca de la chaqueta. El joven desliza el cinturón por la trabilla del pantalón, Nuria desabrocha el botón y baja la cremallera ávida de deseo. La joven intenta introducir su mano, pero Matías, con seguridad le da la vuelta a Nuria, quien puede sentir el torso desnudo del joven y una gran erección debajo de su pantalón.

Con delicadeza, Matías besa cada centímetro de la espalda de Nuria hasta llegar a la cremallera del vestido. Desciende poco a poco hasta liberarla de la colorida tela que cubre su piel, mostrando que tan solo lleva una fina braga de encaje negra. Matías da un paso atrás y observa el cuerpo desnudo de Nuria. La habitación está en penumbra, pero aun así puede sentir la escultural figura de la chica en sus manos. Nuria se cubre el pecho con los brazos y se da la vuelta. Tiene la respiración agitada, al igual que Matías, que con pasión va regando de besos el cuerpo de Nuria, descendiendo hasta la cintura, cayendo de rodillas frente a ella. Con sus grandes manos aprieta fuertemente el trasero de la joven hacia su boca, para con delicadeza morder el monte venus de la chica, quien contiene la respiración, pero no puede evitar dejar escapar un placentero gemido. Nuria, apoya sus manos en los hombros de Matías y deja su piel al descubierto por completo, él, admira sus firmes pechos y eleva una de sus manos para acariciarlos. Nuria, segura de lo que está haciendo, retira el cordón que ata la máscara del joven y la deja caer a los pies de la cama.

—¿Estás segura? —pregunta Matías.

—Shsss. Calla y bésame —contesta Nuria en un susurro.

La luz es demasiado oscura, y apenas puede distinguir el rostro del joven, quien se levanta para arrebatarse la máscara de Nuria. Con pasión, ambos se besan y se entregan al deseo que les quema por dentro. Matías, agarra a Nuria por las nalgas y esta rodea la cintura del joven con sus piernas. Matías, con delicadeza, hinca la rodilla en la cama y deja caer su peso bajo el cuerpo de Nuria. Con entrega y convicción, hacen el amor apasionadamente.

Los rallos de sol están atravesando el hueco de cortina que hay sin cubrir la ventana. Nuria despierta primero, desconoce el lugar y siente que está apoyada sobre el brazo de Matías, quien tiene la cabeza girada para el lado

opuesto y cubierta con el otro brazo, impidiendo a Nuria ver con claridad el rostro del desconocido. Con vergüenza y temiendo ser descubierta por el chico que duerme a su lado, Nuria se levanta con sigilo. Agarra una camiseta de beisbol que encuentra sobre una silla. En el baño, Nuria coloca su cabello lo mejor que puede y queda pensativa mirándose en el espejo.

«Ya tuviste tu noche de bodas, chica» susurra sonriendo.

Con cuidado, saca medio cuerpo del baño para contemplar el cuerpo desnudo del joven, quien se ha dado la vuelta, impidiendo verle la cara. Nuria frunce el ceño y la nariz con un gracioso gesto de frustración, lo examina completamente desnudo, y muerde su labio inferior aguantando el deseo, que le pide saltar sobre la cama y despertar a ese maravilloso hombre, para hacer nuevamente el amor.

Con cuidado, agarra su vestido del suelo y los zapatos y sale de la habitación haciendo el menor ruido posible. Al cerrar la puerta, mira a un lado y otro, y detiene la mirada en el número del camarote: 8185, por si decide volver alguna noche. Con una sonrisa de oreja a oreja, llena de satisfacción, la joven aligera el paso para subir en el ascensor hasta la planta donde se encuentra su camarote, a su paso, la gente con la que se cruza la mira extrañada, aunque sabiendo a conciencia que la chica ha pasado una feliz primera noche de crucero.

LA VALLETTA, MALTA

Ataviada con un pantalón blanco tobillero, camisa vaquera azul cielo arremangada hasta el codo, un cinturón marrón haciendo juego con las sandalias y una mochila en los mismos tonos Nuria se coloca sus gafas de sol tipo aviator con cristal azul, y pelea con la suave brisa que alborota su cabello.

La chica espera junto a un amplio grupo de pasajeros que se disponen a bajar en la ciudad de La Valletta, Malta.

Desde la cubierta Nuria contempla como los veleros navegan con sus telas de poliéster blancas, que hacen contraste con el azul intenso del mar, haciendo que esos bonitos barcos se vean diminutos a su paso. Según el barco se va acercando al puerto, puede comprobar con más claridad la piedra caliza con la que está construida la ciudad y en poco menos de media hora, llegan a la Terminal de Ferry Valletta Waterfront.

Tras salir de la terminal, Nuria se coloca un sombrero tostado con una cinta blanca y camina junto a Alfred y Raquel, dos guías del barco, e Isabella, guía turística local, durante una media hora más o menos observando las calles y lugares turísticos hasta llegar al famoso ascensor Barakka Lift, para ser conducidos hasta la majestuosidad de Los jardines superiores de Barrakka, desde donde se puede observar con claridad la inmensidad del mar, los astilleros, las Tres Ciudades, etc. Nuria está observando como un guardia inspecciona los cañones que poco después serán disparados, cuando entra la inoportuna llamada de Roberto.

La joven se sienta en un banco de madera entre los arcos, sin perder de vista al grupo, y toma la llamada.

—¿Qué quieres Roberto? —pregunta Nuria cortante.

—Sólo quiero saber cómo estas, cariño —responde irónico.

—Eso es algo que a ti no te importa. Haz el favor de no llamarme más, no quiero saber nada de ti —insiste Nuria.

—Te recuerdo que estamos casados por todas las leyes, mi vida, y que me preocupo por ti, no es solo porque seas mi esposa, sino porque te quiero. Nuria, tenemos que hablar, tengo que explicarte lo que sucedió —reclama.

—No me interesan más explicaciones, tuve más que suficiente con lo que vi —aclara Nuria.

—Estás equivocada, fue un error, tenía los ojos vendados, no sabía que era Raquel, tienes que creerme —suplica Roberto.

—Pero Roberto, ¿es que piensas que me chupo el dedo? ¿O crees que soy idiota? Por Dios no busques excusas. No las hay —dice Nuria elevando el tono de voz.

Nuria seca las lágrimas que están brotando de sus ojos y coge aire profundamente, observa a un lado y a otro, los niños corriendo, mujeres dándose aire hablando amigablemente, turistas tomando fotografías, no quiere perder la compostura y dejarse llevar por el dolor, mucho menos, quiere que Roberto le arruine el viaje.

—Mira Nuria. Vamos a hablar. Tomo un vuelo y te alcanzo en el siguiente puerto. Tenemos que arreglar esto. Estamos casados cariño, tenemos toda la vida para ser felices —insiste Roberto.

—Claro que tenemos toda la vida para ser felices, y por eso quiero el divorcio —sentencia Nuria.

—Eso jamás, como dijo el cura hasta que la muerte nos separe. Jamás te voy a dejar —reclama Roberto.

—Mira, será mejor que no lo hagas más difícil. No me vuelvas a llamar, no me busques, no quiero saber nada de ti. Métetelo en la cabeza. Cuando regrese a España solicitaré nuestra separación legal y esta es mi última palabra —sentencia Nuria colgando el teléfono.

Sin más oportunidad para que Roberto pueda defenderse, la chica lo incluye en la lista negra de llamadas entrantes para que las futuras llamadas sean bloqueadas.

Nuria siente que se va a marear, el desayuno ha sido de lo más ligero, apenas un café de capsulas de la habitación y, el calor junto con la aglomeración de gente le están pasando factura en el cuerpo. Tras mirar a un lado y a otro, observa un pequeño kiosco a un lado de la explanada de los jardines. Busca con la mirada a Alfred y cuando obtiene contacto visual, le señala con la mano que estará en el café, el hombre asiente con la cabeza, señala su reloj y levanta el dedo índice, tiene una hora.

En el camarote 8185, Matías sale desnudo de la ducha secándose con una

toalla el cabello. Abre el armario y de un pequeño cajón saca unos boxes negros y los coloca con agilidad. Tiene un cuerpo torneado y un perfecto six pack, piel morena de bronceado natural y una cuidada imagen. El joven está recogiendo la ropa que la noche anterior le arrebató con deseo aquella joven misteriosa. Debajo de la sábana, encuentra la máscara que llevaba Nuria y no puede evitar sonreír al recordar la noche tan apasionada que vivió con ella. En unos instantes, su rostro refleja molestia, está excitado y la piel le arde, pero lo que realmente le fastidia, es que la chica se marchara sin decirle quien era, sin dejar una nota, o mejor aún, sin haberlo despertado para hacer de nuevo el amor.

En tierra firme, Nuria está sentada en la terraza del kiosco, un amable camarero se acerca y le pregunta:

—What will the beautiful lady take? —sonriendo aguarda la respuesta de Nuria.

—An orange juice and a small bottle of wáter, please —pide la joven en un perfecto inglés de academia y perfeccionado las veces que fue a Nueva York para visitar a Lucía.

—Ok —sonriente el señor se marcha hacia la barra.

En cuestión de unos minutos, el camarero coloca sobre la mesa el zumo y el agua y se retira. Nuria da un pequeño sorbo a la bebida y la saborea. Deja caer la espalda contra el respaldo de la silla y cruza una pierna sobre otra. Inmersa en su teléfono, la joven bloquea el número de Roberto para que este no le pueda enviar mensajes de texto.

Con curiosidad decide entrar en sus redes sociales, una infinidad de mensajes privados, fotos de la boda en donde está etiquetada o historias de lo que fue la boda. Entre ellos algún que otro comentario inoportuno de cómo «el recién casado se comió un pastel que ya tenía prohibido»

Entre otros comentarios, Nuria lee que era más que evidente, en el cual marca que «la pareja no iba a durar mucho de casados, pues el novio y la camarera ya tenían sus rollos antes de la boda»

Asqueada por todo lo que está leyendo, decide eliminar sus redes sociales de un plumazo, así no leerá esos comentarios hirientes y aun peor, comentarios en los que sus “amigas” no la defienden. Seguido, entra en la galería de fotos y comienza a pulsar todas las imágenes que ha compartido con Roberto,

momentos significativos, como cuando recogió su vestido de novia.

En ese instante solo quiere llorar, pero se contiene y oculta los ojos cristalinos tras las gafas de sol donde la gente no los puede ver, después de apurar el zumo y guardar la botella de agua en la mochila, la joven hace una señal al camarero, le deja un billete de cinco euros que cubre la consumición y la propina y se marcha en busca del grupo.

En el barco, Matías entra en el gimnasio. Lleva un pantalón rojo y una camiseta de poliéster reciclado blanca que permite expulsar el sudor en los duros entrenamientos, y mostrar sus torneados músculos. El joven, se sube en la cinta de correr y programa un ejercicio con cambios de elevación e intensidad.

Tras una media hora inmerso en sus pensamientos y perdiendo la mirada en las enormes cristaleras con vistas al mar, Izan se acerca a Matías.

—Pensé que te vería en la fiesta, y nunca llegaste —comenta Izan esperando una respuesta.

—Me fui a mi camarote, estaba cansado —trata de seguir, pero Izan lo interrumpe.

—Eso que te lo crea tu abuela, tío. Venga suelta, Mat. ¿quién fue la afortunada? —pregunta con curiosidad.

Al ver que Matías no responde, Izan detiene la cinta. El joven desciende la velocidad y Matías deja de correr para dar unos pasos hasta el completo detenimiento de la caminadora. Agarra una toalla y seca el sudor de su cara y desciende de la máquina.

—Izan, mira que eres pesado tío. Los caballeros no tenemos memoria. Déjalo y no insistas porque no te diré nada —susurra para que no lo escuche una señora que está subiendo en la máquina.

—Lo sabía, venga confirma, ¿fue la de rojo? —pregunta de nuevo. Matías se acerca a la máquina de refrescos y toma una botella de agua.

—No sé su nombre, llevaba un vestido rojo, pero no sé quién era y no tengo forma de saberlo —se lamenta Matías para sorpresa de Izan, que guarda silencio pensando en Nuria.

—Y venga ya, vamos a ponernos a trabajar que se nos va la mañana hablando de temas demasiado íntimos —dice Matías entrando en la pequeña oficina de Izan.

Al nordeste por Tris Sant'Orsla hacia Melita St, el grupo de la excursión camina en busca de la Con—Catedral de San Juan, de finales del siglo XVI, construida por los Caballeros de Malta. A través de sus calles de adoquines y edificaciones de piedra caliza, Nuria queda prendada de la sencillez del lugar, la simpatía de su gente y el respeto de los demás turistas en el lugar donde se guardan imágenes de extraordinario valor arquitectónico.

Una hora después, el grupo está de camino a la ciudad de Medina, la ciudad amurallada, la ciudad del silencio, pues no permite su entrada a vehículos con motor.

Por un lado, Nuria se ha arrepentido de hacer la excursión, le gustaría estar en el barco tirada en la cama de su camarote llorando por su situación, pero de pronto, la imagen del desconocido haciéndole el amor, hace que se sonroje, busca el agua en su mochila y toma un sorbo para refrescarse.

Decidida a sacar de su mente todos los acontecimientos surgidos en las últimas horas, presta atención a la historia tan fascinante que cuenta el guía sobre la ciudad.

Cansados por el ajetreo del paseo, los guías les dan unos momentos para que vayan al baño y se refresquen, para tomar un café o lo que les apetezca antes de regresar al barco. En ese instante, Nuria decide llamar a Lucía quien toma la llamada en dos tonos.

—Enana qué bueno que me llamas —se alegra la joven.

—Solo cinco minutos para decirte que todo está bien —responde Nuria.

—Seguro? —pregunta —¿Cómo te sientes? —insiste.

—Más tranquila después de hablar con Roberto y borrar mis redes sociales —comenta Nuria.

—Me di cuenta hace unos minutos. Pude leer varios comentarios fuera de lugar —explica Lucía.

—Sí, pero bueno. Y por casa, ¿cómo están todos? —pregunta Nuria.

—Por aquí todo revuelto, ¿qué quieres que te diga? pero no te preocupes que las aguas siempre vuelven a su cauce, esto pasa en cuanto haya otro chisme en el pueblo más jugoso que el tuyo —explica Lucía intentando sacar una sonrisa a su hermana pequeña.

—Lo dudo, aquí hay culebrón para rato Luz —aclara.

—Lo importante es que aproveches el viaje y lo disfrutes —reclama

Lucía.

—Eso estoy haciendo. Estoy en Malta —comenta.

—¿Y has conocido a alguien con quien ir a excursiones y hacer actividades? —pregunta.

Tras un breve silencio, Lucía vuelve a preguntar.

—Enana, mira que te conozco, suéltalo ya. Venga desembucha —pide Lucía.

—Bueno, conocer, conocer, lo que se dice conocer, quieres que te de la versión corta, porque la larga nos va a salir muy cara —esquiva Nuria.

—Venga Nu. Dispara de una vez —pide Lucía.

—A ver, después de mi entrada triunfal en el barco con una ingesta de margaritas, balonazo y caer en la piscina inconsciente, fui rescatada por un morenazo de ojos verdes y me desperté con semejante resaca en mi cama, pero se pasó cuando me fui a una fiesta de disfraces, comí algo y después de un par de margaritas más me crucé con un desconocido, ambos llevábamos una máscara, y terminamos en su camarote, y pues chica, tenía derecho a tener mi noche de bodas, ¿no crees? —explica de forma rápida Nuria.

—¡Qué! —exclama Lucía sorprendida.

—Vamos que al final di uso de mi preciosa lencería, aunque solo llevaba bragas —comenta Nuria riéndose.

—A ver Nuria, ¿te acostaste con un desconocido? —pregunta Lucía sorprendida.

—Sí, pero bueno, estuvo genial, y oye que yo repetiría encantada, pero no sé quién es, sólo recuerdo el número del camarote, y no está bien que me presente esta noche allí y toque la puerta. ¿O sí? —pregunta Nuria soltando una carcajada que hace que los demás turistas le presten atención.

—Pero, al menos tomarías precauciones, ¿verdad? —pregunta Lucía preocupada.

—Sí, por eso no te preocupes, aprendí a cuidarme. ¿Pero está mal lo que he hecho?, digo, tú nunca te has acostado con un extraño, un ligue de una noche —pregunta Nuria.

—Bueno, no de una noche, cuando conocí a Neal me gustó mucho, y salimos varias veces antes de tener relaciones sexuales —explica Lucía.

—A ver, no seas mojigata Luz. Que has estado viviendo siete años en Nueva York tú solita y sin dar explicaciones a nadie —comenta Nuria.

—Pero era tan grande el amor que sentía por Alberto, que no me podía

fijar en nadie más, hasta que pasaron años y conocí a Neal —relata Lucía.

—Pues entonces no sé qué me pasó, me encantó hacer el amor con este chico, y en ningún momento pensé en Roberto, porque lo que está pasando con él, me duele, supongo que es porque lo quiero, aunque no quiera volverlo a ver en la vida —dice Nuria.

—Quien sabe enana, tal vez lo que sentías por Roberto no es tan grande como tú imaginabas, por eso disfrutaste con el desconocido —cuestiona Lucía.

—No sé qué decirte, Luz. Solo tengo claro que voy a tratar de disfrutar este viaje y cuando regrese a casa muchas cosas van a cambiar, empezando por mi situación, ya le he dicho a Roberto que nos vamos a divorciar —dice Nuria.

—Sabes que cuentas con todo mi apoyo enana. Que te quiero mucho y aquí estoy para ti —expresa Lucía.

—Lo sé, solo espero que no te regreses a Nueva York antes de que yo vaya, quiero verte y pasar unos días las tres juntas —pide Nuria.

—Así será —afirma Luz.

Tras despedirse y guardar el aparato en la mochila, Nuria entra a uno de los baños que les ha indicado Isabella. En la fila esperando su turno, Amelia, otra pasajera del crucero se acerca a Nuria.

—Hola, parece que no queda papel, tienes unos clínex —pregunta la joven de unos veinte ocho años, de cabello rubio y ondas marcadas.

—Creo que sí —comenta Nuria pasando su mochila hacia adelante para buscar en su interior.

—Gracias —responde Amelia entrando al aseo casi bailando por su enorme deseo de aliviar su vejiga.

En el barco Matías muestra a Izan varios ejercicios de musculación y estiramientos, cuando Alejandra se acerca a ellos, la chica es una de las monitoras deportivas del barco, y de inmediato queda absorbida por la mirada de Matías.

—Bueno, espero que te haya quedado clara la técnica, lo más importante es tener un buen calentamiento para evitar lesiones, aunque sea lo más aburrido —comenta Matías.

—Claro que sí. Te aseguro que cuando tome vacaciones iré a visitarte a Granada, quiero conocer tus gimnasios y los métodos que usas a fondo — responde Izan.

—Serás bienvenido en mi casa —comenta Matías mientras que Alejandra se acerca a ellos.

—Espero que también me des unas clases a mí. Tengo unas fantásticas referencias tuyas —deja caer coqueta.

—Alejandra es una gran fisioterapeuta, ha ayudado a muchas personas que vienen buscando una recuperación para sus lesiones deportivas, aprovechando las vacaciones —comenta Izan.

—Habrá que probar esas manos —susurra Matías sonriendo a Alejandra, a la vez que le extiende la mano y se acerca para darle dos besos en la mejilla.

Tras la visita en Malta, Nuria regresó al barco, tomo un bocado en el restaurante japonés y se retiró a su camarote para descansar. Mucho más repuesta en todos los sentidos, Nuria toma un refresco observando la puesta de sol desde su balcón privado. El barco es una maravilla, igual que todo lo que la rodea, pero siente que se está comenzando a agobiar por los recuerdos y decide salir a dar un paseo.

Tras vestir su piel con un ajustado vestido de licra negro con estampados de flores y unos zapatos rojos, Nuria pone un tono rojo en sus labios y un poco de rímel en sus pestañas. Toma la tarjeta del barco y sale a pasear.

Al pasar por uno de los restaurantes, observa a lo lejos a Amelia y Lucas cenando con otra pareja. Amelia la ve a lo lejos, se levanta y sale a buscarla.

—Hola, tenemos dos sillas vacías en nuestra mesa, ¿te apetece cenar con nosotros? —comenta Amelia.

—Supongo que será muy aburrido desayunar, comer y cenar todos los días sola... ¡vamos, os acompaño! —responde Nuria agradecida.

Con rapidez y confianza, Amelia sonriendo toma del brazo a Nuria y la conduce hasta la mesa, donde hace las pertinentes presentaciones con los demás comensales. Lucas, su esposo y Jaime y Silvia, otra pareja de recién casados de Valladolid.

Tras una ligera y divertida cena, los comensales han respetado el hecho de que la joven viaje sola, y no han hecho preguntas incómodas, a pesar de darse cuenta de que lleva anillo de casada.

Tras despedirse en los ascensores, Nuria siente la necesidad de subir a la cubierta para tomar un poco de aire. La iluminación del lugar es espectacular, hay parejas dando paseos, otros grupos de amigos sentados en las tumbonas, de fondo, se escucha la música tipo disco y alguna mala canción de reggaetón que suena en la discoteca abierta.

Nuria, se apontoca en una baranda y trata de ver más allá de lo que la noche le permite, hasta donde la iluminación del barco se deja ver en la oscuridad del mar. Al ver pasar junto a ella una pareja de enamorados, la joven siente un ahogo en su pecho y comienza a llorar. En ese momento se da cuenta del juego que ha tenido con su anillo, el cual servía de relajación cuando estaba estresada dándole vueltas. Con rabia y coraje, arranca la pieza de oro blanco de su dedo y la mira con decepción, está dolida, necesita acabar con toda la historia que trae con Roberto y lo mejor que puede hacer es guardar, o perder ese anillo que tanto significaba para ella. Sin más, se sube en un hierro de la baranda para estar más alta y con fuerza lanza el anillo al mar.

Matías que va pasando, la observa subida y piensa que la joven se quiere tirar, corriendo todo lo que puede con las sandalias llega hasta Nuria y la agarra de la cintura, ambos caen para atrás, Nuria queda sobre el cuerpo de Matías y lo reconoce de la piscina.

—¿Eres idiota o qué te pasa? —pregunta asustada puniendo sus manos sobre el pecho de Matías para guardar la distancia, y tratar de levantarse

—No, perdona, ¿qué te pasa a ti, te querías tirar? —pregunta Matías.

—¡Claro que no! —sentencia Nuria haciéndose a un lado.

—Ah, no, entonces ¿me puedes decir que hacías subida ahí arriba? ¿Eres consciente del peligro? —insiste Matías levantándose —Espera... ¿tú eres la chica que cayó al agua el otro día? —dice mientras ofrece su mano para ayudarla a levantarse.

—Me temo que sí —asiente Nuria avergonzada levantándose sola, y rechazando el ofrecimiento de Matías.

Cuando están en pie, Nuria se coloca el vestido y observa con vergüenza a Matías, lleva una camisa blanca arremangada y un pantalón corto azul oscuro. Pero lo que más le atrae, es el aroma, el perfume que usa el joven.

—Y ahora, ¿me vas a decir qué hacías ahí subida? —pregunta Matías.

— Eso es algo que a ti no te importa —apunta Nuria.

Matías, viendo que la chica tiene los ojos llorosos, decide no preguntar más. La tensión es evidente, y Nuria sólo quiere salir corriendo. Llevada por

el impulso, extiende la mano a Matías, quien la toma sorprendido.

—Gracias por rescatarme el otro día del agua —agradece con una media sonrisa —Y buenas noches —sentencia, soltando la mano.

Sin más, Nuria se marcha, Matías la sigue con la mirada asombrado por el carácter de la chica, incrédulo pasa la mano por el cabello y suelta el aire acumulado junto con la tensión del momento.

GRECIA

Nuria y Amelia se encuentran en el patio central del barco, después de desayunar juntas con Lucas, las chicas han quedado para ir a una excursión por Corfú en todoterreno, cuando Matías se acerca a ellas tras reconocer a Nuria.

—Hola chica sin nombre —le susurra al oído.

—Me llamo Nuria. ¿Y ahora qué? ¿vas a saltar sobre mí, o qué nuevo importuno se te ha ocurrido? —comenta irónica Nuria.

—Pues mira, no estaría nada mal —responde observando descaradamente el bronceado de la chica, que viste un vaquero mini y una camisa corta tipo blusón calado de crochet, con mangas francesas ligeramente acampanadas que le da un toque bohemio y dulce. A juego, su sombrero en mano y gafas de sol tipo aviador. Unos bonitos pendientes con detalles en turquesa y pulsera compañera, y su cabello suelto con ondas que le impregnan un aire romántico.

—¿De qué va esto? —pregunta Amelia interrumpiendo el cruce de miradas, deduciendo que hay algo entre ellos.

—Hola soy Mat, el salvador de esta belleza —comenta mientras le extiende la mano a la recién casada, y le da dos besos en la mejilla.

—No es nadie con quien tenga ganas de hablar —comenta Nuria borde.

—Para no ser nadie, te he salvado la vida dos veces —responde Matías puniendo sus manos en la cintura enfrentando con la mirada a la chica.

—A ver, ¿cómo está eso? ¿Qué pasa aquí? —pregunta de nuevo Amelia.

—Yo te cuento lo que sucede —Matías se gira hacia Amelia ignorando la presencia de Nuria.

—Resulta que el otro día, tu amiga casi se ahoga en la piscina por un balonazo, y yo la rescaté, y anoche, no sé qué hacía subida en la baranda de la cubierta de proa, tuve que correr y agarrarla con fuerza y.. —intenta proseguir cuando Nuria lo interrumpe.

—Ya te lo dije, ¿qué te importa? —gruñe levantando la voz —No eres más que un entrometido por abordarme de esa forma. Estaba en un momento íntimo, y muy personal y no te voy a dar ninguna explicación —responde de forma alterada y dando con el dedo en el pecho de Matías.

—Aquí hay algo más que malentendidos me parece a mí —comenta

Amelia riendo por las miradas de los chicos.

En ese instante, Lucas se acerca a los jóvenes con cara seria.

—Chicas, una mala noticia —comenta el joven a la vez que rodea con su brazo la cintura de Amelia.

—¿Qué pasa? —pregunta su esposa.

—No podemos hacer el tour en el todoterreno, porque ninguno de los tres tenemos el carné de conducir internacional —responde serio.

—Jooo con las ganas que tenía de hacer esta excursión, cari. ¿Recuerdas que te lo dije cuando organizamos el viaje? —comenta triste Amelia.

—Sí, pero no caímos en tramitar el permiso. Y ahora no hay nada que podamos hacer —concluye.

—Chicos, yo si tengo la licencia internacional, que os parece si vamos los cuatro, a fin de que tengo el día libre —comenta Matías.

La cara de Nuria es un poema, quiere matarlo, ¿cinco horas con ese tipo? ni que estuviera loca.

—Lo siento si él va, yo me quedo —afirma con seguridad

—No seas aguafiestas, mira la cara de los enamorados. ¿Les vas a robar la ilusión de conocer esta ciudad tan hermosa? —pregunta Matías con cara guasona.

Nuria observa el rostro de Amelia, frunciendo el ceño y arrugando los labios, puniendo las manos juntas delante rogándole con la mirada triste.

—Por favor Nuria, vamos juntos. A todo esto, no nos han presentado. Soy Lucas —comenta el joven.

—Mat, encantado —dice sin dar su nombre completo.

—Nuria, tú decides —Pregunta Matías.

—Está bien, pero solo lo hago por Amelia y Lucas —aclara la chica.

Amelia, feliz da un grito de júbilo y se lanza sobre Nuria para darle un fuerte abrazo. Sin más, los cuatro toman la salida del barco en busca de aventura.

Tres coches más acompañan a Matías y Nuria en el tour. El guía, va en uno de los vehículos, les ha dado las instrucciones y normas del viaje para no perderse y tenerlos a todos controlados y regresar al barco a la hora indicada. Tan solo Matías puede conducir, y Lucas se ha sentado atrás con su esposa. Ambos van derramando miel, la cual salpica a Nuria y Matías, quien no deja de reír por la situación y la incomodidad de su acompañante.

Tras una parada de algo más de media hora en un pueblo llamado

Doukades, al norte de Corfú, los turistas descienden de los vehículos para tomar fotografías y refrescarse. Caminan por las bonitas y coloridas calles, Matías y Nuria van cada uno por su lado, pero sin perder la vista el uno del otro.

Amelia y Lucas se toman infinidad de selfis entre besos y arrumacos. Nuria, en cambio aprovecha para fotografiar los bellos rincones, edificios antiguos en tonos pasteles que encuentran a su paso. En una instantánea con su teléfono, Matías se cruza en el objetivo, y de forma inconsciente, Nuria comienza a tomarle fotografías de varios perfiles, en una de ellas, aumenta el zum de su aparato hasta tener una imagen del joven tan solo de rostro, en el cual, Nuria aprecia la intensidad de los ojos verdes, el fuerte mentón, como el cabello le monta las orejas y la cara cubierta por una barba cuidada de varios días. En un flas, a Nuria le viene a la cabeza el desconocido con el que se acostó el primer día en el barco. Recuerda que tenía barba y más o menos de la estatura de Mat. Pero ¿será posible tanta coincidencia? Se pregunta, cuando de repente, el joven la saca de su ensoñación al acercarse por detrás.

—¿Si te doy mi número de teléfono, me compartes la foto que me acabas de hacer? —pregunta.

—¡Eh! ¿qué foto? No te he tomado ninguna foto —aclara nerviosa.

—¡Claro que sí! —le responde Matías guiñándole el ojo mientras se dirige al coche.

A cierta distancia, el guía hace señas para que todos se suban en los coches para continuar su camino hacía Allimatades, un pueblo desde donde se ven ambos lados de la isla.

Esta vez, Lucas se sube en la parte delantera de vehículo con Matías. La sinuosa carretera hace que los ocupantes se tengan que agarrar bien por los baches. Nuria, sentada en la parte derecha trasera del vehículo, observa con detenimiento la sonrisa del joven. Sabe que le recuerda a alguien, pero no consigue ponerle nombre a ese parecido.

—¿Dime Lucas, a qué te dedicas? —pregunta Matías dando conversación al copiloto.

—Soy ingeniero electromecánico, doy servicio a varios talleres, y tengo el mío propio. No me puedo quejar, la verdad. ¿Y tú? —pregunta Lucas.

—Tengo una red de gimnasios en Andalucía que estoy tratando de expandir en varios lugares, y estoy en el barco para cualificar al director deportivo en una nueva técnica de entrenamientos, en los cuales puedes tomar forma en

cuestión de varios días, y que quieren implementar en el servicio del barco — comenta Matías.

—¿Entonces estás por trabajo? —pregunta Lucas.

—Sí, más o menos, aunque tengo mis días libres y flexibilidad en los horarios, por eso he podido venir con vosotros. También es una forma de dejar atrás lo que ha sido mi vida en estos meses —comenta Matías.

Nuria escucha con atención, siente curiosidad por saber qué le ha sucedido a Matías, a qué se refiere con dejar atrás. Pero el fuerte viento en el vehículo, y las constantes interrupciones de Amelia mostrándole fotos, hacen que la chica no pueda prestar atención a la conversación de los pasajeros delanteros. Pero Matías, sí que está pendiente de ella, y no deja de mirarla a través del espejo retrovisor.

Nuevamente, después de caminar por el pueblo y tomar cantidad de imágenes, el guía pide a los viajeros que retomen el viaje para llegar hasta a una bonita playa de aguas turquesa y templada, aunque escasa de infraestructuras, lo que les da un encanto a restaurantes y cafés que hay casi a la orilla. Mientras unos viajeros deciden ir a nadar, Lucas propone ir a comer al restaurante. Los demás están de acuerdo, después del ajetreo, están hambrientos.

—Y entonces, ¿cómo os conocisteis? —pregunta Matías.

—Me enamoré de Amelia cuando fui a la tienda donde trabajaba para comprar un traje para mi graduación, y desde entonces no nos hemos separado. Antes no había tantas redes sociales, ni whats, así que, a la antigua, valiente, le pedí su número de teléfono y me lo dio en el tique de la compra —comenta entre risas y miradas cómplices a su chica.

Los jóvenes ríen al recordar la anécdota delante de los padres de Lucas. Amelia, da un sorbo al vino Muscat Blanc que les han recomendado.

—Es cierto. Aunque mi sonrojo era más que notable, no quería que el joven al que todos los trajes le quedaban bien se me escapara —comenta riendo.

El camarero interrumpe con una fuente de espagueti con verduras y gambón, y una bandeja con cigalas abiertas con salsa que Lucas y Matías celebran.

—Y tú, Nuria, ¿a qué te dedicas? —pregunta Lucas.

—Soy profesora interina de primaria, acabo de aprobar las oposiciones y este año me dan mi primer destino —comenta ilusionada.

La cara de Matías es un poema. Siente como un clavo ardiendo le atraviesa el estómago y mira con seriedad a Nuria.

—Disculpad —dice sin más levantándose de la mesa.

—¿Le pasa algo? —pregunta Amelia.

—No sé, de repente se ha puesto serio —añade Lucas.

—Tal vez no le ha sentado algo bien —dice Amelia.

—Debería de ir a ver si necesita algo —comenta Nuria dudando.

Nuria da varias vueltas por el interior del restaurante en busca de Matías. Al no encontrarlo, decide entrar a los baños, pensando que ahí puede estar.

—Mat —llama Nuria al joven tocando la puerta del aseo masculino. Matías se encuentra en el interior echándose agua fría en la cara.

—¿Estás ahí? —insiste de nuevo la chica.

De repente, la puerta se abre y un señor panzón, sudoroso, calvo y con bigote sale con paso lento por el estrecho pasillo, haciendo que Nuria se tenga que pegar a la pared azul chillón para que el tipo no la arrolle con su barriga. Nuria decide salir del lugar y regresar a la mesa, pero al darse la vuelta, Matías la retiene por el brazo y la apega contra la pared.

—Así que maestra, y, ¿Das clases particulares, seño? —pregunta con ironía a la vez que el señor panzón regresa al baño y obliga a Matías a pegar su cuerpo contra el de Nuria, quien siente como sus piernas comienzan a temblar.

—Sí, pero no para ti —responde con la cercanía de su boca en la del joven. Sintiendo como su entrepierna se estremece con el roce del vaquero del joven, quien se aprovecha de la situación para aspirar el aroma de Nuria al arrimar sus labios al oído.

—Yo también te puedo enseñar muchas cosas —susurra suavemente.

Matías pasa su mano derecha por la cintura de la joven, mientras roza con la barba la mejilla de la chica, quien cierra los ojos dejándose llevar por el momento, deseando que Mat, tome la iniciativa para besarla. Con delicadeza, Matías besa suavemente el cuello de la joven a la altura del oído, Nuria se estremece, siente como su respiración se agita y las pulsaciones se disparan. Nuevamente, el tipo panzón los interrumpe carraspeando la garganta, sonriendo y mostrando su teléfono móvil, el cual deducen que había dejado olvidado en el baño. Matías sonrín, mientras, Nuria aprovecha para poner sus manos sobre el pecho del hombre y apartarlo.

—Voy al baño —comenta Nuria.

Matías apontoca la espalda en la pared del estrecho pasillo, suspira profundo y observa como la chica cierra la puerta del aseo. Al ver como el tipo desaparece del local, Matías se acerca a la puerta del baño y apontoca las manos con un deseo loco de entrar.

Por su parte, Nuria abre el grifo del agua, se mira en el espejo, sus mejillas están rojas como amapolas y los ojos le brillan de deseo. Una atracción por Mat se desborda en su interior. No sabe qué le está sucediendo, qué le provoca ese hombre que la irrita con su presencia, pero que necesita tener cerca. ¿Dónde está quedando su historia de seis años con Roberto? Todo lo que vivieron. Durante todo el día no ha pensado en él, ha olvidado por completo que está casada con otro hombre y se ha permitido coquetear con Mat, y solo tiene ojos para él.

La comida transcurre tranquila, Nuria se acelera y sonroja cada vez que Matías la mira o la roza al llenar su copa de vino. Amelia y Lucas se han dado cuenta de la situación, pero prefieren ser discretos y no preguntar. Es más que evidente y lo que se ve, no se juzga.

Aún les queda algo más de una hora para disfrutar de las aguas turquesas y Amelia y Nuria deciden darse un baño en el mar. Desde el restaurante, Lucas y Matías observan a las chicas embobados.

—Te gusta Nuria, ¿verdad? —pregunta Lucas.

—¿Se nota mucho? —responde Matías riendo.

Nuria deja sus sandalias sobre una roca, se quita el mini vaquero y deja ver la braguita tipo brasileño roja, Amelia, aprovecha para meter los pies en el agua, ya en bikini, la chica entra del todo en el mar con precaución de no mojarse el cabello. Nuria se saca con cuidado el vestido ablusado y lo deja con la demás ropa. Con delicadeza, se recoge el cabello en un moño alto y va entrando poco a poco al agua. Al mirar al restaurante, observa como Matías la mira embelesado y sonrío.

—Mat no deja de mirarte, es obvio que le gustas —comenta.

—¿A sí?, no me he dado cuenta. —responde entre risas sabiendo que es cierto, y recordando el encuentro en el pasillo de los aseos.

—Y a ti, no me digas que no te atrae, porque saltan chispas entre vosotros —confirma Amelia.

—Es complicado, Amelia —entre suspiros —Estoy casada —confiesa.

Amelia se muestra sorprendida por las palabras de su nueva amiga.

—Pero ¿y tú esposo? —pregunta Amelia.

—Digamos que soy una divorciada en su luna de miel —dice.

—Explícame esto, porque no me entero de nada —pide la joven.

—A ver, pues que después del baile de novios, encontré a mi flamante marido, cómo decirlo, fornicando con la cocinera en los baños del salón de bodas —explica.

—¡Qué! ¡Será cabrón! —replica la chica.

—Pero como el viaje nos lo ha regalado mi madre y quería escapar, porque ya sabes el dicho, pueblo chico, infierno grande, pues decidí venir y hacer el crucero —concluye Nuria.

—No te puedo creer. ¿Y ahora? —pregunta Amelia.

—Ahora, a disfrutar mi soltería, chica —responde tratando de poner un poco de humor a su desgracia.

En ese instante, los chicos se van acercando al agua con toallas. Lucas entra al mar al encuentro de su esposa y le entrega la toalla. Matías, espera que Nuria salga.

—Te traje la toalla, ya nos tenemos que ir —comenta el joven observando, y disfrutando de la vista, de cada centímetro de la escultural figura de Nuria.

—Gracias —responde Nuria saliendo del agua con una media sonrisa.

Cuando está llegando a la orilla, la joven resbala por un instante y pierde el equilibrio al torcerse su tobillo. Matías, nuevamente extiende los brazos y la sujeta atrayéndola a su cuerpo.

—Se está haciendo costumbre que te salve —comenta mientras que acaricia la piel mojada de la chica.

—Un resbalón lo tiene cualquiera —responde Nuria.

—No te resistas, sabes bien que terminaré mordiendo esos labios que tanto deseo —sentencia.

Una descarga eléctrica recorre el cuerpo de Nuria hasta sentir un nudo en el estómago y una sonrisa invade su boca llena de deseo. Matías, viendo como su joven acompañante se está sonrojando, le pasa la toalla por los hombros y la ayuda a salir.

El camino de regreso al barco pasa en un suspiro, Lucas y Amelia van en la parte de atrás, mientras que Nuria coloca bien su cabello mirándose por el espejo del parasol. Matías la observa con detenimiento, cada detalle le fascina. Esa chica le gusta de verdad. Nuria le devuelve las miradas, le sonríc

tímidamente, pero ilusionada como si del primer amor se tratase.

—¿Qué os parece si nos vemos para la cena y después vamos a la discoteca a bailar? —pregunta Lucas, accediendo al barco.

—¡Yo encantado! —responde Matías.

—¿Qué dices Nuria? —pregunta Amelia.

La chica mira a Matías y le sonrío.

—Nos vemos en el restaurante a las nueve y media —responde guiñando el ojo a Amelia.

—¡Si! — grita de júbilo Amelia.

Tras despedirse en los ascensores de la pareja, Matías acompaña a Nuria hasta su camarote. Al llegar a la puerta, Matías se apantoca en la pared del pasillo.

—Has hecho tu obra de caridad del día —comenta Matías.

—¿A sí? ¿cuál? —pregunta.

—Al venir al tour, has hecho feliz a Amelia —responde sonriendo.

—No ha estado mal del todo —dice Nuria.

—Creo que podía haber sido mejor si... —comenta Matías, acortando distancia entre ellos.

—Ha sido un buen día —interrumpe Nuria.

—Estoy seguro de que la noche será mucho mejor —comenta acercándose a la chica, a la vez que le coloca un mechón de su cabello detrás de la oreja.

Nuria, nerviosa pasa la tarjeta por el lector y desbloquea la puerta, dejándola entreabierta.

—Será mejor que entre —dice con indecisión.

Matías atrae a Nuria por la cintura hasta él, y casi rozando sus labios...

—Te prometo que esta noche será inolvidable —susurra en el oído.

El cuerpo de Nuria vibra en los brazos de Matías. Sonrojada por la situación, coloca sus manos en los bíceps del joven. Se miran con deseo, Matías posa su frente sobre la de Nuria y respira el aroma de su piel. Sabe que para Nuria tampoco es indiferente. La desea tanto como ella a él, pero la joven le gusta de verdad. Con delicadeza, le da un casto beso en la punta de la nariz.

—Descansa, a las nueve y cuarto paso por ti —susurra pasando sus labios por los de Nuria, robándole un suave beso que hace estremecer sus cuerpos.

Nuria cierra la puerta de su habitación, una sonrisa invade su rostro, los

ojos le brillan, está deseando que lleguen las nueve de la noche, pero...
—¿Y ahora qué me pongo? —grita nerviosa y acelerada.

KATAKOLON, PUERTO DE OLIMPIA, GRECIA

En forma de flas, van llegando a la memoria de Nuria los momentos de la noche anterior. La temática era ir de blanco y no tuvo problema, pues tomó el único vestido ibicenco que llevaba en la maleta. Matías, con un pantalón beige y una camisa blanca de manga larga, tocó la puerta del camarote a las nueve y cuarto. Ambos sonrieron al verse, Matías le entregó una rosa blanca, la cual tiene a su lado posada en la almohada.

Nuria, con tan solo un fino camisón de seda vistiendo su piel, toma la rosa y aspira su aroma, recuerda el beso en los labios que Matías le dio al abrir la puerta.

Sentada en el centro de la cama con el cabello alborotado y algún que otro resto de maquillaje, la joven sonríe feliz. La noche anterior tuvo una velada de lo más agradable con sus compañeros de viaje, Matías siempre a su lado, detallista y respetuoso en todo momento.

Después, en la discoteca todos bebieron licores, Nuria y Matías brindaron por una noche única. Apoderados de la pista de baile, los jóvenes mostraron sus mejores pasos, y dejaron claro que la atracción es mutua.

Nuria, toma su teléfono en la mano y se percata de la hora, casi las ocho de la mañana. Tiene que darse prisa, Matías está a punto de llegar a buscarla. Al llegar al baño, abre el grifo del agua caliente y se mira en el espejo, sonríe al ver que sus ojos brillan de felicidad.

Minutos después, Nuria entra en el espacio reducido, mientras el agua la cubre, recuerda los besos calientes de Matías. Sonrojándose, la chica se reclama por lo que está sintiendo, un deseo desborda su cuerpo, su piel reclama el cuerpo, los besos, las caricias, las manos de Matías.

Mientras, Matías ha madrugado para hacer deporte en el gimnasio. Subido en la cinta de correr, recuerda cada vez que su chica acariciaba su barba, y le cantaba a pulmón las canciones que sonaban en la pista. La entrega con la que bailaba con sus nuevas amigas, y cuando sus cuerpos se movían al mismo ritmo. El joven, detiene la cinta y se baja con cuidado. Tiene la camiseta mojada por el sudor, su respiración agitada, igual que la noche anterior cuando en la puerta del camarote de Nuria, Matías abrió la puerta y le confesó entre

beso y beso que le vuelve loco. Pero, con un chasquido con la lengua, el joven lamenta por no haber entrado para hacerle el amor.

Llevado por un impulso, Matías baja al camarote de Nuria y toca la puerta. La joven, envuelta en una toalla y recién salida de la ducha se acerca a la puerta.

—¿Quién es? —pregunta extrañada mirando la hora en el teléfono.

—Soy yo. Abre —responde el joven.

Nuria, nerviosa, comienza a dar vueltas buscando algo de ropa, lo primero que toma al abrir el armario, es la camiseta de beisbol que le quitó la primera noche cuando se entregaron sin saber quién es quién.

—Aún estoy sin vestir. Llegas demasiado pronto —comenta abriendo la puerta una cuarta a la vez que se esconde detrás para no ser vista.

—Mmm mucho mejor —reclama Matías intentando abrir un poco más la puerta, sin mucho éxito.

—Venga ya, Mat. ¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Muero por robarte un beso —dice abriendo un poco más la puerta.

—Estás loco, sabes —comenta Nuria sonriendo.

—Lo sé, pero loco por ti, no sé qué me has hecho, no vivo, solo pienso en ti. Te has metido muy dentro de mí —afirma terminando de abrir la puerta un poco más, hasta tomar a Nuria por la cintura y besarla apasionadamente.

La chica, tan sólo con la camiseta corresponde al apasionado beso de Matías, saborea su boca caliente, llena de deseo.

—Mmm quiero despertarme todos los días con este aroma —confiesa Matías absorbiendo el olor de Nuria, su jabón fresco de jazmín. El chico, pone su frente contra la de ella, se miran a los ojos, su respiración está agitada, sus ojos demuestran deseo y Nuria siente sobre su abdomen cómo el miembro de Matías se está desbordando.

—De verdad que estás loco, tienes que irte. Hemos quedado a las nueve en el restaurante y vamos a llegar tarde—comenta Nuria recuperando el aliento y tratando de poner un poco de orden.

—Me estás matando, Nuria —afirma mientras pasa sus manos por las piernas desnudas de la joven, llegando hasta su trasero desnudo, falto de tela. Suspirando al comprobar que no hay nada debajo y con decisión, da una suave patada a la puerta para cerrarla. Matías, arduo de deseo atrae a la chica contra su cuerpo. Nuria, pasa sus brazos por el cuello de él y lo besa apasionadamente. Saboreando el cuerpo de la joven, Matías le besa el cuello,

está desesperado, la necesita como el aire que respira.

—Vamos nena, déjate llevar —susurra en su oído, a la vez que pasa su mano por el monte venus de Nuria, ella se estremece, un gemido sale de su boca, Matías, la invade con su lengua mientras con avidez masajea el clítoris de la chica, quien no puede resistirse al placer que le provoca. Con la otra mano, Matías, va acariciando la suave piel hasta llegar al firme pecho de la joven y acariciarlo. Nuria se estremece, quiere más, quiere a Matías completamente dentro de ella. Deseosa, desata el cordón del pantalón deportivo del joven, con las yemas de los dedos, intenta acceder al interior, pero con rapidez, Matías se lo impide.

—Déjame —gruñe ella.

—Todavía no. Ahora te toca a ti —susurra mientras acelera el ritmo de su mano dentro de la vagina de la joven, quien loca de placer explota en un quejido de deseo. Matías, la abraza con fuerza.

—Esto es solo el principio porque no sabes todo lo que tengo guardado para ti —susurra en el oído de la joven. Matías, da un suave beso a Nuria en los labios.

—En un rato regreso para irnos —afirma, mientras la joven, aun desorientada trata de asimilar lo que acaba de suceder.

—¿Estás bien? —pregunta al ver el rostro de Nuria, que se torna serio.

—No, no estoy bien —afirma.

Matías se apontoca en la puerta arrepentido por su acto.

—Nuria perdóname, por favor. No debí dejarme llevar por todo lo que siento. Pero es más fuerte que yo —comienza a decir poniéndose nervioso.

Nuria, molesta lo hace a un lado y abre la puerta del camarote.

—Vete, necesito estar sola —afirma.

—Pero, estoy seguro de que sientes lo mismo que yo. Que... —dice Matías.

—Que nada, que me dejes sola. ¿No lo entiendes? —pide Nuria.

—No me voy sin qué me digas porqué te has enfadado —aclara él cerrando la puerta.

—Eres un gilipollas —afirma Nuria para sorpresa de Matías —¿Piensas que puedes entrar aquí y aprovecharte de lo que siento? ¿Dejarme así? ¿Llena de deseo, con unas ganas locas de hacerte el amor? —afirma para sorpresa de Matías.

—Yo, pensaba que... pero bueno, todavía tiene arreglo —comenta Matías

acercándose a ella.

—¡Vete al diablo! ¡Ya leches! —responde Nuria, a la vez que Matías sonrío al ver la cara de enfado de la joven.

—Te voy a recompensar y va a ser inolvidable. Te dejo que te prepares, en media hora estoy aquí —comenta pasando por su lado, robándole un beso y dándole un estrujón en el culo —Por cierto, me encanta cómo te queda esta camiseta, yo tengo una igual —comenta.

—Yaaa idiota —replica Nuria intentando mantener su enfado.

Tras cerrar la puerta, un gruñido de frustración sale de la garganta de Nuria, quien, de nuevo, abre el grifo de la ducha, y sin esperar que salga caliente entra dentro.

Matías pasa a recoger a Nuria a su camarote, él, vestido con un pantalón vaquero claro y polo blanco con bordes y cuello verde oscuro, que hace juego con el color de sus ojos, camina detrás de ella observando cómo se mueve la tela del vestido corto verde militar que lleva puesto, con unas zapatillas conver a juego, el cabello suelto bailando sobre sus hombros y un discreto maquillaje.

El camino en autobús hasta la antigua ciudad de Olimpia se hace corto. Las chicas, Nuria, Amelia y Silvia van comentando historias de parejas y situaciones comprometidas de sus chicos, riendo y disfrutando, mientras los hombres, como no, hablan de fútbol y trabajo.

Al llegar a Olimpia, Matías está encantado. Nuria, se percata de su cara de asombro mientras el guía les explica de fondo.

—Te van a entrar moscas como no cierres la boca —comenta dándole un leve golpecito con la yema de los dedos en la barbilla.

—Estoy fascinado, es impresionante, no sé por qué no había venido antes —responde.

—Es el destino, tenías que coincidir conmigo —afirma guiñándole el ojo.

—Puede que sea eso, bendito destino —afirma mientras la toma por la cintura y le da un tierno beso en los labios.

—A ver, cuéntame de esta ciudad, guíame —pide Nuria.

—¿De verdad quieres que te guíe? —pregunta Matías acariciando su rostro.

—Siempre —responde Nuria poniéndose de puntillas para robarle un beso

de los labios. Matías sonríe, está enamorado de Nuria y no lo puede evitar.

Con el brazo sobre el hombro de Nuria, Matías camina con ella mostrándole los lugares emblemáticos.

—Mira, estos son los restos arqueológicos de la antigua ciudad de Olimpia. Aquí, se jugaban los Juegos Olímpicos, de ahí su nombre. Se puede apreciar cómo era la vida de los antiguos griegos. Según está escrito, la ciudad de Olimpia es obra de Zeus, rey de los dioses griegos. — comenta observando con detenimiento el templo, gimnasio, hipódromo y el estadio para cuarenta mil espectadores.

Nuria admira la emoción con la que Matías observa cada detalle, hace fotografías y disfruta del paseo, interactúa con el guía y aprende cosas nuevas. No hay duda de que cada día le gusta más.

Un rato después, la excursión toma de nuevo el autobús para ir a una finca olivarera y vinícola donde paran a tomar un bocado y conocer la historia del aceite de oliva de origen italiano.

—Anoche, tú y Mat lo pasasteis muy bien —comenta Amelia.

—No se puede negar la atracción que hay entre vosotros dos es explosiva —añade Silvia, haciendo que Nuria sonría al recordar lo sucedido por la mañana.

—Además, el chico, oye... que está muy bien, sería un desperdicio que no le hicieras caso, es más que obvio que se muere de ganas por.. —comenta Amelia cuando se da cuenta que Matías las está observando. Las chicas comienzan a reír a carcajadas, mientras Lucas niega con la cabeza, no hay duda, están locas...

—¿Ya le has dicho a Mat que estás casada? —pregunta Amelia.

—Aún no y no sé cómo lo va a tomar —afirma Nuria.

—La verdad por delante, estoy segura de que te va a comprender y todo va a estar bien, ya verás —sentencia Silvia.

—Gracias, chicas —dice Nuria agarrándolas de la mano.

Cuando el autobús se detiene, los chicos se bajan en la finca olivarera y vinícola dedicada al turismo, dónde les dan una pequeña charla informativa y una cata de aceite y vino. En un porche con muros de ladrillo, mesas y sillas de madera envejecida, los seis amigos comparten una deliciosa comida mediterránea.

—Este viaje es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo —afirma Matías a sus compañeros, mirando a Nuria a los ojos mientras levanta su copa para un brindis.

—Lo mejor ha sido conocer a Nuria, ¿o no? —pregunta Jaime —no hay duda de que estás hasta las trancas amigo —afirma.

—Pues entonces, un brindis por los buenos amigos, por este viaje y por el amor —dice Lucas.

Los demás, levantan sus copas y brindan. Matías, da un beso a Nuria en los labios frente a los demás, los silbidos de júbilo y aplausos los encierran en una burbuja, un sueño, del que tarde o temprano, tendrán que despertar...

Nuria, tímida, esconde su cara en el cuello de Matías, quien sonríe al saber que la joven le corresponde.

—Tengo que contarte algo —susurra en su oído. Matías levanta la cara de Nuria para que esta lo mire a los ojos, va a darle un beso, pero ella lo detiene, posa las yemas de los dedos sobre sus labios y lo interrumpe.

—Es importante —suplica.

Matías, preocupado y cortado por la situación toma un sorbo de vino.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa, Nuria? —pregunta Matías.

Los demás comensales se han percatado de la situación, es un momento incómodo, pero Silvia levanta su copa y golpea el tenedor en ella.

—Chicos, tenéis que prometerme que una vez en casa, nos volveremos a ver, aunque sea una vez al año. Esto hay que repetirlo —pide la joven.

—Totalmente de acuerdo contigo —afirma Lucas.

Nuria, agobiada, se levanta de la mesa.

—Perdón no me encuentro muy bien, ahora vengo —afirma.

—Te acompaño —dice Matías.

—No, ya regreso, necesito estar sola un momento —afirma.

Nuria se dirige al interior del casco de la finca hacia el museo donde se encuentran herramientas y demás enseres de generaciones anteriores. Sentada en una silla en el interior, Nuria envía un mensaje de texto a Lucía, su hermana para avisarle que se encuentra bien y está disfrutando del viaje. Le envía varias fotos, y de inmediato, Lucía le responde, pidiéndole que sea inmensamente feliz y que no se cierre, que conozca gente, alguien que de verdad la valore.

En la comida, todos comentan lo visto durante la excursión, Silvia dice a Jaime que quiere comprar unos jabones y regalos para su casa. Matías está en

la conversación, pero a la vez preocupado por Nuria.

—¿Y vosotras no sabéis qué le pasó a Nuria? —pregunta Jaime.

—No es fácil pasar por lo que ella está pasando, que tu marido te ponga los cuernos y hagas el viaje de novios sola, no debe de ser muy agradable, de algo se habrá acordado —suelta Amelia sin querer por culpa de las cuatro copas de vino que lleva ya.

A Matías se le cae el tenedor en el plato y mira sorprendido a la joven. En la mesa se hace un gran silencio, se siente observado.

—¿Nuria está casada? —pregunta sorprendido.

Al ver las miradas de los cuatro acompañantes, Matías se levanta furioso. Los chicos, miran de forma acusadora a Amelia.

—Lo siento, de verdad ha sido sin querer —suplica.

Matías encuentra a Nuria sentada en el mismo lugar, con lágrimas en los ojos. Abatida por lo que está sucediendo.

—¿Estas llorando porque te gustaría que tu marido estuviera aquí contigo, en vez de estar conmigo? ¿no es así? —pregunta grosero Matías.

—¿Qué dices? ¿de dónde sacas eso? —dice Nuria.

—Ya sé que estás casada. Que este es tu viaje de novios. Y yo como un imbécil enamorado de ti. ¿A qué juegas, Nuria? —afirma furioso.

—¿Estás enamorado de mí? —pregunta Nuria.

—Maldita sea, Nuria. Respóndeme, ¿estás casada? —insiste gritando.

—Si... Si... estoy casada, con un sinvergüenza que me puso los cuernos delante de todos los invitados de mi boda. Sí, este es mi viaje de novios, el que debía haber sido inolvidable con mi esposo —afirma acercándose a él.

—Y claro, para desquitarte por lo que te hizo, aquí está el imbécil para consolarte, para entretenerte —dice Matías.

Dolida, Nuria le da una bofetada en la cara que le pica la punta de los dedos, que deja mudo al chico.

—Esto si qué no me lo esperaba, cualquier cosa, menos esto. Odio las mentiras —afirma Matías muy enfadado.

—¿Cómo te atreves a juzgarme sin saber lo que pasó? —pregunta.

—Lo único que sé es que he sido un juguete... y yo, enamorado de ti como un loco —afirma retirándose hacia la puerta.

—Mat, espera. Espera por favor. ¡Vamos a hablar! —pide Nuria. El joven

detiene su paso, respira profundo tratando de calmarse un poco.

Nuria y Matías caminan hacia el exterior en silencio, reflexionando por lo que está sucediendo, buscando las palabras para no lastimarse. Los jóvenes se encuentran a su paso con un rinconcito con unas mesas y sillas junto a unas encinas que proporcionan sombra para evitar el fuerte sol. Matías, toma una silla y se sienta.

—Quiero toda la verdad —pide cruzándose de brazos.

—Cómo te dije hace un rato, tenía que contarte algo, y no sabía cómo. Desde el principio debí decirte que estaba casada, pero eso es sólo un papel que no vale nada, porque mi matrimonio duró apenas unas horas. Después del baile, Roberto, mi esposo se estaba tirando a la cocinera en el baño y a mí me destrozó la vida. Tengo una madre impositiva, que se preocupa más por el qué dirán que por los sentimientos de sus hijas, ella quería que arreglara mi situación con mi esposo, pero como comprenderás, eso es imposible —afirma la joven.

—¿Por qué es imposible? ¿no lo quieres? —pregunta de nuevo Matías.

—Claro que lo quería, pero su traición ha roto seis años de relación y ya no hay nada. Se acabó —dice Nuria acercándose a él.

—¿Por qué yo? —pregunta Matías.

—Pues sinceramente no lo sé —afirma Nuria acercándose más y pasando su mano por la mejilla dónde le ha dado la cachetada, él, aun dudando, ladea el rostro —Te vi en la piscina, me gustaste, no lo voy a negar. Me salvaste de morir ahogada, y no sabía cómo reaccionar, me dio mucho coraje cuando me interrumpiste al lanzarte sobre mí, porque esa noche estaba tirando al mar el anillo de bodas —afirma la joven, Matías la mira sorprendido.

—Eso era —comenta llevándose la mano a la cara —¿Por qué no me lo dijiste entonces? —pregunta nuevamente el joven.

—Eras un desconocido, cómo te iba a contar cosas tan personales. Además, en ese momento, lo que menos quería, después de tu placaje, era saber nada de ti —afirma Nuria riendo.

—Tienes razón, lo siento —dice Matías.

—Vamos a olvidarlo todo, vamos a comenzar de nuevo —pide Nuria acercándose mucho más a él y extendiéndole la mano.

—¡Hola, soy Nuria! —dice sonriendo.

—¡Yo Mat. Encantado! —responde sonriendo.

Nuria, decidida a romper con su pasado y disfrutar el resto del viaje sin secretos, se sienta a horcajadas sobre Matías.

—¡Señorita!... Es usted muy atrevida —comenta coqueto Matías.

—Calla tonto, no pierdas el tiempo y bésame —pide Nuria a la vez que pasa la mano por la mejilla del joven. Tras un tierno y largo beso, Nuria mira fijamente a los ojos a Matías.

—Estoy segura de que te conozco de antes —afirma.

—Tal vez en tus sueños más profundos y calientes ya sabías que nos íbamos a encontrar —dice Matías, besando el cuello de la joven.

Nuria, coloca sus manos sobre los hombros de Matías, le da un tierno beso en los labios y acaricia su rostro.

—Será mejor que volvamos con los demás —comenta.

—Sí, porque pobre Amelia, debe de estar preocupada —comenta Matías —Pase lo que pase, siempre dime la verdad —insiste.

—Siempre —afirma Nuria abrazando al joven.

Ya en el barco, y aclarados todos los inconvenientes. Matías acompaña a Nuria hasta su camarote. La joven, abre la puerta y entra. Matías se queda esperando en la puerta.

—No seas tonto, entra —pide Nuria abriendo la hoja que da acceso al balcón.

Matías entra y cierra la puerta, se muestra nervioso. Sigue a Nuria hasta el balcón y se apoyan en la baranda.

—Menudas vistas —afirma Matías observando como el barco se va alejando del puerto. Nuria suspira, un olor a mar inunda su interior, Matías embobado la observa como ahora está mucho más tranquila.

—Quiero saber todo de ti —dice Matías acercándose a ella y abrazándola con fuerza.

—Tenemos mucho de qué hablar. Pero todo a su tiempo, no hay prisa, disfrutemos de este momento —pide Nuria besando sus labios.

—Me gustas mucho y no quiero estropear este momento, quiero estar contigo, sí, pero quiero que seas tú, que te sientas plena, segura, enamorada —dice Matías acariciando el rostro de la joven.

En ese instante, tocan la puerta del camarote de Nuria.

—¿Esperas a alguien? —pregunta con incertidumbre.

—No... nadie —afirma Nuria, quien entra en la estancia y se dirige a la

puerta.

—Hola, Nuria, las chicas que hacen las habitaciones me dijeron que no pusieron capsulas de café y vine a dejarte varias —comenta Jess.

Nuria, respira aliviada, al recordar por un instante cuando Roberto le dijo que tomaba el primer vuelo al siguiente puerto.

—Será mejor que me vaya, mañana tengo trabajo —comenta Mat. Mientras los jóvenes se dan un tierno beso, Jess los observa anonadada.

—¿Enserio? —comenta Jess al cerrar Nuria la puerta.

Nuria asiente con la cabeza y sonríe feliz, se sienta en la cama y Jess junto a ella con confianza.

—De verdad, Mat es un partidazo —afirma Jess.

—Pero bueno, cambiando el tema, ¿cómo está tu niño? —pregunta.

—Hermoso —dice mostrándole una foto en el teléfono.

—Llegando a Barcelona, vamos a ir a celebrar su cumpleaños. Me muero de ganas por verlo y comérmelo a besos —afirma Jess.

—Ojalá yo hubiera tenido el valor que tuviste tú —comenta observando la foto.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Jess.

—No por nada, cosas del pasado —responde Nuria con la mirada perdida, recordando a su antiguo profesor de educación física, a quien recuerda con una mezcla de sentimientos, dolor, rabia, pero mucho amor, el primer amor, el amor de juventud, ese amor platónico que, para muchas chicas en el instituto, sólo queda en eso, pero que Nuria, pudo convertirlo en realidad en los brazos de un joven maestro recién graduado. Un joven de cabello rizado negro, muy delgado, pero fibroso y definido. A pesar de no ser muy atractivo por aquel entonces, con aquellas gafas de pasta e imberbe, casi sin experiencia. Aquel hombre, al que se entregó por amor, por inconsciente, con dieciséis años, se convirtió en el primer hombre en su vida, aquél, que la hizo mujer, y con quién conoció el dolor y la decepción.

HERACLIÓN, CRETA

Son casi las diez de la mañana a bordo del crucero, Nuria está en su camarote sumida en un profundo sueño, el día anterior la dejó exhausta, y a pesar de haberle contado la verdad a Matías, no dejó de darle vueltas a la cabeza hasta bien entrada la noche.

Estirándose y apropiándose de toda la cama, la chica va despertando. Evalúa el camarote que ya se le hace familiar y se incorpora, pone los pies en el suelo y agarra el móvil como una rutina mañanera. Ya están en el puerto de Heraclión, y puede conectar los datos para que entren mensajes y actualizaciones mientras ella entra en el baño.

Un rato después, Nuria, vestida con un pantalón vaquero corto y una blusa cómoda, camina por la estancia en busca de la cafetera de capsulas que hay en el mueble, debajo del televisor, el cual enciende para escuchar las noticias en el canal internacional. La joven, introduce la capsula de arábica y en pocos segundos, la estancia se impregna de olor a café recién echo. Nuria sale al balcón y se sienta a degustar su primera dosis de cafeína diaria. El balcón del camarote da al puerto y puede apreciar la Fortaleza de Koules, un bastión defensivo y castillo fortaleza construido por los venecianos en el siglo XIII, y remodelado en 1.525.

Hoy tiene el día libre, Amelia y Silvia, junto con sus esposos han ido a una excursión, pero ella decidió quedarse a última hora. Quiere disfrutar del barco, hacer algunas compras y descansar. Matías está trabajando, y no puede contar con él, pero pasar un rato sola, le viene bien para desconectar.

Un par de horas después, la joven se acerca al gimnasio, quiere darle una sorpresa al chico que le gusta. A través de los cristales, lo observa en silencio admirando su escultural figura. Matías está con Izan y Alejandra, quien no pierde oportunidad para coquetear con el monitor, lo cual no gusta nada a Nuria, quien decide marcharse. Izan, que la ha visto a través de los cristales, hace una señal a Matías, quien sonríe y corre para alcanzarla bajando las escaleras en busca de la cubierta.

—¿Pensabas irte sin saludar? —pregunta agarrando a la joven por la cintura y dándole un tierno beso en los labios.

—Estas trabajando y no te quería interrumpir —responde.

—Da igual lo que haga, para ti siempre tengo tiempo —afirma el joven.

A Nuria le cambia la expresión. No hay duda de que cada vez le gusta más el joven. Quisiera quedarse con él, pero comprende que está ahí por trabajo, y debe respetarlo.

—Solo quería saludarte, voy a bajar un rato al puerto —comenta Nuria.

—Me parece perfecto. ¿Nos vemos más tarde? —pregunta.

—Claro que sí —afirma Nuria.

—Tengo unas ganas locas de verte, besarte y acariciar cada centímetro de tu piel —afirma Matías.

—Será mejor que me vaya o no respondo —responde Nuria, quien enamorada rodea con sus brazos el cuello de Matías para atraerlo hacia ella, y besarlo con pasión, mientras Izan y Alejandra los observan por la ventana resignados.

Una vez en tierra, Nuria pasea por el casco antiguo, toma fotografías, realiza algunas compras, detalles, regalos para su casa. Cansada por las cuestas y acalorada, se sienta a tomar un refresco en una terraza con vistas al puerto. Saca su móvil y llama por teléfono a Lucía.

El teléfono agota los tonos, lo deja sobre la mesa y en breve Lucía, le devuelve la llamada desde la Finca.

—¡Hola, Nu! ¿Cómo estás? —pregunta su hermana mayor al otro lado del teléfono.

—Bien, en Creta. ¡Oye, cómprate una tarjeta con número español, no puedo gastar un dineral cada vez que quiera hablar contigo! —dice Nuria.

—No te preocupes, que la voy a necesitar, aquí las cosas han dado un giro inesperado —comenta Luz.

—Cuéntame, ¿Cómo va todo por casa? —pregunta la joven.

—Mal, mamá ha estado ingresada en el hospital por una bajada de magnesio, ya está bien, está en casa, pero el médico le ha prohibido trabajar, así que me he hecho cargo de la administración de la finca —cuenta Lucía.

—¿Pero mamá está bien? —insiste.

—Sí, no te preocupes, no es nada grave —confirma.

—Y Roberto, ¿lo has visto asomar por ahí? —pregunta Nuria con temor a una respuesta.

—Sí, hace un rato lo he tenido que echar de la oficina porque se quería

apropiar de ella en ausencia de mamá, y para mi desgracia, no podemos despedir a Raquel, porque Roberto le hizo un contrato muy blindado y nos costaría un ojo de la cara. —dice Lucía.

—Por un lado, me alegro de que tú estés al frente de la finca ahora, eso quiere decir que te vas a quedar en casa. Pero por otro, es un fastidio volver a verles la cara, aunque no será por mucho tiempo. Me han dado plaza en un colegio de Granada, y me voy a mudar allí —comenta Nuria.

—¿De verdad? ¡Felicidades! ¡no sabes cuánto me alegro! —dice feliz Lucía.

—Pero cuenta, ¿qué hay del corazón? ¿cómo estás? —pregunta.

—Créeme si te digo que Roberto es agua pasada. Tengo claro que no lo quiero volver a ver, ahora hay alguien, no sé en qué termine, tal vez al llegar a puerto cada uno tome su camino, pero estoy disfrutando, y ya se verá. ¿Y tú, qué novedades tienes? —pregunta Nuria.

—Si te contara... regresar a casa ha supuesto una sacudida muy grande a mi vida, enana. Reencontrarme con Alberto ha puesto de cabeza mi corazón, y te juro que sigo enamorada de él como el primer día. Es él mi mayor motivo para quedarme. Lo quiero Nuria —confirma Lucía.

—Y por mi culpa habéis perdido siete años de relación y felicidad. No sabes cuánto me arrepiento. Fui una cobarde, cargaste con toda la culpa y jamás me lo voy a perdonar —dice Nuria.

—Nu, eso ya es agua pasada. No podemos cambiarlo, olivemos el pasado, vale. Vamos a ser felices, ahora, en tiempo presente —responde Lucía.

—Gracias por protegerme, por cuidarme tanto. Te amo Luz —dice Nuria a su hermana.

—Anda, disfruta el viaje, que yo haré lo mismo aquí, habrá tiempo de hablar cuando regreses —responde Lucía —Oye, te tengo que dejar. Tengo trabajo y.. —trata de decir cuando Nuria la interrumpe.

—Y Alberto está rondando por ahí —termina de decir la joven riendo.

—Sí, y no te voy a negar que tengo que saber por qué recomendó a Raquel, qué relación tiene con ella —comenta Luz.

—Lucía, entre ellos no hay nada es más que evidente que quien le interesaba era Roberto, pero será mejor que él te lo explique, y que te diga la verdad —insiste Nuria.

—Gracias enana. Te mando muchos besos —termina diciendo Lucía antes de colgar el teléfono.

Cómo si le hubieran inyectado una dosis de tranquilidad, por el hecho de haber hablado con Lucía, Nuria respira algo más aliviada. Saca de su mochila la cartera y paga los dos con ochenta del refresco, se levanta y caminando, llega hasta el barco en busca del camarote.

En el barco, Matías e Izan terminan el entrenamiento con dos jóvenes pasajeros. Alejandra sigue con ellos los ejercicios de estiramientos, mientras que los chicos entran en las duchas.

—Me tienes que contar cómo te va con Nuria, aunque ya vi en la mañana el tremendo beso que os disteis —comenta Izan.

—Entonces, ¿Qué más quieres que te cuente? —pregunta Matías sonriendo.

—No hay duda, amigo. Estás como un loco enamorado —añade Izan riendo.

Ambos jóvenes y atractivos entran en las duchas individuales. Matías pone el bañador sobre la puerta y se enjabona.

—¿Pero vais en serio, o qué? —pregunta Izan levantando la voz.

—Yo quiero seguir con esto que, todavía no sé cómo definirlo, porque Nuria está casada —afirma Matías aclarándose el champú del pelo.

—¿Qué has dicho? —pregunta Izan sorprendido.

—Lo que oyes... Ya te comenté que uno de los motivos de aceptar este viaje, era para darle tiempo a Eva de salirse del piso, no entraba en mis planes enamorarme, pero Nuria, tiene algo que no te puedo explicar. Deseo a esta mujer como a ninguna otra. Sólo tengo ojos para ella —confirma Matías abriendo la puerta de la ducha.

Completamente desnudo, el joven sale y lía una toalla en la cintura. Agarra el bañador de la puerta y va camino a los vestuarios. Abre la taquilla, saca su bolso y toma unos slip colocándolos en su sitio con agilidad, seguido, un pantalón corto tipo bermuda.

—Pues amigo mío, estas en serios problemas —dice Izan.

Matías se pone desodorante y una camiseta azul marino, abre el neceser, agarra un cepillo y da forma al cabello alborotado.

—No sé qué hacer. Más tarde veré a Nuria, le hablaré de Eva igual que ella me contó sobre su esposo —comenta Matías puniendo su perfume.

—Pues sí, es lo mínimo —comenta Izan vistiéndose —¿Y qué pasó con la

desconocida con la que pasaste la noche? —añade el joven curioso.

Matías se dirige a la zona de lavabos, se mira en el espejo y suspira.

—Esa mujer es inolvidable, puro fuego —confirma.

—¿Pero tienes idea de quién puede ser? —pregunta Izan.

—Creo que sí, y no voy a tardar mucho en confirmarlo. — afirma Matías sonriendo.

Uno de los limpiadores entra en los baños para fregar el suelo, con el infortunio de derramar un cubo con agua, lo que provoca que Matías, caminando con unas chanclas de goma resbale. Al caer, el joven se golpea fuertemente en la cabeza con el filo de piedra del lavabo y queda inconsciente.

En el camarote, Nuria se ha colocado un bikini verde militar que hace juego con el moreno de su piel, y un vestido playero. La joven se dirige a la piscina de la cubierta superior.

—Hola, Julio. ¿Qué tal? —saluda animada al barman.

—Qué sorpresa Nuria, pensé que no ibas a regresar por aquí. ¿Vienes por uno de mis explosivos margaritas? —pregunta Julio.

—Claro que sí, son deliciosos y hoy me hace falta uno —responde sonriendo.

El barman, de origen cubano, prepara el coctel que tanto le gusta a la joven. Nuria, toma la copa y se marcha al jacuzzi de la parte superior. Da un sorbo y deja la copa sobre una mesita de teka. El sol, la buena temperatura y el ambiente, hacen que la joven consiga relajarse.

Un rato después, Amelia y Silvia se unen a la joven, ataviadas con sus trajes de baño, las chicas entran en el jacuzzi divertidas, pero también agotadas.

—Vi tu mensaje en el whats, y le dije a Silvia. Nada mejor que una buena copa y unas burbujas para relajar el cuerpo —comenta Amelia.

—¿Cómo ha estado tu día? —pregunta Silvia a Nuria.

—Bien, bajé al casco antiguo e hice unas compras, hablé con mi hermana y pues aquí, relajada —responde dando un sorbo a su copa apurando el margarita.

—¿Y Matías? —pregunta Amelia.

—Lo vi esta mañana un rato, pero estaba trabajando —comenta Nuria.

Silvia levanta la copa de Nuria y hace un gesto a Jaime para que la llene.

El joven, levanta el pulgar en señal de visto y sonríe. Jess con cara seria se acerca a Julio, Nuria, desde el jacuzzi observa los expresivos rostros de preocupaci3n de los chicos. Cuando ve a Lucas subir hasta donde se encuentran las chicas.

—Nuria, tenemos que decirte algo —comenta serio.

—¿Qué pasa? ¡vaya cara! —comenta Amelia.

Lucas se va acercando con el rostro desenchajado al spa donde est  su esposa con las demás chicas. Toma aire profundamente a la vez que las j3venes lo observan con preocupaci3n.

—Es Mat, ha tenido un accidente hace un rato. Está en el hospital del barco —confirma Jaime.

—Pero ¿qué le ha pasado? ¿es grave? —pregunta la joven asustada, poniéndose en p e y saliendo del agua inmediatamente.

—Vamos, hay que ir a ver qué sucede —comenta Silvia.

—Será mejor que solo vaya Nuria, no es un lugar muy grande y lo vamos a saturar —pide Jess.

Nuria se seca con agilidad y se pone su vestido playero que hay en una de las tumbonas.

—Jess, por favor, acompáñame hasta el hospital, no s  llegar y voy a perder tiempo buscándolo —pide Nuria.

—Claro que sí. Vamos —afirma Jess.

—Nuria, av sanos cuando sepas algo porfa —pide Lucas.

Nuria asiente, mientras se calza las sandalias, seguido bajan hasta la cubierta inferior para entrar en el interior del barco.

Al llegar al mini hospital, una zona con todos los requisitos para atender cualquier emergencia, el teniente médico del barco está atendiendo a Matías.

—Izan ¿qué le pas3 a Mat? ¿C3mo est ? —pregunta Nuria nerviosa y asustada.

—El médico está con él, no te preocupes —confirma.

—Pero ¿qué sucedi3? —insiste alterada, tratando de calmarse.

Izan la toma de las manos y la guía hasta una de las sillas de la sala de espera.

—Estábamos en el vestuario, resbal3 y se golpe3 en la cabeza, perdi3 el conocimiento por el fuerte golpe —explica.

—Dios mío, pero ¿c3mo ha sucedido? ¿c3mo se puede golpear para llegar a perder el conocimiento? —intenta entender, cuando el médico sale de la sala

de curas. Nuria da un salto de la silla y se pone de pie. Jess la sostiene del brazo para calmarla.

—Doctor, ¿cómo está Mat? —pregunta Izan al ver salir al médico.

—El paciente es encuentra estable —confirma el médico.

Nuria, Jess e Izan respiran aliviados. Izan da un abrazo a las chicas con alegría. Mientras el médico camina hacia la consulta.

—Sígueme, por favor —les pide.

Una vez en el habitáculo, el médico toma asiento. Nuria y Jess se sientan e Izan queda en pie detrás de ellas.

—El golpe que ha sufrido su amigo es de bastante consideración, tiene una fuerte contusión. Ha sido necesario dar tres puntos de sutura. Aconsejaría realizar unas radiografías para descartar algún problema más serio, aunque eso depende de la decisión del paciente. Por lo pronto, estará aquí unas horas más en observación, y mi recomendación es que después, se marche a su camarote, descanse y guarde reposo —les dice el médico.

—Así será doctor, yo me encargo de eso —afirma Nuria.

—¿Usted es? —pregunta el médico.

—Su pareja —afirma ante la mirada de Izan y Jess, quienes asienten con la cabeza dando credibilidad a las palabras de Nuria.

—Comprenderán que, por lo reducido del espacio y la necesidad de descanso del paciente, solamente puede acompañarlo una persona —les informa el clínico.

Minutos después, Nuria entra en la habitación de observación. Matías está conectado a varias máquinas que controlan sus constantes vitales. El joven está con los ojos cerrados, aunque se percata de la presencia de la chica. Con delicadeza, Nuria acaricia el rostro de Matías y se sienta a su lado en un taburete de frío metal. Le toma la mano y lo mira con incertidumbre. «¿Qué siento por ti? ¿Por qué esta angustia de que algo malo te suceda? ¿Cómo es posible que, en tan solo unos días, te hayas metido dentro de mi corazón, borrando todo lo vivido anteriormente? No puedo dejar de pensar en ti, en querer verte los sesenta minutos de las veinticuatro horas del día. Sentir este deseo que se desborda por cada poro de mi piel. La locura del cuerpo deseando tus besos, tus abrazos... ¿quién eres?» Se cuestiona la chica mientras observa con detenimiento a Matías.

Un par de horas después, la joven aún sigue sentada en la misma postura, esperando que Matías despierte. Nuria, agotada por la incomodidad del taburete apoya sus brazos junto a la mano de Matías, y posa su cara en ellos, casi cuando se está quedando dormida, Matías abre los ojos y la ve junto a él.

—Hola —susurra abriendo los ojos por completo. El joven hace un profundo reconocimiento del lugar, a la vez que va recordando lo que sucedió.

—Tranquilo, no toques nada, voy por el médico —dice Nuria.

—Espera. ¿Quién eres? —pregunta Matías puniendo cara de asustado.

Nuria se queda petrificada. ¿Es posible que Matías no la recuerde? La joven se acerca al chico, acaricia su rostro y le da un tierno beso en los labios.

—¿Eres mi novia? —pregunta Matías.

—Soy quien tú quieras que sea —responde preocupada y derramando unas pequeñas lágrimas al ver que no la reconoce.

Matías, llevado por la ternura aparta un mechón de pelo que cae por la cara de Nuria y lo posa detrás de su oreja. Respira profundamente, y con delicadeza, atrae el rostro de la joven hasta sus labios para besarlos. El joven, guasón deja escapar una leven sonrisa y Nuria se percata de la broma.

—Idiota —reclama dándole un leve manotazo en el brazo.

Después de una exhaustiva revisión, el médico da de alta a Matías, le entrega varios informes y le recomienda que se tome las radiografías en el hospital Metropolitano de Pireo, junto al puerto. Los jóvenes escuchan atentamente al médico, quien les pide que guarde reposo, pero que trate de no dormir mucho, pues no es aconsejable después de un golpe como el suyo.

Saliendo del lugar, Matías se apoya en Nuria. Caminan por el barco despacio en busca de los ascensores que los guían hacia los camarotes. En ese instante, en silencio, un rugir de tripas se escucha como una lavadora centrifugando.

—Si, me muero de hambre —comenta Matías rompiendo en risas. Nuria sonrío y cambian el rumbo en busca de los restaurantes.

Tras tomar asiento, Matías pide una carne a la brasa y Nuria una ensalada toscana y agua.

—Te vi cuando entraste en el camarote —confiesa Matías.

—¿Por qué no me dijiste nada entonces? —pregunta Nuria llevando un bocado de tomate a la boca.

—Quería estar en silencio, disfrutar del cálido beso que me disté, y sin querer, me quedé dormido —responde Matías.

—No te lo puedo explicar con palabras, pero sentí mucho miedo al verte así. Lo sucedido ha hecho que me dé cuenta de cuanto significas para mí. Tal vez sea muy precipitado, pero no quiero perderte —confiesa Nuria, agarrando la mano de Matías. Enamorado, le da un tierno beso en los labios.

—¡Quédate conmigo esta noche! —suplica.

Al ver que la joven se ruboriza y se pone nerviosa, Matías acaricia su rostros y hace que lo mire a los ojos.

—Sólo quiero tenerte cerca, hablar por horas, no va a pasar nada que tú no quieras. Además, créeme que no estoy cien por cien después de semejante golpe —confiesa.

—Está bien, me quedo contigo —dice Nuria dando un tierno beso a Matías en los labios.

Después de un postre de chocolate compartido, Nuria y Matías caminan por el barco un rato. La noche casi se está haciendo presente y el joven se siente cansado, así que deciden ir al camarote de él para descansar. Al llegar a la puerta, Nuria se queda petrificada: 8185. Matías pasa la tarjeta y abre la puerta.

—Te voy a buscar mi camiseta de beisbol para que duermas con ella, te sentará igual de bien que la tuya —comenta el joven curioso por la respuesta de la joven.

Nuria no sabe cómo reaccionar. Matías es el desconocido con quien pasó la noche, por ese motivo su cuerpo vibra cada vez que el joven la mira, la toca o la besa. Ellos no se han reconocido, pero sus cuerpos sí.

—¿Qué pasa, Nuria? ¿Te da miedo estar a solas conmigo? —pregunta retando Matías.

—No, es que, creo que debería de irme para que puedas descansar mejor, no es prudente que esté aquí —excusa Nuria.

—¿Irte? ¡Claro que no! Tal vez si te dejo una máscara que tengo aquí guardada, decidas quedarte —le dice Matías atrayéndola hacia él y cerrando la puerta de la habitación, con Nuria desconcertada y sorprendida.

PIREO, ATENAS

Nuria se cubre su rostro por la vergüenza que, Mat es el desconocido con quien pasó la primera noche en el barco. Él, divertido por la situación ríe a carcajadas por la pena que siente la joven al ser descubierta.

—Ven conmigo, vamos a hablar, creo que acabo de confirmar mis sospechas —comenta el joven tomando la mano de Nuria y guiándola hasta el interior del camarote.

—Mat, estoy es surrealista. No puede ser tanta coincidencia —confiesa sentándose en el filo de la cama.

—Claro que puede ser, estábamos destinados a encontrarnos, esto es una casualidad, una bendita y una hermosa casualidad —afirma mientras se quita la camiseta manchada de sangre por el cuello.

—No quiero que vayas a pensar que me voy acostando por ahí con cualquiera —afirma Nuria con seriedad y algo nerviosa.

—A mí no me importa lo que hayas hecho en el pasado, no puedo tener celos de mí mismo —dice Matías.

—No sé qué me pasó, no soy así —confiesa la chica.

—Solamente nos dejamos llevar, el misterio, las máscaras... —comenta Matías poniéndose de rodillas delante de ella.

—Varios margaritas explosivos que Julio me había puesto, y en cierto modo, algo de rabia por lo que me estaba sucediendo, y de lo que tú no tenías culpa —interrumpe Nuria.

—¿Despecho? —pregunta Matías tomándole las manos.

—No te lo voy a negar. Quería mi noche de bodas —afirma.

—Vaya que eres sincera. A ver cómo asimilo esto —comenta Matías poniéndose en pie y tomando una botella de agua del minibar.

—Escucha, Mat. Me pediste sinceridad y te la estoy dando, simplemente pasó, una noche inolvidable, sí. Y no te lo digo ahora por que seas tú, sino porque así lo sentí. Al principio pensé en salir corriendo, en huir de este camarote, pero había algo en tus besos, tus caricias, no sé, no podía irme, mi cuerpo quería disfrutar todo lo que tú me ofrecías —confiesa Nuria.

—No dejas de sorprenderme —responde acercándose a ella.

—Por cierto, no busques tu camiseta, me la llevé puesta —afirma

sonriendo, a la vez que se acerca a Matías y posa sus manos sobre el tonificado pecho del joven y este la agarra de la cintura.

—He de confesar que a ti te queda mucho mejor que a mí —dice abrazándola. Ambos quedan en silencio por un momento. Su respiración se convierte en un compás al mismo tiempo.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —pregunta Matías.

—¡Querernos! —responde en un susurro quemándole los labios con la pasión que desprende de ellos.

Matías sonríe al ver cómo se sonroja. Entiende que Nuria quiere estar en sus brazos, ahora sin máscaras, sin mentiras, sin secretos. El silencio se apodera de la pequeña estancia, ambos se miran, se reconocen, sus bocas entreabiertas reclamando el calor de besos apasionados. Con calidez, Matías invade la boca de Nuria, la joven corresponde ardiente, su cuerpo exige más, quiere a Matías y lo desea ahora. Con avidez, Matías le da la vuelta y hunde su nariz en el cabello color miel de la joven. Inspira. Pasa sus manos por la cintura de la chica, y con delicadeza, eleva el vestido playero que lleva puesto, arrancándolo de su piel y dejándolo caer al suelo.

Matías está ansioso, quiere hacerla suya en ese instante, su insatisfecho pene erecto reclama libertad bajo el ajustado slip. Su cuerpo tiembla de impaciencia. Incapaz de contenerse ante la agitada respiración de ella, Matías traza un camino de besos desde los hombros hasta la espalda baja de la joven, mientras, con sus manos calientes juega con las yemas de sus dedos por el estómago de ella acariciando cada centímetro de su piel. Nuria se da la vuelta en busca de Matías, su entrepierna tiembla y reclama más que besos. El joven, devora la boca de Nuria. Mientras sus manos juegan con sus pequeños y firmes pechos escondidos bajo la tela del bikini.

Con las yemas de sus dedos, Nuria trata de entrar en el pantalón deportivo de Matías y liberar su ansiada erección. Necesita saborearlo, volver a sentirlo dentro de ella. Matías gruñe, aun no, no puede permitirse las caricias de las manos calientes de su chica, o explotará de placer antes de tiempo. El chico, sujeta las manos de Nuria, atrae su espalda suave y delicada contra su firme pecho, con la mano derecha, desciende hasta el vientre bajo de la joven, y accede por el monte venus hasta llegar al clítoris, mojado y húmedo, jadeante y ansioso. Nuria siente escalofríos de calor por todo su cuerpo, su piel se eriza ante el placer que Matías le da. De su cuerpo se escapan gemidos de júbilo, siente que no puede sostenerse sobre sus piernas, necesita más,

necesita a Matías completo. Provocativa, frota su trasero contra la imponente erección del joven, que no puede controlarse y arranca con rapidez la poca tela que cubre el cuerpo de Nuria. El chico la toma en sus brazos y la deja sobre la cama. Su vista es espectacular, Nuria en su cama, desnuda, desbordando placer. Un olor a sexo y sudor de cuerpos calientes invade el camarote. El joven, decidido a llevar al máximo orgasmo a la chica, invade con su boca la de ella, con destreza, introduce un dedo, otro y otro... dentro de la vagina, Nuria se contrae, él, con destreza lame el clítoris de la joven que siente como se convulsiona al llegar al clímax. Sin ser dueño de sus actos, Matías arranca los pantalones y los slip dando libertad a su erguido miembro viril. Abre las piernas de la chica y con delicadeza la invade dejando escapar jadeos roncros y gruñidos de placer. Nuria clava sus uñas sobre la espalda de Matías, besa sus labios y devora su boca agitada por la fuerte respiración. Bombea una y otra vez, entra y sale del cuerpo de Nuria. Ella lo muerde. Muerde su hombro tratando de contenerse al sentir un espasmo de placer que le recorre todo el cuerpo. Una vez más, Matías está desbordado, y juntos llegan al más absoluto orgasmo. Por unos instantes, Matías queda sobre el cuerpo de Nuria, recuperando el aliento. Él rueda a un lado derecho de la cama, se miran fijamente a los ojos, sonrían extasiados.

—¿Estás bien? —pregunta Matías casi sin fuerza.

Nuria asiente con la cabeza respira profundo tratando de luchar por el poco oxígeno que queda en la estancia, vuelve a sonreír feliz y enamorada.

Tras una intensa noche, Matías y Nuria están exhaustos. Agotados. Ella, abrazada al cuerpo desnudo de él, quien duerme plácidamente mientras lo observa con detenimiento. Por su mente pasa la idea de despertarlo para volver a sentir sus caricias, sus besos, pero es consciente de que sí Matías despierta, no bajarán a tierra para ir al hospital. Con cuidado, Nuria se levanta de la cama, de puntillas sin hacer ruido camina por el camarote recogiendo el bikini y el vestido. Entra en el baño. Al salir, Matías aún sigue dormido, Nuria sonrío, muerde su labio inferior con deseo... Tras ponerse las sandalias y echar una última mirada, la joven abre la puerta del camarote y con toda su idea, cierra dando un leve golpe para que el joven despierte.

Una hora después... Nuria está dando sus últimos retoques a un maquillaje suave, ataviada con un vestido negro de lunares blancos, suelto y ajustado a los hombros, y sus conchas blancas, cuando llaman a la puerta.

—No te vuelvas a ir de mi cama sin despertarme con un beso, nunca más

—pide casi rogando Matías.

—Si te hubiera despertado, te hubiera hecho el amor, y no habría tenido valor de salir del camarote en todo el día —confiesa enamorada, a la vez que se acerca a él para darle un apasionado beso de buenos días.

—¿Ya estás lista? —pregunta.

—Para ti, siempre —responde Nuria volviendo a besar al joven.

Tras coger el bolso y cerrar la puerta, los chicos abandonan la estancia.

Nuria y Matías desayunan con sus amigos, quienes se preocupan por su estado. Comentan de una excursión, pero Nuria y Mat, han de bajar al puerto para ir al hospital.

A media mañana Matías y Nuria están sentados en la sala de espera del Hospital Metropolitano esperando que les entreguen los resultados de las radiografías que le han tomado al joven.

—Y ahora tengo que buscar un piso económico en Granada para cuando empiecen las clases. La verdad no me esperaba que me dieran plaza tan rápido. He tenido mucha suerte —comenta Nuria en conversación iniciada.

—Has elegido bien, dar clases en un colegio de primaria es más fácil que en un instituto —comenta Matías con seriedad.

—Por qué no te gustan los maestros, o porqué te pones serio cuando sale el tema —pregunta extrañada por su seriedad.

—No, por nada, cosas de la vida, otro día te lo cuento —responde Matías —Lo bueno, es que te voy a tener cerca. Aunque, si tu quisieras, en vez de alquilar un piso, podías venirte al mío —sugiere.

—Sería una locura, es muy precipitado. Yo necesito mi espacio ahora mismo, al menos hasta que resuelva mi situación con Roberto —contesta Nuria sopesando la invitación.

—Pero yo te necesito a ti —responde a la vez que da un tierno beso en los labios a la joven.

—Poco a poco, más adelante decidimos —dice Nuria apoyando su cabeza sobre el hombro de Matías.

Tras unos minutos en silencio los jóvenes observan a una enfermera vestida de blanco y el cabello recogido en un moño alto. Un mujer de mediana edad, con una carpeta en la mano y paso acelerado.

—¡MATÍAS VALENCIA! —pronuncia elevando el tono y con cierta complicación por el idioma. Las demás personas en la sala miran al atractivo joven ponerse en pie, a la vez que la enfermera se acerca a él.

—¿Matías? —pregunta la enfermera. El joven asiente.

—Come with me, please —pide en inglés.

Matías da unos pasos siguiendo a la enfermera, pero se percata que Nuria no lo sigue, voltea y observa que la chica está hiperventilando. El joven, rápidamente se acerca a ella. Se preocupa al verla en ese estado.

—¿Qué te pasa? —pregunta asustado.

—Nada, estoy bien. Sólo necesito aire, te espero fuera —responde Nuria poniéndose en pie y saliendo rápidamente de la sala ante la atónita mirada de los presentes.

Fuera del hospital, Nuria coge aire profundamente. ¡MATÍAS VALENCIA! ¿Será posible? Todo parece cosa de brujas, un mal capricho del destino. Nuria quiere gritar, quiere llorar, quiere desaparecer... ¿Cómo puede la vida jugarle semejante pasada? Sentada en un banco a la sombra, Nuria trata de asimilar que el hombre del que se ha enamorado es el mismo profesor de educación física que tuvo en el instituto, pero, no se parecen, no lo ha reconocido, es cierto que le recordaba a alguien, pero jamás imagino que se tratase de Matías. Nunca le dijo su nombre completo. Maldito destino. ¿Cómo es posible que la vida le haya puesto en su camino al hombre que la hizo mujer? Ese hombre que la enamoró, un amor de juventud, ingenuo y sin maldad, aquel hombre, que la dejó embarazada y desapareció de su vida sin poderle dar la oportunidad de explicarle lo que estaba sucediendo. Aquel hombre que odió con toda su alma y que ahora, de nuevo necesita en su vida como oxígeno para respirar.

El teléfono de Nuria comienza a sonar. Es Bea, su hermana mayor. Por un instante duda en responder, pero al ver la insistencia de una segunda llamada, respira profundo y contesta.

—¡Bea! ¿Qué tal? ¿Y esta sorpresa que me llamas? ¿Cómo está mi sobrino gordito hermoso? —pregunta la joven tratando de enmascarar su voz.

—Bien, pero quien me sorprende eres tú. Lucía me dijo que estabas mucho mejor, pero no me lo creía —dice Bea sorprendida.

—Pues créetelo porque estoy muy bien —afirma.

—¿Cuándo regresas a casa? —pregunta Bea.

—El barco atraca en Barcelona en cinco días. Pero no sé cuándo vuelva. No me apetece enfrentarme a mamá, ni discutir con ella. Por cierto, ¿cómo sigue? Luz me contó lo que le pasó —dice Nuria.

—Mucho mejor, a quién vi ayer es a Roberto en La Finca —comenta.

—A ese ni me lo menciones. Es agua pasada, y además no es potable. Olvídalo igual que he hecho yo —responde.

—De verdad Nu, ni quien te reconozca, y yo que pensaba que ibas a estar llorando por los rincones del barco —confiesa.

—Ya ves que no, mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados, pero ya os contaré todo cuando regrese. ¿Cómo estás tú? y mi niño hermoso, ¿qué monería nueva a aprendido ahora? —pregunta Nuria para cambiar el tema.

—Yo bien, como siempre, de casa al trabajo, del trabajo a casa con Nando, sin dormir, con ojeras, sin descansar y con un marido que apenas me presta atención —confiesa.

—Me extraña de Santi, si ese hombre es un pan de Dios —responde extrañada.

—Ya ves, la vida que da muchas vueltas —afirma Bea.

—No sabes tú las vueltas que da, hasta marea —responde Nuria.

—La vida te cambia con un hijo. No sabes lo que es, Nuria —reclama.

—Tal vez si hubiera tenido valor —confiesa cabizbaja.

—¿A qué viene eso ahora? Tu historia con aquel sinvergüenza pasó, y gracias a Dios, porque no era indicado para ti —afirma Bea elevando el tono de voz algo molesta.

—¿Quién sabe Bea? si le hubiera dicho que estaba embarazada, las cosas hubieran sido diferentes, tal vez hubiera estado a mi lado —dice Nuria.

—Nena, él hubiera no existe. Ese tipo se aprovechó de tu inocencia, te engañó, te enamoró, consiguió su propósito y se marchó —reclama Bea.

—No, Bea. Sabes que nos enamoramos. Mis sentimientos eran sinceros, y los suyos podría jurar que también. Algo extraño pasó, ahora estoy segura de que no fue culpa nuestra. Hubo algo más —responde Nuria.

—Bueno, ¿a qué viene ahora todo esto sobre Matías? ¿Qué traes? Estás muy extraña, de verdad, no te entiendo —pregunta Bea.

—No me hagas caso, es que hoy estoy un poco nostálgica —responde al ver que Matías está saliendo por la puerta del hospital —Tengo que dejarte, ya me tengo que ir. Hablamos luego, ¿vale? Besos para todos —corta tajante Nuria el aparato al ver que Matías está a dos pasos de ella.

—Hola, ¿ya estás mejor? —pregunta Matías dándole un tierno beso en los labios a Nuria, quien se retrae un poco, no sabe cómo actuar.

—Sí. Me un poco agobié ahí dentro. ¿Qué te dijo el médico? —pregunta la joven dejándose abrazar por Matías.

—Qué todas las neuronas están en su sitio —responde sonriendo —Te siento rara. Diferente —confiesa él extrañado.

Nuria pasa sus manos por los fuertes brazos de Matías. Lo mira fijamente a los ojos, ahora los reconoce, antes tenía gafas y unas cejas más pobladas. La chica acaricia con las yemas de sus dedos el rostro de Matías, ahora, siete años después, tiene los pómulos más definidos, una barba cuidada de varios días. Cuando lo conoció apenas le estaba creciendo, siempre iba muy afeitado, porque tan solo le salía por algunos lados de las mejillas y lo odiaba porque se veían los pequeños hoyitos ocasionados por el acné.

—Abrázame muy fuerte por favor y no me sueltes nunca —suplica Nuria pasando sus brazos por debajo de los de Matías y agarrándose fuertemente a su espalda. Matías, extrañado y conmovido obedece y esconde su rostro en el cuello de la joven aspirando el aroma de su piel y su fresco perfume de jazmín.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo? —pregunta Matías acariciando las mejillas de Nuria.

—No, necesito regresar al barco —confiesa.

—Está bien, pequeña. Cómo tú quieras —responde Matías pasando su brazo por el hombro de Nuria.

Matías comprende que Nuria necesita su espacio, el camino hasta el barco ha sido silencioso y eso lo saca de sus casillas, la joven no se sincera con él, no le explica qué le pasa, pero tampoco quiere agobiarla con preguntas. Al pasar el control de seguridad y acceder al interior, Matías se detiene y le toma de la mano.

—Iré un rato al gimnasio para ver a Izan. ¿Quieres que nos veamos después para comer? —pregunta Matías.

—Mejor en la noche. Quiero hacer unas cosas e ir al spa. Necesito estar sola un rato —confiesa Nuria soltándose de la mano de Matías.

—De verdad, no te entiendo. ¿Qué te pasa, Nuria? —pregunta.

—Te prometo que esta noche hablamos. Estoy bien, solo que esta situación no es fácil para mí —excusa.

Matías posa sus manos sobre la cintura. Niega con la cabeza, no sabe qué responder. ¿Por qué ese cambio en la joven? No lo entiende.

—Como tú quieras —responde el joven dando unos pasos para ir hacia el ascensor.

Nuria, afligida camina rápido hasta llegar a él. Lo retiene del brazo y evita que suba en el elevador. Matías la mira extrañado y Nuria, de puntillas se eleva hasta llegar a sus labios para besarlos con anhelo, con ternura. Como aquellos besos que a escondidas se daban en el trastero del gimnasio. Matías la sostiene por la cintura y la abraza con fuerza, sin aliento para dejar que se vaya.

—Te espero esta noche en mi camarote —susurra Nuria entre beso y beso.

—¿No quieres que vayamos ahora? —sugiere Matías.

—Shhh nos vemos esta noche —confirma entrando en el ascensor y cerrando la puerta. A través del cristal del elevador, Nuria le dice adiós a la vez que le guiña un ojo y sonrío, Matías, de nuevo con las manos en la cintura vuelve a negar con la cabeza, Nuria lo vuelve loco y está perdiendo la razón con ella.

Nuria llega al café Internet del barco, toma asiento y se conecta en uno de los ordenadores. Una de las camareras le sirve un refrescante té helado de piña colada. Tras navegar por el universo de la red, la joven consigue dar con Matías. En su historial y currículum aparece como Licenciado en Ciencias de la Actividad Física y el Deporte, pero no hay rastro de los institutos donde ha impartido clase. Por otro lado, descubre la red de gimnasios que posé y la pasión que le dedica al trabajo. En redes sociales encuentra una foto comparativa de su cuerpo, la evolución de la práctica de deporte y una vida sana. Nuria hace una captura con su teléfono móvil y por un rato se queda mirando la pantalla del ordenador. Las dos imágenes de Matías, antes y después de dejar de verlo. Con la dedicación al deporte, el joven ha ensanchado sus espaldas, tonificado y agrandado el volumen de sus brazos y piernas. Marcado y definido los oblicuos externos y abultado el recto abdominal consiguiendo una figura de modelo de pasarela.

¿Cómo ha podido cambiar tanto como para no reconocerlo? Tras meditar un largo rato, la joven se marcha al restaurante japonés, se sienta en una mesa con vistas a la cúpula central y pide una copa de vino blanco mientras observa a los pasajeros caminar y tomarse fotos en el asombroso barco.

Nuria no puede dejar de analizar las dos imágenes de Matías. No reconoció su voz, su forma de besar, ahora más agresiva y posesiva, más experimentado. Sus sentimientos son una lavadora centrifugando, sí, tal cual.

Estaba segura de que jamás volvería a ver a Matías, le dolía la traición de Roberto quien ha dejado de existir por completo en su corazón, ya no siente nada por él. Y ahora, Matías regresa a su vida de la forma más apasionada e inesperada posible. Matías, su amor de juventud, y Mat, el amor de su vida en la misma persona, la misma piel y diferente forma de amar. ¿Qué sucedió con él? ¿Por qué se marchó? Lloró tanto por él, y ahora todos esos sentimientos dormidos han vuelto a renacer con mucha más fuerza, más pasión, y de nuevo ese miedo de perderlo en cuanto descubra la verdad. Abortó un hijo suyo y por un error, una maldita confusión, Lucía cargo con su acto, un acto que jamás se podrá perdonar.

Tras una merienda ligera Nuria se marcha a su camarote. Se sienta en el balcón y recuerda las palabras de Jess, cuando le contó que su hijo era lo más grande que había tenido en su vida. ¿Y ahora qué? Decirle a Matías la verdad, tarde o temprano lo va a descubrir, pero Nuria tiene miedo. Son demasiadas explicaciones. Según va cayendo la tarde, la noche se va haciendo paso y un cielo anaranjado se hace presente en el océano, Nuria teme por la reacción de Matías cuando le diga la verdad, ¿y si decide sacarla de su vida? Antes de que eso ocurra, quiere pasar una noche inolvidable con el que fuera su profesor de educación física, aquel de quien se enamoró perdidamente, y a quien quiere volver a hacer el amor.

Tras una placentera ducha Nuria se hace una trenza de espiga deshecha minuciosamente, todo está medido con mimo. Está segura de que será una noche única. Con tranquilidad, se maquilla en tonos suaves en los ojos, marcando los pómulos y un rojo intenso en sus labios.

Al salir a la habitación pone música con la aplicación del móvil, la lista de canciones que usan en el salón de bodas, en La Finca y la primera en sonar es *Just the way you are*, deja la toalla que tiene liada al cuerpo sobre la cama y se viste con uno de los conjuntos que dejó en la maleta. Sonriendo, recuerda las palabras que le dijo a sus *hermanas* «Este ya no lo voy a estrenar con Roberto, pero no faltará alguien que vea lo bien que me queda puesto.» Nuria se mira en el espejo, se siente segura de sí misma. Un bonito sujetador de encaje rojo y braga brasileña a juego con el deseo que despierta en ella Matías. Tras ponerse un fino quimono de seda negro recoge lo que ha dejado en la habitación y baja la intensidad de la luz. Todo está preparado. Se siente una mujer nueva, sexi, atrevida. Nuria toma del minibar una pequeña botella de champagne *Möet imperial rose* comprada en una de las tiendas de licores,

y se asegura de que tenga la temperatura ideal, cuando escucha la puerta ser golpeada por los nudillos de Matías, el rubor que siente en sus mejillas es únicamente comparable con la descarga que desprende su vientre y en su corazón. Tras una última mirada en el espejo y respirar profundamente, Nuria abre la puerta.

—Te estaba esperando —susurra a Matías

Matías se queda sin aliento. La sangre se ha revolucionado y su cuerpo vibra, está temblando, nervioso. Nuria, al ver que no es capaz de pronunciar palabra, introduce un par de falanges de los dedos de su mano derecha en el fino pantalón beige de Matías y lo hace acceder al interior de su camarote, donde se disponen a pasar una noche inolvidable, de amor, entrega y mucha pasión...

NAVEGACIÓN

Un nuevo día espera a Nuria y Matías a bordo del barco, hoy no hay paradas, todo es navegación en aguas del mediterráneo y en la noche tienen una cena de gala con el capitán. Nuria sale del baño de su camarote y admira el cuerpo desnudo de Matías, está enamorada de ese hombre, lo tiene metido en la sangre desde hace mucho tiempo.

Con sigilo, la chica entra de nuevo en la cama, da un tierno beso en los labios de Matías. Ansiosa por saborear nuevamente el cuerpo del joven, va derramando besos por toda la piel hasta llegar al pene. Con decisión lo toma entre sus dedos y lo mueve lentamente, observando con picardía cómo Matías se remueve despertando todo su cuerpo. Nuria sonrío al ver como disfruta el hombre que quiere, mientras siente la dureza del miembro entre sus manos, las venas largas marcadas a lo largo y el glande húmedo. Con delicadeza, baja hasta la base y regresa hacia la corona.

—Para —susurra en un gemido ronco.

—Shhh —susurra Nuria, a la vez que lame despacio y saborea el pene inmenso y excitado. Matías cierra de nuevo los ojos, disfrutando del placer que Nuria le está dando hasta perder por completo el control. Esa mujer lo vuelve loco, y con decisión se incorpora para abrazarla. Quedando a horcajadas sobre él, Nuria introduce el deseado miembro dentro de ella, llegando ambos al más absoluto clímax, disfrutando de su cuerpo caliente y saboreando cada centímetro de su piel.

Un par de horas después, los jóvenes hambrientos devoran el bufé libre del desayuno, frutas, zumo, café y tostadas. Amelia y Silvia llegan hasta los jóvenes ataviadas con sus bikinis listas para ir al spa.

—Venimos por ti, hoy toca consentirnos con un buen masaje —comenta Silvia. Nuria mira a Matías que sonrío divertido, se acerca al oído de la chica.

—Ve por ese masaje y reponte, porque esta noche te prometo que no vas a dormir —susurra.

Al ver que Nuria se sonroja, Silvia interrumpe.

—¿Qué nos dices?

—¡Vamos! —afirma Nuria.

—Mat, los chicos van a estar en el gimnasio —comenta Silvia.

—Ok, ahí los alcanzo chicas —responde Matías dando un sorbo al jugo de naranja con zanahoria.

—No hagas mucho esfuerzo que esta noche no voy a dormir —susurra Nuria en su oído. Matías sonríe viendo como las chicas se alejan, deseando que llegue la noche para volver a saborear el cuerpo deseado de Nuria.

Después de un tratamiento de choco terapia, las chicas llegan hasta la piscina dónde sus parejas están tomando unas cervezas servidas por Julio. Las recién casadas saludan de beso a sus chicos, Matías, se acerca a Nuria y aspira el aroma a chocolate de su piel.

—¡Vámonos al camarote! —suplica Matías en un susurro al oído de la joven.

—Relájate, no tengas prisa —pide Nuria dando un tierno beso en los labios ante la mirada de sus amigos.

—Esta noche cena de gala con el capitán. ¿Nos vemos a las siete en el patio central para cenar todos juntos? —pregunta Lucas.

—¡Yo encantada! —afirma Nuria dejando caer su espalda sobre el pecho mojado de Matías, y rozando su trasero con el miembro de Mat, quien rodea con sus brazos la cintura de su chica.

—No me tientes —susurra el joven ante la provocación, mientras Nuria ríe divertida y con un brillo especial en sus ojos, a la vez que agarra de la barra la cerveza de su chico para apagar su sed.

Después de una agradable comida y baños en la piscina, las parejas se marchan a sus respectivos camarotes para prepararse. Matías acompaña a Nuria hasta el suyo.

—¿Puedo pasar? —pregunta rodeando el cuerpo de Nuria.

—Si te dejo entrar llegaremos tarde a la cena —afirma.

—¿Que importa una cena si lo único que quiero es hacerte el amor como un loco? —responde besando a la chica apasionadamente.

Nuria le corresponde, pero consciente de que no podrá aguantar las ganas por mucho tiempo, pone sus manos sobre el pecho de Matías y lo separa un

poco.

—Ve a ponerte guapo anda y no me tientes. Que no me podré resistir un par de besos más —susurra Nuria.

—Está bien, pero que sepas que este que te lo guardo. Este me lo debes —reprocha.

—¡Nos lo apuntamos con intereses guapo! —responde Nuria dando un casto beso en los labios y empujando con suavidad al chico para que se marche.

Los chicos vestidos de traje, chaqueta y corbata y las chicas con bonitos vestidos largos de fiesta, escuchan las palabras del capitán del barco, que les desea una feliz noche, llena de sueños y magia. La cena transcurre de lo más tranquila, entre bromas, brindis de buenos deseos y promesas de volver a verse todos juntos, pero algo no va bien. Nuria observa que Matías no está al cien por cien con ellos. Algo le preocupa y quiere saber qué sucede. Tras brindar con cava, los jóvenes se levantan de la mesa para ir en dirección a una de las discotecas del barco, pero Nuria, agarra la mano de Matías y lo mira a los ojos.

—Vamos fuera, necesitamos un poco de aire —comenta.

—¿Te sientes mal? —pregunta él preocupado.

—Yo no, quien parece que está mal eres tú. Venga, vamos fuera para despejarnos un poco —pide.

Al salir, Nuria siente que la brisa es demasiado fresca para su fina piel, y su poca ropa, Matías, al darse cuenta se quita la chaqueta y cubre los hombros de su chica con ella.

—Gracias —susurra ella deteniendo su paso frente a él.

Por un instante se miran fijamente a los ojos. El tiempo se ha detenido en la inmensidad de sus miradas.

—¡Estoy enamorado de ti! —confiesa Matías.

Nuria sonrío emocionada, pero a la vez temerosa, tiene que decirle la verdad a Matías, pero siente miedo.

Matías da un tierno beso a Nuria y la abraza con fuerza.

—No quiero que este viaje termine nunca. No me quiero separar de ti jamás —afirma él.

—El destino es muy grande y sabe por qué hace las cosas, no me vas a perder, acabamos de encontrarnos —afirma ella.

—Cuando acepté este crucero jamás pensé que me iba a encontrar con el

amor de mi vida. No puedo explicarte todo lo que siento con palabras. Tal vez pienses que estoy loco, pero siento que te conozco desde hace tiempo y que te quiero desde siempre —confiesa Matías.

—Quizás pronto descubras porqué sientes eso. Pero no entiendo por qué estas así, esta tarde estabas seguro, feliz, ¿y ahora? durante la cena has estado demasiado serio. ¿Está todo bien? —pregunta Nuria.

—No. No está todo bien. Hay algo que no te he dicho —aclara sentándose en una de las hamacas, extendiendo la mano a Nuria para que se siente con él.

—Explícate. ¿Qué sucede Matías? —pregunta ella.

—Es extraño que me llames Matías, todos me dice Mat —comenta.

—Bueno, así te llamas y me gusta tu nombre completo —responde.

—Hace años dejé de llamarme Matías —afirma.

—Pues para mí eres Matías, con todas las letras, con todo lo bueno, lo malo, con tu pasado, con todo —dice Nuria.

—Es de mi pasado de quién tengo que hablarte. —comenta.

Un nudo se hace en la garganta de Nuria pensando que ya sabe que ellos tuvieron una relación en el instituto. La joven, asustada traga saliva y guarda silencio.

—Dos días antes de subirme a bordo del barco, terminé la relación que tenía con mi novia —confiesa Matías.

—¿Tienes pareja? —pregunta Nuria extrañada.

—Tenía —afirma.

—¿Por qué me lo dices hasta ahora? —pregunta.

Durante unos segundos Matías guarda silencio.

—Gilipollas. ¡Qué idiota he sido! Ahora que termina el viaje vas a regresar con ella y no sabes cómo decírmelo —afirma Nuria levantándose y quitándose la chaqueta para devolvérsela al joven.

—¡Espera Nuria! No corras que las cosas no son así —pide Matías levantándose y sujetando a la chica por la cintura.

—Te acabo de decir que estoy enamorado de ti, mis sentimientos no cambian. Te quiero y quiero vivir la vida, solo si es contigo —confiesa.

—¿Entonces por qué me hablas de ella hasta ahora? —pregunta molesta.

—Porque le di los días del crucero para que abandonara el piso que compartíamos, pero esta tarde me escribió un mensaje donde me decía que no me iba a poner las cosas tan fáciles. No sé lo que me voy a encontrar cuando llegue a mi casa. Y en cierto modo estoy preocupado. Eva es muy inestable

emocionalmente —explica.

—¿Porque habéis roto? —se atreve a preguntar Nuria.

—Porque yo quiero tener hijos y ella no —responde con seriedad.

En ese instante el mundo de Nuria se viene abajo. Matías ha terminado con su novia porque ella no quiere tener hijos. ¿Qué hará cuando sepa que abortó un hijo suyo? Jamás se lo va a perdonar.

—¿Estás bien? —pregunta Matías preocupado al ver que Nuria comienza a hiperventilar. Está muy nerviosa y no sabe qué responder. Su mundo se está viniendo abajo. Teme lo peor debe confesarle quien es cuanto antes, pero si lo hace, lo más seguro es que Matías la rechace y lo pierda para siempre. Pero tiene claro que jamás podrá sostener una mentira tan grande.

—Vamos abajo, aquí hace demasiado frío —pide Matías.

—Está bien, pero esta conversación no ha terminado —dice la joven. Matías la toma entre sus brazos y le da un tierno beso en los labios, Nuria le corresponde con miedo.

—¿Qué te pasa? —pregunta extrañado.

—Estoy un poco descolocada, no me imaginaba que la noche fuera a terminar así —afirma ella mientras caminan dirección al interior del barco.

—¿Quien ha dicho que la noche ha terminado? Tenemos muchas horas por delante —reconoce Matías levantando a Nuria en sus brazos haciéndola reír.

Por un instante, Matías pone a Nuria de nuevo con los pies en el suelo sin soltarla y la besa apasionadamente.

—¿Qué te apetece, ir a bailar con los demás, o que nos vayamos al camarote? —pregunta mientras besa el cuello de la joven y pasea sus manos por la cintura y las nalgas de su chica.

—Quiero que me hagas el amor como si no hubiera mañana —confiesa Nuria rodeando con sus brazos el cuello del joven y besándolo con intensidad.

—No dejas de sorprenderme, nena —afirma divertido.

—Vendrán muchas más sorpresas, créeme, pero esta noche, solo quiero pensar en ti y en mí, y nadie más. —responde Nuria besando a Matías de nuevo.

Sin perder tiempo y con ansia, los jóvenes se besan como si no hubiera más tiempo, a contra reloj, desesperados, ansiosos por calmar sus cuerpos. Por un instante, Nuria separa su cuerpo del de Matías, ambos apenas sin ropa.

—No tengas prisa, esta noche, hazme el amor —pide la joven.

Obediente, Matías respira profundo y con la mayor delicadeza toma a

Nuria en sus brazos y la deja sobre la cama para besar cada centímetro de piel de la joven. Nuria lo observa, la entrega de Matías es sincera, de verdad están enamorados y cada vez siente más miedo por su mentira...

CIVITACECCHIA, ITALIA

Nuria está recostada y adormecida en uno de los sofás de rafia en la parte trasera de La Finca, un lugar íntimo y privado de la familia que da al despacho de Blanca, la madre de la chica.

—¡Nuria, despierta! —dice Lucía con elevado tono de voz.

—¿Qué pasa, Lucía, por qué gritas? —responde temerosa.

—No estoy gritando. ¿Se puede saber por qué lo hiciste? Estabas decidida, no lo harías. Ibas a ser responsable de tus actos —reprocha.

—Joder Lucía, que estoy muerta de miedo —afirma elevando la voz.

—¿Miedo de qué? nos tienes a nosotras, tus hermanas, mamá y papá lo entenderían, ¿por qué lo has hecho? —pregunta.

—Tú te vas mañana a Nueva York, y Bea recién casada, no tiene tiempo para nadie, solo para Santiago —reprocha.

—Aun así, no debiste hacerlo. No estás sola —insiste Lucía.

—¿Y qué querías, que fuera una madre soltera, con dieciséis años, toda la vida para criar un hijo? ¿perder lo mejor de mi vida? —reclama.

—Tú no piensas así, no lo has hecho por eso. Estabas segura, ibas a tener ese bebe —responde moderando el tono de voz sentándose junto a Nuria — Explícame qué pasó para que te pueda entender —pide mientras acaricia el rostro de su hermana.

—Matías desapareció, ya no está en el instituto, ni el director, ni nadie de la administración me quieren dar sus datos, su teléfono está apagado, no quiere saber nada de mí, y yo tampoco quiero nada que me recuerde a él. Quiero olvidarlo para siempre, me lo voy a arrancar del corazón, aunque me cueste la vida, y un hijo suyo sería verlo a diario en sus ojos —aclara Nuria.

—¿Lo has hecho por despecho? —pregunta Lucía.

—¡Claro que no! Por miedo, apenas sé cuidar de mí misma, ¿cómo voy a cuidar a un hijo? Es pánico lo que tengo, Lucía —afirma.

—Pienso que Matías tenía que saber que te dejó embarazada y haber asumido su responsabilidad, no solamente acostarse contigo y largarse como un cobarde —afirma Lucía.

—No lo entiendes, se fue. Hace dos meses que no sé nada de él, no me ha

llamado, no se preocupó por saber si estaba bien, sabía que él había sido el primero en mi vida y no le importó, simplemente se fue. — afirma Nuria llorando.

Nuria llora desconsolada, frustrada y dolida. Lucía se apiada de ella y la abraza con fuerza a la vez que le da un tierno beso en la frente.

—Ya está enana. Ya. No volveremos a hablar del tema. Esto quedará entre nosotras. Nadie se va a enterar —afirma Lucía.

—Si mamá se entera me mata, Lucía. ¡Me mata! —dice la joven limpiándose las lágrimas.

—¿Cómo no? Si eres su consentida —reclama Lucía entre dientes, dejando media sonrisa y aliviando el pesar de Nuria.

Minutos después algo más tranquilas, Blanca llega enfurecida hasta donde están las jóvenes, Bea, la sigue detrás sin darle tiempo de explicarles a sus hermanas lo que ha sucedido.

—¡LUCÍA! —grita Blanca.

—¡Mamá! ¿Pasa algo? Mira cómo estás —comenta la joven levantándose del sofá y caminando hacia ella. Sin esperarlo, Blanca da una sonora bofetada a Lucía.

—¡Mamá!! —exclama Bea.

Nuria se pone en pie y se acerca a su hermana. Bea se interpone entre las dos.

—¿Puedo saber porque lo has hecho? —pregunta Lucía apretando los puños con rabia y aguantando las lágrimas que quieren salir de sus ojos.

—¿Tienes la poca vergüenza de preguntarme? Eres una descarada, ¿cómo te has atrevido a faltarle el respeto a esta familia con tus actos? Espero que lo que has hecho te pese en la conciencia toda la vida. — recrimina Blanca furiosa.

—Mamá, ya vale ¿por qué le dices esas cosas a Lucía? Ella no ha hecho nada malo —afirma Nuria poniéndose al lado de su hermana.

—¿Por qué, mamá? ¿Qué se supone que he hecho para que me desprecies de esta manera? —insiste Lucía.

—Te parece poco quedarte embarazada y abortar sin importarte nada. Eres una inconsciente, primero por tener relaciones quien sabe con quién, porque no sé qué estés saliendo con alguien, y, además tener la cobardía de abortar, deshacerte de tu propio hijo sin importarte nada —continúa Blanca ofendiendo a Lucía.

—¡Mamá! Lucía no —trata de decir Nuria.

—Cállate Nuria, eres muy joven para saber de qué estoy hablando. Vete de aquí, esto es con Lucía —afirma.

—¿Quién te ha dicho eso de mí? ¿quién ha inventado semejante mentira? —pide Lucía con rabia y derramando lágrimas en sus ojos mirando a sus hermanas.

—¿Qué importa quien lo haya dicho? El caso es que es verdad. ¡No sabes la vergüenza que me das! —continúa Blanca.

—Mamá por favor, ya vale —pide Bea al ver cómo están las cuatro.

—Mamá yo —titubea Nuria.

—¡Que te calles Nuria! ¡Vete de aquí! —grita Lucía con rabia.

—Lucía, por favor. Vamos a hablar, mamá, tenemos que aclarar las cosas —insiste Bea tratando de poner un poco de calma y orden.

—No hay nada que hablar, Beatriz —mirando a Lucía —No sabes la vergüenza que siento de ser tu madre. — afirma Blanca con desprecio mirando a Lucía.

—Algún día te van a pesar todas las palabras que me estás diciendo, mamá, y puede que para entonces sea muy tarde. En vez de contar con tu apoyo, me lo niegas, me rechazas. ¡Por Dios! somos tus hijas, mamá, somos una familia, nos debemos apoyo, comprensión, no desprecio —insiste Lucía.

—Una hija no hace lo que tú has hecho —responde Blanca con odio en su mirada.

—Y una madre no reniega de un hijo —afirma la joven mirando a su madre con dolor.

—¡Lucía! —susurra Nuria agarrando el brazo de su hermana avergonzada y con miedo en la mirada.

—Suéltame. Que ya está todo dicho —dice Lucía con firmeza.

En ese instante Nuria despierta en el camarote del barco. En sueños, la joven recordó lo sucedido el día que abortó al hijo de Matías. Ese día, cuando llegó a su casa y Lucía ya había cogido sus maletas, sus cosas y se había marchado lejos sin despedirse de nadie, tardando siete años en regresar a casa. Por su culpa, por su cobardía, por miedo a su madre y a enfrentar la verdad.

Afligida, Nuria limpia las lágrimas que ha derramado dormida. Se sienta a los pies de la cama y observa detenidamente a Matías, quien está plácidamente

dormido después de haber hecho el amor con la joven. Sabiendo que no va a poder volver a dormir, Nuria se pone la camiseta de beisbol de Matías y sale al balcón. Se sienta en el sillón y observa cómo a lo lejos, la alborada va dejando paso al día.

El grupo de amigos Nuria, Matías, Amelia, Lucas, Silvia y Jaime van rumbo a Roma. Una hora y poco de camino. Apenas se han subido en el autobús cuando Nuria apuntoa la cabeza en el hombro de Matías y da una cabezada, despertando sobresaltada.

—¿Estás bien? —pregunta Matías.

—Mmm... Tengo sueño —responde Nuria.

—Normal, no has parado de bregar en toda la noche, ¿sabes que hablas en sueños? —pregunta Matías riendo.

—¿A sí? ¿Y qué dije? —pregunta con miedo.

—No sé muy bien, algo de Lucía que se fue a Nueva York, pero no te entendí, además estaba agotado —afirma con media sonrisa besando a Nuria en los labios.

—No sabía que hablaba, eso es nuevo —responde algo más tranquila.

—¿Quién es Lucía? —pregunta.

—Es mi hermana, somos tres. Bea, Lucía y yo. Lucía se marchó a Nueva York hace mucho tiempo y regresó para mi boda. No sabes, es única, la quiero muchísimo... a las dos, claro. Pero Lucía ha hecho por mí lo que jamás nadie haría —afirma.

—Guau, pues ya quiero conocer a Lucía, estoy seguro de que seremos grandes amigos —afirma Matías pasando su brazo por el de Nuria para que esta se acomode en su pecho. *“Con que no te odie, me doy por satisfecha”* piensa para sí la joven cerrando los ojos a la vez que absorbe el olor masculino de Matías.

Una hora después, el autobús de la compañía turística aparca la calle Monte Oppio, en la parte trasera del Coliseo Romano.

—Cariño —susurra Matías a Nuria en el oído.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta adormecida.

—Dicen que todos los caminos llegan a Roma, y aquí estamos —dice Matías.

—Que chiste más malo. — afirma Nuria riendo.

—¡Qué va! Si es una canción muy romántica de una cantante mexicana —

afirma tateando.

Divertidos los jóvenes descienden del bus, al ser un viaje independiente, el guía les ha dado instrucciones y consejos para el trayecto, además de un mapa para que puedan llegar con facilidad a los lugares más emblemáticos.

De inmediato, caminan hacia El Coliseo, toman infinidad de fotos y Silvia con un palo selfi toma una instantánea del grupo donde todos salen divertidos y felices. A unos ocho minutos que se convierten en algo más de una hora, el grupo de amigos camina por la Piazza de Santa Francesca Romana, la Basílica, la Basílica Santi Cosma e Damiano y el Tempio di Vesta, hasta llegar al impresionante Foro Romano. Nuria se apantoca sobre una vava agradeciendo unos rallo de sol cálidos que le acarician la cara, cuando Matías se acerca extrañado, pues a pesar de estar ahí, la joven está cómo ausente.

—¿Estás bien? te siento ausente —pregunta.

—Todo bien. —asiente Nuria.

—¿No estás así por lo que hablamos anoche de Eva? —pregunta Matías.

—Nada que ver —afirma dándose la vuelta para evitar seguir hablando, tomando una fotografía.

—¿Es por tu ex? —insiste el joven.

—Para nada. Claro que no ya ni me acuerdo de él. Simplemente que anoche no me dejaste descansar —afirma.

Matías la toma de la cintura por detrás.

—¿Y esta noche, quieres dormir? —pregunta susurrando, hundiendo su nariz en el cuello de la joven, aspirando su aroma, a la vez que aprieta su cuerpo contra el suyo.

—Mientras esté contigo, quiero TODO —afirma agarrando a Matías de las manos y dejando caer su cabeza en el pecho del joven. Matías abraza fuertemente a Nuria, a la vez que esta cierra los ojos, queriendo detener el tiempo en ese instante.

El grupo de amigos llega en metro hasta la Plaza España, tras descender por sus 135 peldaños y tomar infinidad de historias para las redes sociales, los chicos se sientan en sus escalones para descansar, mientras, ellas suben y bajan como si fueran modelos en el desfile Donne Sotto le Stelle.

Habiendo descansado e hidratado con varias botellas de agua, los chicos toman la Vía dei Condotti, haciendo infinidad de paradas en una y otra tienda de moda, llenando a los chicos de bolsas que cargar. En una de ellas, Matías

cruza la calle para entrar en una joyería, mientras Lucas y Jaime distraen a las chicas, incluida Nuria.

Al llegar a la parada del bus los chicos toman dirección a la Piazza Novona, donde caminan y pasean gastando bromas y divirtiéndose, disfrutando del encuentro, y sobre todo del amor. A un lado de la plaza, los seis se sientan en un restaurante típico italiano, donde degustan platos al centro de ensalada caprese, prosciutto, risotto y pasta casera, junto con un plato de postres variados, entre ellos tiramisú, panna cotta y babà. Para terminar, el metre les ofrece un licor de limoncello a las chicas y grappa a ellos.

Satisfecho el estómago y descansadas las piernas los jóvenes continúan su camino hasta cruzar el Rio Tíber y llegar a La Plaza de San Pedro.

—Aquí dice que es una de las plazas más bonitas y grandes del mundo, con trescientos veinte metros de longitud y doscientos cuarenta metros de ancho, y caben hasta trescientas mil personas —afirma Jaime leyendo en el mapa que les dieron.

—Doscientos ochenta y cuatro columnas, ochenta y ocho pilastras, ciento cuarenta estatuas de santos realizadas en mil seiscientos setenta por los discípulos de Bernini —apunta Silvia.

—Tenía unas ganas enormes de conocer este lugar. Pero jamás imaginé lo impresionan que sería verlo en persona —confirma Amelia.

—Se me ha erizado cada poro de la piel. —confirma Nuria.

—No quiero ser aguafiestas, pero de aquí a la próxima parada hay una media hora con varios cambios de autobús, así que démonos prisa si queréis ver la Fontana di Trevi —apunta Matías.

Al bajar del autobús urbano en la Piazza di S. Claudio, los chicos caminan por la Vía Santa María, Vía del Crociferi hasta llegar a la monumental Fuente, la más grande de la ciudad y la más bonita de Roma.

—Chicos, Silvia y yo vamos a la farmacia, aquí nos juntamos para regresar al autobús —comenta Jaime.

—De acuerdo, aquí nos vemos —afirma Lucas.

—¿Qué sucede? estás muy nervioso desde que paramos a comer. Te traes algo con Lucas y Jaime. ¿Verdad? —pregunta Nuria.

—¿Yo? no, que va —responde dándole un tierno beso en los labios.

—Mat, Nuria, vamos a entrar en aquella tienda a comprar algunos recuerdos, aquí nos vemos —comenta Amelia.

—Ven, vamos a acercarnos más a la fuente —pide Matías viendo como el

grupo se separa.

—Ya dime, no soy tonta. He visto cómo os mirabais —insiste Nuria.

—¿Te gusta la fuente? —pregunta.

—Es impresionante, ¿sabes que hay que tirar monedas al agua para pedir un deseo? una moneda quiere decir que regresas a Roma, dos, te enamoras de un italiano —comenta la joven.

—No tires dos, ¡eh!... mejor tira tres —afirma dando un cálido beso en los labios de Nuria.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—Segurísimo. Tres, porque quiero estar el resto de mi vida contigo —afirma con un tierno beso.

—Mira, se llama Domando las Aguas, Neptuno al centro, a la izquierda Abundancia y a la derecha Sabiduría. Mira, los Tritones guían los caballos alados que arrastran la concha sobre la que Neptuno viaja por los mares, y hacen sonar una caracola para que abran paso al Dios del agua —comenta admirando la belleza de la fuente sin soltar de la cintura a Nuria.

—Pareces profesor de historia más que de educación física —dice Nuria. Por un instante, la joven posa sus manos sobre el rostro sabiendo que se acaba de tirar a la fuente de cabeza.

—¿Cómo sabes eso? No se lo he dicho a nadie —pregunta extrañado, aflojando sus brazos para soltar a Nuria. La joven, presionada por la situación, el sueño de esa noche y todos los recuerdos agolpados en su mente, hacen que no pueda más.

—¿De verdad no lo sabe Don Matías? —pregunta.

—No puede ser tanta coincidencia. Es una broma, ¿verdad? Dime que es mentira, Nuria... ¡N U... N U R I A! ¡TÚ! —pronuncia Matías sentándose en la vaya de piedra. Matías está blanco, pálido. No sabe que decir. De golpe todo su pasado se está burlando de él.

—No es ninguna broma. Yo me enteré en el hospital, cuando dijeron tu nombre y apellido completo. No sabía quién eras hasta ese día —confirma.

—¿Por qué no me lo dijiste en ese momento? —pregunta.

—No sabía cómo, pero sobre todo por miedo a tu reacción. Después de todo lo que hemos vivido estos días, no quería volver a perderte —dice la joven mirando a Matías, quien en ese instante está atravesando por uno de sus peores momentos.

—¿Pensabas decirme quien eras? ¿O ibas a seguir callando hasta ver

cuánto tiempo te duraba el juego? —pregunta irónico.

—Para mí no es ningún juego. Me he vuelto a enamorar de ti sin saber quién eras, porque al igual que tú no me has reconocido, yo tampoco lo hice. Sí, es cierto que había algo en ti que me recordaba a alguien, pero fíjate, ya no eres el profesor delgado, imberbe y con gafas. Cualquiera mujer se podía haber enamorado de ti —afirma.

—Y tenías que ser tú, precisamente —reprocha con rabia.

—Sí, yo. De nuevo yo, tómalo cómo quieras, pero lo cierto es que este viaje nos unió de nuevo —responde Nuria.

—No, no nos ha unido porque yo no quiero tener nada contigo —afirma Matías destrozando a Nuria.

—¿Qué estás diciendo, Matías? —pregunta titubeando.

—Lo que oyes, hace siete años me jodiste la vida y ahora regresas para volver a hacerme daño. No sabes cuánto odio y desprecio llegué a sentir por ti, el mismo que se está despertando en este momento —aclara el joven con los ojos llenos de rabia y coraje.

—Mientes —susurra en un sollozo.

—Te puedo asegurar que no. Por tu culpa, por tu denuncia me expulsaron del instituto y no pude ejercer en ninguna otra institución, ni pública ni privada, porque llevaba tu mancha en mi historial —explica Matías.

—Eso es mentira yo jamás te denuncié. Jamás lo hubiera hecho. Estaba enamorada de ti —confirma secándose las lágrimas.

—Venga ya, no me jodas Nuria. Tú te divertiste con el profesor, me jodiste la vida y si te vi ni me acuerdo —reprocha Matías.

—Estuve dos meses tratando de encontrarte y nadie en el instituto me daba señas de ti. Te llame un millón de veces por teléfono, pero jamás me respondiste. No estabas en el piso donde vivías. Te tragó la tierra —reclama ella.

—¿Cómo querías que te respondiera, después de todo lo que pasé por tu culpa? ¿Sabes la cantidad de explicaciones que tuve que dar en el instituto, al director, la falta disciplinaria que me abrieron? La vergüenza de mirar a mis compañeros a la cara —recrimina —No, tú no entiendes nada de eso, porque eras una cría caprichosa que sólo quería follar con el profe de gimnasia. En que mala hora me fijé en ti y caí en tu juego —sentencia.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Qué sólo quería follar con el profesor de gimnasia? Mala memoria tienes, ya no recuerdas la primera vez, cuando te dije

que era virgen. Para mí no fue ningún juego, idiota... —añade Nuria dolida.

—¿A no, entonces cómo me explicas todo lo sucedido? ¿Qué fue, una apuesta, o qué? Me jodiste la vida, Nuria. Tantos años de estudio, de sacrificio, de oposiciones, pasión por mi trabajo, la ilusión. Hiciste que todo se fuera a la mierda —insiste Matías.

—Y tú jodiste la mía, y no sabes cuánto te odié, no sabes todo lo que tuve que afrontar yo sola hasta que te saqué de mi vida —reclama Nuria elevando la voz.

—No quiero saber nada de ti. Quiero que desaparezcas de mi vida para siempre. —dice Matías poniéndose en pie.

—¿Estás seguro? —pregunta Nuria mirándolo a los ojos.

—Ya sabes dónde están los demás para que regreses al barco, si jugaste así conmigo, también podrás regresar con ellos —responde Matías limpiándose una lágrima que corre por su mejilla, y se marcha.

Nuria, se sienta y tapa su rostro con sus manos. La gente comienza a mirarla al escuchar cómo lo sollozos son cada vez más grandes. Nuria está dolida, temía que eso sucediera, pero lo peor, es que ama con toda su alma a Matías, que ese odio que sintió por él hace años por su abandono, se convirtió en el amor más grande que ha sentido jamás.

Por su parte, Matías, camina a paso ligero, hasta llegar a *Galleria Alberto Sordi*, donde en la puerta, se sube en un taxi para que lo lleve hasta el puerto de Civitavecchia, donde se encuentra atracado el barco.

Al salir de la tienda, Amelia y Lucas encuentran a Nuria hiperventilando. La joven, toma la bolsa de papel del recuerdo que ha comprado y se la pone en la boca para que respire.

—¿Y Mat? —pregunta Lucas.

—¿Qué pasó, porqué te pusiste así? ¿dónde está Mat? —pregunta Amelia. Cuando Nuria puede respirar un poco más, se quita la bolsa de la boca y les responde.

—Se fue para siempre —afirma.

GENOVA, ITALIA

Han pasado las once de la mañana y Nuria aún está tendida en la cama. Su cuerpo no le responde, tan sólo es una masa humana sin voluntad, incapaz de ponerse en pie. Dolida. Abatida. Hundida. Unos ojos sin lágrimas, hinchados. Cansados de llorar. Despeinada, en pijama y aturdida.

Después de la traición de Roberto, Nuria pensó que jamás volvería a amar. Que la vida se estaba burlando de ella. Pero al encontrarse de nuevo con Matías comprendió que jamás amo a Roberto, que tan solo fue cariño, agradecimiento y costumbre. Porque ahora, el dolor que siente por culpa del desprecio de Matías le está partiendo el alma en mil pedazos. En este momento comprende lo que verdaderamente es el dolor de perder a alguien a quien se ama con el corazón, con la piel, con los sentidos y con la vida.

El teléfono móvil sobre la pequeña mesita de noche no ha dejado de vibrar. Nuria lo toma en las manos sin ganas y desbloquea la pantalla. Otro mensaje de Lucía. Tras respirar profundo Nuria se pone en pie, se acerca al balcón y se asegura de estar en el puerto. En ese instante tocan a la puerta. Una sacudida le estremece el cuerpo. Matías. Piensa por un instante.

—Servicio de limpieza de habitaciones. ¿Podemos pasar? —preguntan al otro lado.

Nuria deja el teléfono en la cama, se reacomoda el cabello y se ajusta la camiseta del pijama.

—Un momento —responde mientras se acerca a la puerta para abrir.

—Buenos días, señorita. Tenemos que hacer la habitación, o prefiere que vengamos más tarde —pregunta.

—No, adelante. Pasen por favor —responde la joven abriendo la puerta. Para darles espacio e intimidad, Nuria toma de nuevo su teléfono, sale al balcón y cierra la puerta corredera.

La joven se sienta en la tumbona, mientras las dos empleadas comienzan a estirar las sábanas de la cama. Ambas mujeres se miran con incertidumbre, al ver cómo se encuentra Nuria, quien está marcando el teléfono de Lucía.

—Hola, perdona que no te haya respondido antes, pero estaba dormida. Recién me acabo de levantar —comenta la joven. Mientras, Lucía, tomando un

té negro pakistaní con leche en el jardín de la finca, se extraña al escuchar la voz de su hermana.

—No creo que sea sólo eso. Te conozco demasiado bien. ¿Qué pasa, enana? —pregunta Lucía.

—Nada, tuve una mala noche. Demasiadas pesadillas. Demasiados recuerdos —comenta restando importancia a lo sucedido.

—Me imagino, no debe de ser fácil. Tan sólo ha pasado una semana desde tu boda con Roberto —comenta Lucía, pensando que se trata del ex de su hermana.

—Luz, te puedo asegurar que Roberto es agua pasada, ni al caso. Para mí es una persona que no existe. De hecho, me he dado cuenta de que nunca estuve realmente enamorada de él. Es cierto que lo quise, claro que sí, por eso me dolió su traición. Pero no lo amé como a —responde Nuria.

—¿Cómo a quién? ¿Nuria? —pregunta Lucía.

—No, a nadie. Cuéntame ¿cómo está mamá? —pregunta Nuria cambiando el tema de conversación.

—Algo más tranquila. Me ha puesto al frente del salón de bodas y ahora tiene una preocupación menos. Estoy puniendo todo de mi parte para no fallarle. Sabes que las cosas con ella no están bien desde hace mucho tiempo, y no quiero que tenga una excusa para sus reproches —confiesa entristecida.

—Lucía, mamá te quiere. No sabes cuantas noches la he escuchado llorar por tu ausencia —responde Nuria.

—No lo creo, nunca me llamó, ni fue a verme a Nueva York. Se escondió bajo La Finca y jamás se preocupó por mí —aclara Luz.

—Si así lo ves allá tú, pero mamá te quiere —comenta la joven —Oye, ¿y Roberto? ¿Supongo que no estará por ahí verdad? —pregunta Nuria.

—Sí, sigue en su puesto. Mamá lo tiene como a un santo. Pero hay cosas que no me cuadran. No estoy segura de que Roberto sea todo lo leal que piensa mamá. Blindó el contrato de Raquel con una indemnización exagerada. No puedo despedirla —confiesa Lucía.

—No puede ser. ¿Todavía sigue ahí? Pensé que mamá la habría despedido —pregunta molesta.

—Lo malo es que Antonio tiene razón. No puedo despedirla ahora. A pesar de todo es buena en su trabajo y no puedo buscar a nadie en tan poco tiempo para que realice su trabajo. Estoy atada de pies y manos —confiesa Lucía con rabia.

—¡Oye Luz! —susurra Nuria.

—Dime enana, qué cuando te pones así, algo vas a pedir —ríe Lucía al otro lado del teléfono.

—Ahora que te has reencontrado con Alberto. ¿Cómo está siendo el trato con él? —pregunta indiscreta la pequeña de las hermanas.

—Eres una chismosa —responde con una carcajada —¿Qué quieres que te cuente? —pregunta.

—Pues lo que sientes —continua Nuria —¿Podrías sentir el mismo amor que sentías hace siete años? —pregunta la joven.

—Enana, la vida da muchas vueltas. No lo sé. Pero esto mejor lo dejamos para cuando regreses. ¿Va? —responde.

—¡Vale! —dice en un suspiro— No sabes cuánto necesito un abrazo de los tuyos. — confiesa recogiendo una lágrima.

—Nuria, te lo he dicho siempre, no estás sola. Estoy contigo. Siempre te voy a apoyar. Te voy a querer, enana, pase lo que pase —responde Lucía antes de colgar el aparato.

Hace rato que las chicas del servicio de habitaciones han abandonado el camarote y Nuria ni cuenta se ha dado. La joven está perdida en sus pensamientos. En sus sentimientos. ¿Cómo estará Matías? Ella necesitó un día a solas para asimilar lo que estaba sucediendo. Pero ¿y él? ¿Cuánto tiempo necesitará?

En el gimnasio del barco, Matías está golpeando fuertemente un saco de boxeo, mientras Izan lo sostiene para hacer más fuerza sobre la arena.

—Venga, Matt, que el saco no tiene culpa. Fuiste el único responsable. Mira que tener relaciones con una alumna. ¡Menudo gilipollas! —reprocha Izan.

—¿Qué? ¡Me enamoré! Mis sentimientos eran sinceros. Solo tenía veintitrés años. Jamás me había pasado algo así y Nuria, con su alegría, su espontaneidad me volvía loco. Me atraía, me hacía reír. Era yo —confiesa.

—Pero no debiste. Al menos no dentro del instituto —responde Izan.

—Mi error fue haberla conocido —sentencia Matías.

—Estás mal, amigo. Nuria es una gran mujer —dice sonriendo.

Matías da un golpe más alto y casi roza la cara de Izan.

—¡Hey! Tranquilo, solo digo la verdad. A ver, ya pasó. Os enamorasteis, no podéis cambiar el pasado. Pero podéis tener un futuro juntos —sostiene

Izan.

—Claro que no. Con ella, jamás. Mira, Izan. Se burlo de mí, me denunció y perdí mi trabajo —responde golpeando el saco.

—Y ahora eres un tipo con una enorme red de gimnasios, rico y con un futuro asegurado, solo falta ella a tu lado para ser completamente feliz. La vida es así de caprichosa, y si os puso a los dos en este mismo barco, y además hizo que os encontrarais es por algo, al menos, trata de averiguar qué pasó, y si en realidad fue ella quien te denunció como sostienes. Trata de llegar al fondo del asunto, donde no llegaste hace siete años —dice Izan ladeando el saco para que Matías deje de golpearlo.

—No quiero saber nada, ¿no me entiendes? Estoy dolido porque en verdad me había enamorado de ella —confiesa Matías.

—Corrección, estás enamorado amigo. No seas tonto. No pierdas el amor que Nuria te ofrece. Habla con ella —pide Izan.

—Sujeta el saco y cállate, o déjame solo —dice Matías furioso.

—Allá tú. Pero si te duele lo que te digo, es porque tengo razón. No te vuelvas a quedar con la duda, aclara las cosas —responde Izan soltando el saco y marchándose.

Por un instante, Matías respira profundo observando como Izan se marcha a una de las máquinas para supervisar a un turista del crucero. El joven, con el cuerpo empapado del sudor, vuelve a golpear el saco con rabia y coraje, porque en el fondo, sabe que Izan tiene razón. ¿Qué pasó? ¿Por qué lo denunció si tanto lo quería?

Nuria a su vez, cansada de estar en la habitación llorando, se ha colocado el bikini más diminuto que llevaba en la maleta, amarillo con braga brasileña, que realza el dorado de su piel. Abre el armario, y de una percha toma una capa kimono en tonos azulados, se calza las sandalias y toma de la mesita sus gafas de sol y una pequeña bolsa con protector solar. La joven camina por el interior del barco atrayendo miradas, ocultando la suya, y forzando la sonrisa.

Nuria llega hasta la piscina. Son pasadas las tres de la tarde, y aún no ha ido al restaurante para comer, cuando se acerca a la barra de Julio para tomar un explosivo margarita. El barman comprende que algo no está bien, apenas le ha dado conversación, ha tomado su copa y se ha marchado hasta una de las tumbonas junto a la piscina. Nuria se quita el kimono, las sandalias y da un sorbo a la copa, pone un poco de bronceador y se recuesta en la tumbona.

El reloj marca las cuatro de la tarde. Nuria se mete en la piscina sin mojar el cabello para refrescarse, sale del agua y se dirige hasta la barra de Julio. De nuevo, otro margarita. La joven le sonríe y se dirige a su tumbona, sin darse cuenta de que Matías est  observándola. Mirando con detalle cada curva de su cuerpo, el cabello perfectamente despeinado sujeto con un pasador, aguantando el deseo al ver cómo sus pezones est n erectos bajo la fina capa de tela que los cubre en una mínima parte. Observando cómo sus caderas se cantonean con un baile provocativo, mostrando casi la totalidad de sus nalgas, una tentación demasiado grande para su pene, inquieto bajo la tela del pantalón deportivo.

— Cuantas copas lleva? —pregunta Matías a Julio.

—Con esta la tercera.  Ya la viste? es una diosa —comenta Julio, mientras Matías le dedica una mirada de desaprobación.

Nuria est  tomando un sorbo de la bebida, cuando Matías se para delante y la arrebatada de las manos.

—Ya has bebido demasiado —dice con autoridad y enfado.

— Qui n cojones eres tú para prohibirme nada? —responde la joven incorporándose en la tumbona. Matías, para evitar que se levante se sienta a horcajadas sobre ella, apuntocando las rodillas en la tumbona.

—La última vez que bebiste así tuve que sacarte del agua inconsciente,  ya no te acuerdas? —aclara.

—Para tu información me golpearon la cabeza con una pelota de waterpolo.  Qu tate! —pide molesta, aunque nerviosa al poner sus manos sobre los brazos de Matías para hacerlo a un lado.

— No me quito! Nos vamos, te acompaño al camarote —dice Matías.

— Perd n? T  no tienes nada que hacer en mi camarote —reclama agarrando la copa y dando otro sorbo al margarita.

—Claro que s , evitar que te devoren con la mirada.  No te das cuenta cómo te están mirando todos los tíos del barco? —aclara furioso.

—No, la verdad no me había fijado, pero vamos, que tampoco me importa, no tengo que guardarle la cara a nadie.  Que miren lo que quieran!  Que disfruten! —aclara bebiendo otro sorbo lo que queda en la copa y riendo.

—Ya est  bien, Nuria —dice quitándole la copa para evitar que absorba el último trago.

—No tienes derecho a reclamar nada.  Qu tate, o grito! —amenaza puniendo sus manos sobre el pecho de Matías. Furioso, el joven se levanta de

la tumbona. Con toda la tranquilidad del mundo, Nuria se coloca las sandalias, sus movimientos son provocativos. Al ponerse en pie, queda de espaldas a Matías, se agacha para tomar el pequeño bolso con su protector solar, rozando el pantalón deportivo del joven, sintiendo cómo está de enfadada su entrepierna. La joven sonríe, sabe que la desea tanto como ella a él. Matías la observa furioso. Siente una atracción incontrolable por ella, está cabreado, pero no puede permitir que ningún hombre la devore con la mirada, o lo que es peor, que acaricie cada centímetro su piel, esa piel que le pertenece sólo a él. Nuria comienza a caminar por el filo de la piscina en busca de la salida, Matías, al ver el kimono en la tumbona, lo agarra y la cubre.

—Póntelo —ordena.

—Ya... no seas tan celoso. ¡Hace calor! —responde Nuria tomando el kimono entre las manos.

Al llegar al interior del barco, la joven por decoro se coloca la capa kimono. Reconoce que se le han pasado las copas, más que nada porque no ha comido nada en todo el día, y el mareo la hace tambalearse un poco.

—¿Pero por qué me sigues? —pregunta molesta.

—Te he dicho que te voy a acompañar. No estás bien. Se te ha pasado la mano —reprocha Matías siguiendo los pasos de la joven.

Al llegar al camarote, Nuria abre la puerta y accede al interior, dejando la puerta abierta con toda la intención de que Matías la siga.

—Muy bien... ya hemos llegado, ¡bye!, ya estoy a salvo... ya te puedes marchar, gracias —dice la joven quitándose el kimono y dejándolo caer sobre la cama con el pequeño bolso.

Matías, aun en la puerta pone las manos en la cintura, su mandíbula se tensa, está enojado, pero a la vez demasiado excitado. Sin poder controlar su coraje, da un paso al interior y cierra la puerta de un golpe.

—No me voy. No hasta que no seas consciente de lo que has hecho, has puesto tu vida en riesgo al tomar alcohol de esa forma —reclama.

—¡Vamos, Matías! no seas infantil, que sé hasta donde puedo o no puedo tomar alcohol. No uses esa excusa para entrar en mi camarote. ¿Qué quieres? ¡Dímelo! —responde la joven cambiando su rostro, reflejando seriedad y enojo.

—No es ninguna excusa, viajas sola y no quiero cargar en la conciencia si algo te pasa —dice tratando de rebajar tensión.

—Pues quédese tranquilo don Matías que usted tenía una gran

responsabilidad cuando era su alumna, ahora sé cuidarme muy bien yo solita. Gracias y adiós —responde la joven pasando por su lado para abrir la puerta.

Matías aprieta los puños, está enojado. Nunca más, nadie lo volvió a llamar Don Matías, y lo siente como una provocación por parte de Nuria. Matías se acerca a ella, sus cuerpos quedan juntos, ni una partícula de oxígeno cabe entre los dos, Matías pasa su mano por la cintura de la joven, introduciendo los dedos meñique, anular y medio por debajo de la tela de bikini, y la atrae hacia él, ambos son conscientes del deseo y la tensión sexual que hay entre ellos.

—¿Estás segura? ¿de verdad quieres que me vaya? —susurra.

—Adiós —responde seria mirándolo a los ojos.

Matías inhala profundamente cerca del rostro de la joven, pone su frente junto a la de Nuria, ambos se miran a los ojos. Pero Nuria da un paso hacia atrás. Matías, asiente con la cabeza, la suelta y sale del camarote cerrando la puerta.

—Idiota, idiota, y mil veces idiota —se reclama Nuria con frustración.

Nuria entra en el baño y se mete bajo la ducha para quitarse el cloro de la piscina, y de paso el calentón que le ha dejado Matías.

Con un vestido de gasa azul oscuro, corto y atado al cuello, Nuria sale del camarote. Lleva una coleta, y esparteñas altas. La joven sube hasta uno de los restaurantes y pide una ensalada de quinoa, salmón y aguacate. A través de los cristales, la joven observa como el barco avanza abriéndose camino entre las olas. Sumida en sus pensamientos, la joven analiza lo que está sucediendo, es más que evidente que Matías la quiere igual que ella a él, y le duele que por orgullo y malentendidos estén separados. ¿Quién denunció a Matías para que lo expulsaran? Para ella ha sido una sorpresa descubrir ese suceso. Necesita respuestas.

Decidida y con paso firme baja hasta el camarote de Matías. En la puerta, respira profundo, se acomoda la ropa y toca varias veces la puerta con los nudillos. Unos segundos después, Matías abre la puerta liado en una toalla blanca de cintura para abajo. Acaba de salir de la ducha.

—¿Siempre abres la puerta desnudo? —pregunta incómoda.

—No estoy desnudo —responde haciendo un silencio entre los dos. Nuria lo observa detenidamente, se pone nerviosa. Matías es demasiado atractivo para contener las ganas que siente de lanzarse en sus brazos.

—¿Vas a estar toda la noche en la puerta, o vas a entrar? —dice Matías haciéndose a un lado para que la chica entre al interior —¿Qué quieres, Nuria? te recuerdo que hace unas horas me has echado de tu camarote — apunta el joven cerrando la puerta.

—Quiero hablar contigo como dos personas maduras —afirma la joven.

—Está bien, siéntate —pide Matías señalando la cama.

Nuria lo mira y da unos pasos en busca de la silla del escritorio. Matías resopla y se sienta frente a ella sobre la cama, abriendo las piernas. Nuria, no puede evitar que sus ojos lancen una mirada que le llegue hasta las entrañas.

—Mmm... —carraspea— ¿puedes? —dice entre cortada.

—¿Qué?

—Ponerte un pantalón —señalando a la toalla semi abierta.

—No. Así estoy muy cómodo.

—Por favor.

—¡No! es mi camarote. Y no es la primera vez que me ves desnudo. Quieres hablar, hablemos. ¿Lo demás que importa? —sentencia Matías, saboreando el rubor de Nuria. Sabe que está nerviosa, su respiración está agitada, aprieta los muslos uno contra el otro, sus labios están húmedos, hinchados, dispuestos para ser besados.

—Está bien.

—Te escucho.

—Son varias cosas, y no quiero que me interrumpas.

—Está bien, no te interrumpo.

—¡Ya cállate!

—Ok, ya me callo —responde riendo por la incomodidad de la joven.

—Yo jamás te denuncié. Nunca hablé de nuestra relación con nadie. Era un secreto. Mis hermanas lo supieron casi dos meses después de terminar el curso escolar, y para ese entonces, tú ya te habías marchado. Es la verdad, te lo juro. No tenía por qué denunciarte, yo te quería. Y tú no fuiste el único que lo pasó mal. Yo también sufrí —dice muy segura de sí misma elevando el tono.

—Está bien. Si no fuiste tú, ni tus hermanas, ¿Quién lo hizo? Alguien tuvo que ser, porque nunca más ejercí como profesor —respira profundo y calma el tono de voz —Entiende que estaba muy furioso. Mi carrera se jodió por acostarme contigo —confiesa.

—Ya, se jodió por acostarte conmigo. Para ti solamente fue eso. ¡Sólo sexo! —comenta triste, negando con el rostro.

Por un instante Matías guarda silencio. Se miran en una lucha de deseo.

—No sé por qué he venido, que idiota, pensé que.. —dice entre dientes levantándose para salir del camarote.

—No fue sólo sexo. Me dolió, porque me enamoré de ti —confiesa Matías poniéndose en pie y sujetando del brazo a Nuria.

La joven siente un fuerte impulso por abrazarlo, pero se contiene. Ladea el brazo para que Matías la suelte de nuevo, él se sienta sobre la cama y Nuria queda en pie, esperando a que él continúe hablando.

—Fueron meses los que pasé encerrado en casa de mis padres. Buscando una explicación lógica. No quería hablar contigo, estaba demasiado dolido, me habías traicionado. Pensé que solamente eras una cría caprichosa que jugó conmigo —confiesa.

— Si tan solo hubieras descolgado el teléfono una maldita vez, jamás nos hubiéramos separado. Hoy quizá seríamos felices y tendríamos lo que tanto deseas —confiesa Nuria.

—¿A qué te refieres? —pregunta levantándose.

—Nada. Pienso que fuiste un egoísta, solo pensaste en tu dolor, en ti, en tu carrera. Pero no pensaste que yo me quedé sola, abandonada, ahogada en la oscuridad, vacía... Lo eras todo para mí —confiesa subiendo el tono de voz.

—Y tú para mí. Me volvías loco con tu risa, tus miradas, tus provocaciones en clase. Pero te odié con la misma intensidad —confiesa atrayendo el cuerpo de la joven al suyo —Y fue entonces cuando llegó Eva. Ella me sacó de la oscuridad y me ayudó a empezar de cero. Me enseñó a olvidarte —confiesa Matías, a la vez que Nuria lo empuja para evitar el contacto físico.

—Eva. ¡Cómo no! Pues parece que no lo hizo muy bien, porque aquí estamos. Nos queremos y no lo niegues, porque aún sin saber quién era quien, nos volvimos a enamorar. Y no digas que para ti fue un juego, una aventura, sólo sexo, porque sabes que no lo fue —sentencia Nuria.

—¿Estás celosa? —pregunta acercándose de nuevo, sujetándola.

—¿Yo? ¿celosa? Claro que no. ¡Por favor! No son celos, es rabia, coraje, llámalo cómo quieras, pero no celos —responde.

—Sí, son celos, celos de que otra esté entre mis brazos así cómo estás tú ahora —afirma a la vez que la sujeta fuertemente contra su pecho desnudo. La respiración de los jóvenes se acelera, detrás de la toalla, Nuria puede sentir la pronunciada erección de Matías, deseándola como la primera noche.

—No me vengas con tonterías. Tan sólo soy una alumna que quería follarse al profesor de educación física. Y mira, siete años después volviste a caer como un idiota —reclama Nuria, sabiendo que Matías aún está cabreado con ella.

—Pues con este profesor vas a disfrutar como nunca lo has hecho con nadie —sentencia Matías a la vez que agarra con fuerza a Nuria y la aprieta contra su cuerpo guiándola hasta la cama quedando sobre ella.

Lleno de deseo, el joven besa apasionadamente a Nuria, quien le corresponde. Son besos llenos de pasión, pero también de reclamo, no son los mismos que días atrás habían saboreado. Son besos amargos. Ácidos que queman en la piel. Matías sujeta las muñecas de Nuria sobre su cabeza con una mano, mientras, con la otra levanta el vestido y accede al interior de la braga, acariciando fuertemente el clítoris, abriéndose camino hasta la vagina.

Llena de frustración, Nuria derrama unas lágrimas mezcladas con un gemido de placer, pero reacciona, no puede. Tras zafarse de la mano que sujeta sus muñecas, empuja a Matías hacia un lado.

—¿Qué te pasa, que haces? —pregunta extrañado.

—No me vas a follar con rabia, gilipollas —responde incorporándose rápidamente.

Matías se levanta, intenta retenerla, pero ella lo empuja de nuevo. El joven se percata de las lágrimas de Nuria y se hace a un lado. Se apantoca en el escritorio, sin impedir que la joven se marche. Al cerrar la puerta, Matías golpea con rabia el mueble. Se siente una basura. Quiere a esa mujer, pero no es capaz de salir corriendo detrás de ella y retenerla para abrazarla con el alma.

MARSELLA, FRANCIA.

Durante varias horas Nuria permaneció sentada en la hamaca del balcón, esperando a que Matías fuera a buscarla, pero tan sólo tuvo como compañera a la soledad, la luna y el sonido del mar al romper el agua abriéndose camino con destino a Marsella.

Antes de irse a dormir, la joven revisa sus mensajes y encuentra uno de audio de Silvia, en el cual la anima y le informa que la esperan para pasar un buen día por Marsella y hacer un tour en bicicleta por la ciudad. La joven se deja caer en la cama y se cubre la cabeza con la almohada. No tiene ánimo para dar explicaciones sobre lo sucedido con Matías, aunque en el regreso al puerto desde Roma, ya les explicó a las chicas todo lo que sucedió entre ellos siete años atrás.

A pesar de haber dormido poco, Nuria no quiere pasar otro día en el barco y decide acompañar a los chicos, una ruta de casi cuarenta kilómetros en bicicleta le hará llegar cansada para dormir profundamente, pues es la última parada. La siguiente es el puerto de Barcelona y no está dispuesta a quedarse llorando por Matías.

Son las ocho de la mañana, Nuria se ha ataviado con un vaquero pirata y una camiseta de manga corta blanca con un gran dibujo de unos provocativos labios rojos. Su cabello recogido en una trenza, un poco de rímel y color suave en los labios a juego con las lentejuelas de la camiseta. Tras subir al restaurante, busca a los chicos. Silvia y Jaime están sentados. Los saluda con la mano y se acerca al bufé, toma un plato y se sirve fruta variada, y un vaso con zumo de naranja y zanahoria. Poco después de tomar asiento, Amelia y Lucas los acompañan.

—¿Entonces, es seguro que Matt no vendrá? —pregunta Jaime.

Nuria suelta el tenedor y niega con la cabeza.

—Hablamos, pero las cosas ya no están bien —comenta la joven, mientras que Amelia pasa su mano sobre el hombro de la joven para consolarla.

—Anoche lo vi en la discoteca con Izan y varias chicas del gimnasio. Le comenté de la excursión y me dijo que no vendría —añade Lucas, a la vez que Amelia le da un puntapié por debajo de la mesa.

Ambos se miran y Nuria se ha dado cuenta, la joven siente un vuelco en el estómago. «¿Con qué chicas estaba Matías? Seguro que salió después de irme de su habitación, claro... por eso estaba bañado y tan perfumado... el muy... tendría que haberme quedado, ¿Y sí pasó la noche con otra? No bueno... está en su derecho, no tenemos nada, pero Dios... Agggg siento ganas de matarlo.» Piensa para sí misma.

—Nuria, ¿estás bien? —pregunta Silvia sacando a la joven de sus pensamientos.

—¡Eh, sí! Un poco desconcertada, pero bueno. Lo que Matías haga con su vida ya no es asunto mío —responde con la voz entre cortada, llevando el vaso de zumo a los labios para tomar un sorbo.

—Bueno, ¿y si nos vamos ya? Son casi y media. Tenemos que bajar. ¿Listos para pedalear? —pregunta Lucas poniéndose en pie.

Un rato después los jóvenes bajan del autobús que los ha llevado desde la terminal hasta la salida de bicicletas. Tras una explicación por parte de un atractivo francés, los jóvenes ponen rumbo hacia Santa María la Mayor, cerca del distrito de la Joliette. Al llegar, los chicos dejan las bicicletas a un lado de la majestuosa catedral, nombrada Monumento histórico de Francia el 9 de agosto de 1906, para conocer y quedar enamorados de dicho lugar. Un rato después, regresan a sus bicicletas eléctricas para continuar hasta El Fuerte Saint—Jean a unos ocho kilómetros. Un lugar construido en 1660 por Luis XIV en la entrada al puerto antiguo.

Tras un breve descanso a la sombra y disfrutar las vistas que ofrece el lugar, el grupo, de unas doce personas continúa su camino hacia El Palacio Longchamps, donde visitan los majestuosos jardines. Antes de visitar dos museos y llegar hasta el casco antiguo de la ciudad, varias chicas, entre ellas Silvia y Amelia, entran para comprar pan en una panadería con más de doscientos años de historia, que tiene un horno de ladrillo rojo y acero, que se encuentra a pocos metros de Notre Dame de la Garde, con las mejores vistas de Marsella.

Tras finalizar el tour los chicos se detienen para hacer algunas compras en el casco antiguo. En una pequeña boutique, Nuria encuentra un precioso conjunto de lencería, que no duda en comprar antes de emprender el descenso por la campiña hasta la playa, desde donde son llevados nuevamente al barco.

En la cubierta los chicos se paran en la barra de Julio para tomar una copa antes de regresar a sus habitaciones y descansar, van a dar las seis de la tarde y el crucero está a punto de poner rumbo hacia Barcelona por el mediterráneo.

—Es precioso. Me tenías que haber dicho para comprar uno igual, a Lucas le vuelve loco la lencería —comenta Amelia.

—Ha sido cuestión de minutos, lo he visto y me he enamorado, tenía que comprarlo —responde Nuria.

—Lástima que Matt y tú estéis peleados. Sería una despedida triunfal en el barco —añade Amelia ante la mirada de asombro de Silvia por el comentario.

—No le hagas caso, es precioso y punto. Me encanta la lencería de encaje negra —añade Silvia para quitar tensión.

—Bueno, yo me marcho a descansar un rato, quiero ir recogiendo la maleta para salir temprano, mi vuelo sale a medio día hacia Granada —añade Nuria.

—Igual que nosotros. No queremos salir tarde, aunque me da mucha tristeza abandonar este paraíso —señala Silvia.

—¡Hay que repetir! Tenemos que hacer otro viaje juntos —comenta Amelia puniendo cara triste por la despedida.

—Contar conmigo, chicas —sentencia Nuria levantándose.

—Nos vemos en la cena para despedirnos. —apunta Amelia.

—Ok, por la mañana seguro que no nos vemos. — pide Silvia.

—Claro que sí. Nos vemos a las nueve en el restaurante —añade Nuria agarrando sus bolsas y dando unos pasos hacia el interior del barco.

Nuria camina ligera en busca del ascensor que la guía hasta la planta donde está situado su camarote. Mientras, Lucas y Jaime se acercan a sus esposas.

—¿Qué tanto andáis churreteando, chicas? —pregunta Lucas.

—Nada en especial, la historia de Nuria y Matt, que se quieren, de eso no hay duda, pero es muy triste que estén separados —comenta Silvia.

—A veces la vida es muy caprichosa he injusta —añade Jaime.

—¿Y si les damos un empujón? —comenta Amelia con mirada traviesa.

—¡A ver, que tú me das miedo! ¿Qué se te ha ocurrido? —pregunta Silvia llevándose la mano a la cabeza con las locuras de su amiga.

—Jaime y Lucas, tenéis que buscar a Matt y hablar con él, invitarlo a la cena de esta noche, Nuria estará ahí. Se tienen que reconciliar —sentencia Amelia.

—No creo que sea buena idea meternos, pero tienes razón. Sería muy triste que abandonen el barco cada uno por su lado —añade Lucas.

—Vamos, seguro que está en el gimnasio —comenta Jaime levantándose del taburete. Los chicos se marchan en busca de Matías, a la vez que Amelia se frota las manos.

—¡Esto parece una historia de telenovela! —sentencia la joven divertida.

Silvia y Amelia se presentan en el camarote de Nuria a las ocho y media de la noche. Las chicas ya están arregladas con bonitos vestidos y peinados elaborados.

—¡Qué bárbaras chicas, estáis deslumbrantes! ¿habéis estado en la peluquería y no me habéis invitado? —comenta Nuria al verlas.

—Para nada. Se me da bien peinar y pintar. Así que siéntate —aclara Amelia haciendo que Nuria se siente en el sillón.

—Esta noche tienes que estar espectacular —sentencia.

—¿Qué estáis tramando? —pregunta la joven permitiendo que Amelia comience a retocar el maquillaje que ella ya se había puesto.

—Nada... Simplemente nos vamos a divertir por ser la última noche en este barco, vamos a celebrar el amor, pero sobre todo la amistad. ¿Llevas ese precioso conjunto de lencería? —pregunta Silvia riendo.

—¡Me parece genial! —añade Nuria sonriendo y mostrando el conjunto.

Un poco pasadas las nueve las chicas llegan hasta el restaurante, un chico simpático, las conduce hasta el reservado donde se encuentran sus parejas. El ambiente no puede ser más romántico. Un pianista en directo deleita con su música a los comensales. La iluminación y unas enormes cristaleras que permiten ver el océano con la claridad que hay en la noche, ayudada por la iluminación del barco. Al llegar, los chicos se ponen en pie para recibir a sus esposas. Pero para sorpresa de Nuria, Matías se encuentra presente. Vestido con un pantalón chino azul oscuro y camisa azul clara, arremangada hasta media manga, zapatos y cinturón marrones a juego, la barba recortada y una mirada profunda de deseo al ver a Nuria, vestida con un mono negro con la espalda al aire, el cabello suelto y un maquillaje con marcadas sombras oscuras y unos labios de color vino tinto, que le hacen mostrar una seguridad que a Matías lo vuelve loco.

—No estabais tramando nada, ¿verdad? —comenta Nuria simulando un falso tono de voz molesta.

—Perdón, pero si os decíamos que veníais, seguro que no hubierais

aceptado cenar con nosotros en esta despedida —comenta Lucas.

—Por favor, sentémonos y disfrutemos la noche como los amigos que somos —añade Jaime mirando a Matías y Nuria.

Matías se acerca al oído de Nuria, aspira su fragancia de *Gucci* y un olor a nardo y jazmín bloquean sus sentidos. Atraído por la joven pasa la mano por su espalda desnuda acariciando la piel con las yemas de sus dedos.

—Estás espectacular, demasiado provocativa para no estar a tu lado, ¿no te parece? —susurra. Nuria se sonroja, y no puede evitar que los demás se percaten.

—Estamos aquí por nuestros amigos, no lo olvides —sentencia Nuria.

Matías retira la silla para que la joven tome asiento, pero la rechaza sentándose en la que se encontraba sentado él instantes antes de llegar. Un acto que el joven toma como provocador, presintiendo que será una velada interesante.

—¿Qué tal el paseo por Marsella? —pregunta Matías.

—Fabuloso, no sabes lo que te has perdido —responde Silvia.

—Es una ciudad preciosa, no hay duda, pero siento calambres horribles en las piernas por los casi cuarenta kilómetros que hemos recorrido en bicicleta —añade Jaime.

—Estás muy viejito para esos trotes, cariño —dice Silvia riendo, a la vez que le da un tierno beso en los labios.

—Necesitas un buen entrenamiento, sobre todo ahora que nos bajemos del barco —añade Lucas llevándose la mano a la barriga viendo como los botones de la camisa se estiran casi al punto de saltar, provocando las risas de todos los presentes.

—Creo que nosotras también —añade Silvia riendo, y llevándose las manos a las caderas y barriga, repizcando la cintura.

—Yo creo que he cogido varios kilos. Miedo me da subirme a la báscula cuando llegue a mi casa. Tengo que entrar de nuevo en el vestido de novia para hacer la sesión de fotos en la playa —comenta Amelia.

—Podemos hacer un grupo de *Whats* y por ahí os voy dando indicaciones para ponernos todos en forma —propone Matías.

—Me parece una gran idea —comenta Lucas. Matías toma el teléfono y crea el grupo en la red de mensajes.

—No es por nada, pero yo no necesito asesoramiento deportivo por tu parte, estoy espectacular —dice Nuria tomando un sorbo de la copa de vino de

Matías. —¿No es así? —sonríe, guiñando el ojo a Matías, quien perplejo por el descarado de la chica, asiente por la cabeza sin saber qué decir.

—De eso no hay duda, amiga. Traías loco al francesito que nos ha guiado por Marsella —añade Amelia para darle un empujón a los celos de Matías.

—Seguro quería enseñarte la lengua francesa —comenta Silvia riendo.

—¿Qué guía? —pregunta Mat incómodo tragando saliva.

—Un baboso que todo el día ha estado pegado a Nuria —añade Lucas.

—Normal, es una chica guapísima que viaja sola y necesita más atención —comenta Silvia llenando la copa que tiene delante con el vino de la botella que hay sobre la mesa —propongo un brindis, por la amistad y el amor —añade dando un tierno beso en los labios a Jaime.

El resto de los comensales levantan sus copas y brindan con Silvia.

Matías, removiéndose en su silla, pasa su brazo por la silla de Nuria para acercar sus labios al rostro de la joven.

—Eres una descarada, ¿cómo puedes dejar que un tipo vaya todo el día babeando detrás de ti? Tendrías que haber le parado los pies —refunfuñe el joven.

Nuria respira profundo y observa la felicidad de sus amigos, mientras escucha la queja de Matías, aguantándose las ganas de mandar a su exprofesor más allá de donde se vuelve el aire por su reclamo, la joven acerca la copa de vino a sus labios, a la vez que lo mira con el rabillo del ojo y susurrando deja caer.

—¿Izan y tú lo pasasteis bien anoche en la discoteca con las monitoras del club deportivo? —sentencia la joven dando un sorbo a la copa de vino mirando con profundidad a Matías, quien se acomoda nuevamente en su silla.

Entre bromas, chistes malos y muchas risas, lágrimas y abrazos de despedida, la cena continúa. Nuria está sobrellevando la situación de una manera natural, con elegancia, sin dejarse caer, sin babear por Matías, aunque por dentro esté muriendo de ganas por besar cada centímetro de su piel. La luz del restaurante comienza a disminuir, para dar luz a un pequeño escenario, al cual entra una pareja de jóvenes cantantes para sentarse en unos taburetes de metal. El joven, toma una guitarra y acaricia las cuerdas dejando sonar los primeros acordes.

Muchas parejas se levantan para bailar en la pequeña pista, los intérpretes comienzan a cantar una dulce y romántica melodía... *“Quiero beber los besos de tu boca, como si fueran gotas de rocío y ahí en el aire dibujar tu nombre*

Junto con el mío” A Matías le da un vuelco el corazón al mirar a Nuria, quien da un sorbo a su copa de cava, viendo a sus amigos bailar enamorados en el centro de la pista.

—¿Bailamos? —pregunta Matías ofreciendo su mano con una sinceridad y una mirada que Nuria no puede rechazar.

Ambos se dirigen a la pista, Nuria rodea con sus brazos el cuello de Matías, quien acaricia la cintura de la joven en un abrazo lleno de anhelo. Durante unos segundos, sus miradas se encuentran, en ese instante, la música y la gente dejan de existir a su alrededor. Tan solo existe ellos dos.

—Perdón por lo que pasó anoche en mi camarote. No quería hacerte sentir mal. No sé qué me pasó, solo sé que me porté como un patán, un energúmeno, un bellaco poco hombre. Fui ruin y no tengo palabras para describir lo que sentí cuando te vi llorando y te marchaste —susurra casi rozando los labios de Nuria.

—Solo tenías que abrazarme. ¿Sabes? Te estuve esperando, pero nunca llegaste —añade Nuria bajando la mirada.

—Por favor, perdóname. En ese momento no era yo. Estaba demasiado ofuscado. Para mí no ha sido fácil aceptar que te quiero con toda el alma, y que no puedo vivir sin ti. Una lucha en mi interior entre mi orgullo y mis sentimientos que no puedo explicar con palabras —confiesa Matías escondiendo la mirada en el cuello de la joven, aspirando su aroma a nardos y jazmín.

Nuria se emociona al escuchar al hombre que ama confesar sus sentimientos. Matías endereza su postura para mirarla a los ojos. Con delicadeza, el joven acaricia las mejillas de su chica.

A lo lejos, Silvia hace un gesto a Amelia para que mire a los chicos, las dos parejas les prestan atención sin dejar de bailar, emocionados porque el amor todo lo puede.

Nuria resopla, está demasiado emocionada. Pasa sus manos por los bíceps de Matías y lo mira a los ojos con un brillo que deja salir todo el amor que ha estado conteniendo.

—Yo también te quiero. Te quiero más que a mi vida. No puedo vivir sin ti —confiesa la joven más enamorada que nunca.

—Solo si es contigo, yo puedo seguir respirando —sentencia Matías antes de entregarse en un tierno y emotivo beso.

Los amigos de los jóvenes, les hacen un círculo y comienzan a aplaudir

atrayendo las miradas de la gente y la atención de los cantantes. Nuria y Matías, al ser conscientes de lo que está sucediendo se funden en un fuerte abrazo, al que se unen los amigos que celebran la reconciliación de la pareja.

Después de pasar un rato por la discoteca y bailar como si fuera el fin del mundo, el grupo se despide en la cubierta del barco. Abrazos sinceros, llenos de lágrimas y risas, planes para volver a verse, y la promesa de que Amelia y Silvia serán damas de honor en la boda de Mat y Nuria.

Cada pareja en su camarote celebra el final del viaje con la manifestación del amor entregándose en cuerpo y alma.

Al entrar en el camarote, Matías toma a Nuria de la mano y bailan sin prisa, el joven le da una vuelta, la mira enamorado, sincero, la atrae hacia su cuerpo abrazándola por la cintura, quedando la espalda de Nuria pegada al firme abdomen de Matías.

—Solo soy feliz teniéndote así, entre mis brazos —susurra Matías besando lentamente el cuello de la joven.

Nuria se da la vuelta para abrazar a Matías por el cuello, buscando sus labios para saciar los suyos.

—Tu boca siempre va a saber a mí —confiesa Nuria besando a Matías con pasión, con entrega, con un amor infinito.

Tras un baile de besos, de caricias sin prisa, llenas de entrega, Matías se detiene.

—¿Estas segura? —pregunta nervioso —Quiero que te sientas bien, convencida de que mi amor por ti es sincero —añade el joven acariciando el rostro de Nuria y mirándola con ternura.

—Mira mis ojos, ¿no ves todo el amor que hay en ellos? Te amo con toda mi alma, no puedo pensar en una vida lejos de ti, sin tus besos, tus brazos, en ellos donde me siento yo, segura y protegida, donde soy feliz —aclara la joven sonriendo enamorada.

—Bendito barco que te puso de nuevo en mi camino —sentencia Matías, atrayendo a la joven hacia él para no dejar de besarla y hacer el amor por todos los minutos que le quedan a bordo de esa majestuosa embarcación.

BARCELONA, ESPAÑA

El camarote de Nuria, unos tímidos rалlos de sol entran por el balcón iluminando la piel dorada de la joven, quien duerme profundamente mientras que Matías, apoyado sobre su brazo izquierdo, observa detenidamente el cuerpo de la joven. Con la yema de sus dedos, va trazando un camino guiado por los lunares que la joven tiene marcados en su piel. Aceptando que está enamorado como nunca pensó amar a nadie.

—¿Qué haces? —pregunta sonriendo, a la vez que entrelaza sus dedos en el cabello de su chico.

—Grabando en mis labios cada centímetro de tu piel —responde sin dejar de besar a la chica.

—Quisiera tener el poder de detener el tiempo ahora mismo —comenta la joven acariciando a Matías, quien pone su rostro sobre el pecho desnudo de la joven.

—Nos podemos quedar en el barco y no regresar a casa —añade mientras juega con los pezones desnudos de su chica.

—Por mí... —se estremece arqueando la espalda para darle más facilidad —Mmm me quedaría, pero tengo que regresar —responde.

Matías deja de besar a Nuria y se incorpora quedando de rodillas frente a la chica, quien abre los ojos extrañada.

—¿Qué haces porqué te detienes? —reclama.

—Acabas de decir que hay que regresar —comenta Matías divertido. Nuria se levanta y lo empuja hacia la cama, quedando sobre él, disfrutando de una vista maravillosa y deslumbrante.

—Pero no te he dicho que te detengas —dice la joven, mordiendo su labio inferior por el deseo y acariciando los pectorales del joven entrenador, mientras su cuerpo se encaja perfectamente en el de Matías.

Un par de horas después de disfrutar el camarote por última vez, Matías regresa al camarote con su maleta y mochila en busca de Nuria, quien está terminando de cerrar su maleta.

—¿Lista para comenzar una nueva vida? —pregunta el joven besando

tiernamente a su chica.

—A tu lado, siempre —responde enamorada, respondiendo al beso.

—Pero antes de bajar del barco, tienes que saber algo —añade la chica sentándose en el filo de la cama desecha.

—¿Todo bien? Me asustas cuando te pones así —comenta Matías.

—Es por mi familia, Matías. No va a ser fácil, aun soy una mujer casada, y mis hermanas saben quién eres y va a costar trabajo y muchas explicaciones para que te acepten —explica la joven preocupada.

—Amor, te quiero. Y con eso me basta y sobra. Que el mundo diga lo que quiera. Que no tenemos nada que ver con nadie. Sólo somos tú y yo, y mientras seamos felices, que el mundo gire o que se detenga, que a nosotros no nos vuelve a separar nadie. Voy a estar contigo en todo el proceso de tu divorcio, y pase lo que pase, vas a contar conmigo —sentencia Matías abrazando a la joven, quien conmovida por las palabras de su antiguo profesor lo abraza con fuerza por la seguridad que le transmite.

Con nostalgia, Nuria camina por los pasillos del barco, Matías la toma de la mano y le sonrío. No hay duda de que el mundo es un pañuelo y está lleno de agujeros. Nuevamente, los amantes se han reencontrado, y han aprovechado la oportunidad que la vida les ha dado, y lo más importante, están dispuestos a rehacer su historia.

Mientras se alejan en taxi, Nuria mira el barco atracado en el puerto de Barcelona, Matías abraza a la joven.

—Prométeme que volveremos —susurra la joven.

—Te lo juro —sentencia Matías besando a su chica.

Tras pasar una hora en el aeropuerto del Prat, los chicos acceden al avión que los lleva a Granada. Nuevamente la pareja introduce sus maletas en un taxi para poner rumbo al ático que Matías tiene en la zona del Serrallo. Un lugar muy acogedor en una zona residencial, con unas vistas de la ciudad, y una gran puesta de sol.

Tras abrir la puerta los chicos entran en el ascensor.

—Estás nervioso —afirma Nuria.

—Bastante... no sé lo que me voy a encontrar, no quiero exponerte si Eva, está aquí por casualidad —confiesa Matías sincero.

—No te preocupes, todo va a estar bien —responde Nuria dando un casto beso en los labios al chico.

Tras caminar unos pasos al salir del elevador, los chicos llegan hasta la puerta de entrada. Matías introduce la llave en la cerradura, un golpe, dos golpes en la petaca, no hay nadie en el ático. Respira profundo. Abre la puerta noventa grados y se hace a un lado para que Nuria acceda primero.

Matías observa el rostro de temor de Nuria y accede de inmediato al interior. Todo está revuelto.

—¿Qué ha pasado aquí, Matías, ¿te han robado? —pregunta asustada. Matías niega con la cabeza, accede al salón, ve un cuadro abstracto colgado en la pared.

—¡EVA! —comenta el joven entre dientes, apretando los puños. Nuria siente un escalofrío que recorre todo su cuerpo. ¿Cuánto despecho puede tener una mujer para destrozar de esa forma un departamento?

—Esa mujer está loca —afirma Nuria, accediendo a la cocina y comprobando que no hay ni un solo mueble, tan solo un frigorífico.

—No. Simplemente se ha llevado sus cosas —añade Matías entrando al dormitorio principal. El joven comprueba que tan solo ha dejado el colchón, que meses atrás había comprado. Matías accede al vestidor, su ropa está igual que cuando se marchó, cada camisa y pantalón en su lugar, su colección de relojes, corbatas, trajes, todo...

—No entiendo a tu ex —comenta Nuria sorprendida.

—Yo compré el ático y ella puso los muebles, tan solo se ha llevado lo que le pertenecía.

—Pero no hacía falta destrozar azulejos para llevarse sus cosas. Está muy encabronada contigo —comenta la chica abrazando a Matías.

—Vámonos, será mejor que te lleve a casa. Te prometo que cuando entres de nuevo por esa puerta, no quedará rastro de Eva —asegura Matías.

Tras dejar la maleta en el vestidor y tomar una muda de ropa limpia en un bolso de deporte, Matías y Nuria salen del edificio por los garajes en el deportivo del joven. La casa de la chica se encuentra a unos noventa kilómetros, poco menos de una hora de camino.

Apenas pronuncian palabra, Nuria analiza lo sucedido, por más que lo intenta, no puede asimilar la clase de mujer con la que Matías ha pasado los últimos años. Agotada, la joven cierra los ojos y Matías aprovecha para mirarla, no quería exponer a Nuria, y lo ha hecho por sus ansias de tenerla junto a él en su casa lo antes posible.

Circulando por la A—44, Matías toma el desvío con dirección a un

pequeño y encantador pueblo, que no visita desde hace mucho tiempo. Tras detener el coche frente a una bonita charca de agua cristalina, un calor veraniego inunda el vehículo al bajar las ventanillas. Matías se acomoda en el asiento y mira con ternura a su chica. Acaricia las mejillas sonrojadas y la despierta. Sin decir nada, tan solo con la mirada, Nuria sonrío.

Los chicos bajan del vehículo, son casi las cuatro de la tarde y Matías quiere comer con Nuria antes de dejarla en casa. Tras reconocer el lugar, Nuria lo toma de la mano y lo conduce hasta un bonito y romántico restaurante donde degustan una tabla de ibéricos y unas tostas de salmón con un delicioso vino blanco.

En poco menos de diez minutos, Matías, guiado por Nuria, aparca el deportivo en la puerta de la joven. Son casi las seis de la tarde, aun hace calor y no hay vecinas chismosas, ni tampoco niños jugando en la calle.

—De verdad, quiero entrar contigo —comenta Matías.

—Ya lo hemos hablado, cariño. Permíteme hacerlo a mi manera. Mira, entro agarro las llaves de mi casa y nos vamos —comenta Nuria.

—Será mejor que te quedes aquí, y acomodes todas tus cosas. No quiero que nos llevemos otra sorpresa —comenta Matías.

—Pero ¿dónde vas a ir tú ahora? —pregunta preocupada.

—No te preocupes, he hablado con un amigo que hace tiempo que no veo, me está esperando en el Boulevard, estaré bien. Me quedaré a dormir en su casa, tenemos muchas cosas de qué hablar —responde Matías.

—Está bien, mañana nos vemos en San Ildefonso —añade Nuria pasando su dedo índice por los labios de Matías.

—Te voy a extrañar —confiesa enamorado.

—Yo también. Pero solo será cuestión de unos días —aclara la joven.

—Vamos, entra en casa, anda —pide Matías.

—¡Te amo! —le dice Nuria besando los labios del enamorado.

Matías sale del coche, pasa por delante del morro mientras Nuria lo observa enamorada. Su chico le abre la puerta y la ayuda a bajar. Matías toma las maletas del maletero y caminan hacia la puerta, cuando por la cochera, Lucía, que los ha visto llegar sale feliz a su encuentro.

—¡Enana! —grita feliz.

—¡Luz! —responde Nuria abrazando a su hermana mayor.

—¡Pero, menuda sorpresa! mírate, estás guapísima. Te ha sentado de maravilla el crucero —comenta Lucía mirando de arriba abajo a Nuria.

Nuria se suelta, y se deja caer en los brazos de su apuesto acompañante.

—Luz, él es Matías —dice.

Lucía hace memoria, analiza al joven mirándolo detenidamente. Le suena su cara y de inmediato comienza a atar cabos, las conversaciones que ha tenido con Nuria y el curiosear su relación con Alberto. Cuando de repente.

—¿Matías? ¿Tu antiguo profesor del instituto? —pregunta.

—Sí, él mismo —afirma Matías extendiendo la mano.

Lucía lo mira de arriba abajo, recuerda todo el sufrimiento de su hermana hace siete años. No se lo puede creer. Él.

—Te espero dentro, Nuria —dice Lucía seria, zanjando la presentación y dejando confundido a Matías.

—¡Lucía, espera! —pide Nuria.

La chica observa como Lucía entra en la casa por el garaje y cierra la puerta motorizada. Nuria se da la vuelta y mira a Matías con una cara de frustración indescriptible. Su mejor amiga, su hermana, va a ser un gran obstáculo entre ellos.

—Vamos, deja que hable con tu familia —pide Matías.

—No, primero he de hacerlo yo. Confía en mí —pide la joven, sabiendo que hay mucho más de fondo.

Nuria se abraza fuertemente a Matías, absorbiendo toda la fuerza y valentía que el amor del joven le da para enfrentarse, primeramente, a Lucía, y después, al resto del mundo.

Nuria se despide de Matías con un beso. Con decisión toma sus cosas y entra en casa en busca de Lucía.

CONTRA TODOS

Nuria entra en casa y deja las maletas junto a las escaleras, está alterada, sabe que no será fácil, pero al menos espera contar con el apoyo de Lucía y Bea cómo tantas veces le han hecho saber, ahora es cuando más las necesita.

—¿Se puede saber por qué has sido tan grosera con él? —cuestiona Nuria indignada entrando a la cocina.

Lucía está junto a la nevera sirviéndose un vaso de agua para tratar de calmarse y analizar lo que acaba de suceder.

—Lucía, te estoy hablando. ¿Qué te pasa? —insiste Nuria observando a Luz.

—¿Qué me pasa? ¿Te has dado cuenta de con quién te acabas de presentar en esta casa? Nuria, ese tipo te destrozó la vida hace siete años, ¿ya no te acuerdas? —le dice muy enfadada levantando el tono de voz.

—Sí, tienes razón. Me hizo sufrir, a ti también, por su culpa te fuiste a Estados Unidos durante siete años —afirma la hermana pequeña.

—¿Y entonces? —le pregunta.

—Lo siento Lucía, pero es el hombre de mi vida. Lo quiero, lo quiero con toda mi alma —confiesa Nuria rompiendo a llorar de impotencia.

—¿Me puedes explicar que te está pasando? —pide la joven, quien no comprende lo que está sucediendo con su hermana pequeña. En unas semanas de viaje, su vida ha dado un giro de ciento ochenta grados.

—Es el destino, Lucía. Nos encontramos en el cruce, al principio lo rechacé, pero me di cuenta de que Roberto jamás me hizo sentir igual de feliz que Matías. A su lado no me importa nada —afirma.

—Nuria, ¿Matías sabe la verdad? —pregunta.

Nuria guarda silencio, niega con la cabeza y se da la espalda, comienza a caminar en busca de las escaleras para subir a las habitaciones.

—Comenzar una relación con una mentira semejante, no te llevará a ningún lado —reclama Lucía elevando la voz para que Nuria la escuche.

Al subir a su habitación Nuria saca el teléfono del bolso, tiene un mensaje de Matías, quien le pregunta cómo le ha ido con su hermana, y le asegura que

no se imaginaba la reacción de la joven, pues la había pintado como un ser de bondad. La chica se sienta en la cama y observa las maletas. Toma aire y envía un mensaje de voz a su chico, *“No te preocupes, nada ni nadie nos va a separar, te amo”*

Unas horas después, Nuria cena con su familia junto a la piscina en el bonito jardín de la casa, incluida Lucía y Neal, el agente del FBI americano que ha ido para reconquistar a su hermana. Sobre la mesa, una ensalada ligera, unos pimientos del piquillo rellenos de bacalao, y una tarta de queso de postre.

—No sabéis, tenéis que hacer ese crucero, mamá —comenta Nuria dándoles un pequeño souvenir que compró en Roma.

—Gracias mi vida, no tenías que haberte molestado —comenta Blanca abriendo el regalo.

—No, y deja que te cuente, el barco, qué maravilla. Es espectacular. Lo he disfrutado muchísimo, jamás me lo hubiera imaginado así, spa, solárium con bar incluido, y sobre todo una excelente compañía, conocí a personas fantásticas, hice amistad con ellos —comenta Nuria mirando a Lucía, quien está molesta por la información que Nuria está ocultando.

Neal, el sexi y astuto agente, se ha percatado de la cara de mala leche que carga Lucía, y sabe que algo no está bien.

—No queda agua, ¿me acompañas? —pide Neal con su marcado acento americano.

Lucía se levanta y entra rápidamente a la cocina seguida por el chico.

—No me gustó que te fueras tú sola —comenta Javier.

—Papá, lo necesitaba. Acabo de regresar y me da miedo salir a la calle, ¿sabes lo que me espera ahí fuera? —pregunta Nuria con rostro devastado.

—Porque quieres, sabes que Roberto te quiere hija, y si habláis podéis arreglar lo sucedido. Fue una equivocación. —argumenta Blanca.

—¡Mamá por favor! ¡Menuda equivocación! Notarás que hay muchísima diferencia entre esa lagartona y yo... Quién sabe cuánto tiempo lleva poniéndome los cuernos —sentencia.

—Tú misma, pero si no quieres que la gente siga con habladurías, busca a tu marido y arregla las cosas —ruega Blanca.

—Siempre con el miedo al qué dirán. ¿Hasta cuándo mamá? ¿Hasta

cuándo te va a importar más la gente que la felicidad de tus hijas? —zanja Nuria levantándose de la silla.

Lucía va saliendo al jardín con Neal, cuando se cruza con Nuria. Al ver a su hermana derramando unas lágrimas, se acongoja. Lo está pasando realmente mal, y el carácter de Blanca no es nada fácil.

Las hermanas comparten habitación. Todavía no ha salido el sol, y Lucía no puede dormir escuchando a Nuria dar vueltas en la cama. Está inquieta, ha estado así toda la noche, y Lucía, que también trae lo suyo con Alberto y Neal, tampoco puede pegar ojo...

—¿Qué te pasa? —pregunta Lucía suspirando.

—Extraño a Matías —responde contundente.

Lucía mira la hora en el teléfono, son casi las cinco de la madrugada. Por un instante, un silencio inunda la habitación. En el ambiente, ambas pueden sentir su respiración, muy distinta a cuando duermen profundamente

—Hazme un hueco, anda —dice Nuria saltando a la cama de Luz

—¿Dónde vas? hace mucho calor —contesta algo molesta aún.

—Lucía, estás ardiendo. ¿Estás bien? —pregunta tocando la frente de su hermana.

—Sí. solo tengo calor, nada más —responde.

—Pues te aguantas —insiste Nuria.

—Idiota —le dice mientras se pone de lado para mirarla mejor.

Por un instante, ambas se miran fijamente, reconociendo el paso del tiempo en sus miradas, su respiración se iguala para ir al mismo compás, la caída de parpados...

—¿Sabes que te están saliendo arrugas? —comenta con gracia Nuria.

—Sí, y a ti te está creciendo el culo, ya no cabes en mi cama —responde. Ambas comienzan a reír.

—Te ves diferente, Lucía. Tienes un brillo distinto en los ojos.

—Anda, duérmete, sino te vas a tu cama, porculera —le pide Luz.

Lucía cierra los ojos para hacerse la dormida, está agotada, últimamente más de lo normal. Al día siguiente hay que trabajar y aunque Nuria esté de vacaciones, Luz se está haciendo cargo del salón de bodas, y están en plena temporada de eventos. Aun así, con mil cosas en la cabeza, Lucía puede sentir que Nuria no deja de mirarla.

—¡Luz! —susurra.

—Shsss —chista Lucía.

—Te quiero —vuelve a susurrar.

Nuria se da media vuelta y en poco menos de unos minutos comienza a roncar.

—¡Esto es increíble! Ahora a ver quién se duerme —susurra Lucía quedando bocarriba mirando al techo.

Apenas unas horas después, la alarma del teléfono de Lucía comienza a sonar, a través de la ventana, los rallos del sol inundan la habitación. Nuria duerme a pierna suelta en la cama de Lucía, y esta tras detener la alarma comienza a estirarse lentamente, bostezando...

Con mucha flojera, se sienta en el filo de la cama, echa una ojeada a su hermana y le golpea la espalda con un cojín.

—¡Buenos días! —comenta Nuria de forma perezosa.

En ese instante Lucía siente unas terribles náuseas y corre al baño.

—Luz, ¿estás bien? —pregunta Nuria preocupada.

Instantes después, Lucía regresa a la cama y se tumba de nuevo junto a Nuria.

—Creo que la cena de anoche me sentó mal —responde con la cara pálida.

Nuria se sienta a los pies de la cama, en silencio observando detenidamente a su hermana, estudiando cada facción de su rostro.

—¡Estás embarazada! —afirma con seguridad la joven.

—¡Y tú loca! —responde Lucía dando un salto para levantarse e irse a trabajar.

A lo largo de la mañana, cada uno en sus ocupaciones, y Nuria organizando su ropa. Casi toda la tiene en el piso que compró Blanca para ella y Roberto y no le apetece ir. Al mirar su teléfono, encuentra un mensaje de Matías, donde le comenta que ha ido a ver a unos compañeros en un pueblo cercano, y le pide que se vean a la hora de la comida. La joven, aburrída, decide ir a La Finca para ver a Lucía.

Son casi las doce de medio día, cuando Nuria entra en la oficina, Lucía no tiene muy buena cara, está agotada.

—¿No te has cruzado con Roberto? —pregunta Lucía.

—Aun no. Lo estoy buscando, tenemos que hablar —responde preocupada.

Tocan varias veces a la puerta, Neal abre con familiaridad y confianza, entrando en la estancia.

—¡Buenos días! —añade mientras saluda de beso a ambas hermanas.

Sin darle tiempo a tomar asiento, la puerta se abre de nuevo de forma brusca. Los tres quedan perplejos al ver a Roberto entrar con un descaro descomunal. Es un cara dura, y una lástima haberse dado cuenta tan tarde.

—¿Ya te has dignado a aparecer, cariño? —dice Roberto entre dientes.

Con tensión e incomodidad, Nuria se levanta y da varios pasos al frente, hasta quedar a la altura de Roberto.

—He venido a buscarte —dice de forma fría Nuria.

—Ya lo sé mi vida. Sé que me extrañas tanto como yo a ti —dice el idiota de Roberto tratando de acercarse más a la joven, quien extiende el brazo para evitar que la toque.

—¡Por favor sería lo último! Te estoy buscando, porque quiero que saques todas tus cosas del piso, te recuerdo que mis padres me lo regalaron a mí. Y de paso, que me des el divorcio cuanto antes —dice tajante.

La cara de Roberto es un poema, no esperaba esa reacción de Nuria, sabía que estaba enfadada, pero siempre ha estado coladita por él y ha hecho a su antojo lo que ha querido con la joven. Pero ahora se equivoca, Nuria ha encontrado en Matías la valentía que le faltó siete años atrás.

Neal y Lucía se miran y se ríen al ver la cara de su excuñado. Eso no se lo esperaban, Nuria de siempre ha sido muy inmadura, y está demostrando ser una mujer que sabe lo que quiere.

—Estás muy equivocada si piensas que te vas a quedar con el piso. Te recuerdo que estamos casados por bienes gananciales, y todo lo tuyo, es mío, y viceversa, querida —responde Roberto hablando furioso entre dientes.

Neal, como gran caballero y defensor de los indefensos, se levanta con cara de pocos amigos ante la amenaza de Roberto.

—Robert, por las buenas, o por las malas. Tú decides —dice tajante.

—Será por las malas, esto no se va a quedar así —insiste.

Furioso, aunque más bien temeroso por la presencia de Neal, Roberto sale de la oficina con el rabo entre las piernas. Lucía se levanta corriendo de la silla y abraza fuertemente a Nuria, se siente muy orgullosa de ella.

—No estás sola, enana. Aquí estoy contigo —afirma la joven.

Después de una deliciosa comida en un restaurante del Boulevard, Nuria y

Matías dan un paseo por el extenso parque. Los jóvenes se recuestan sobre el césped, a la sombra de unos frondosos árboles, recibiendo la brisa del agua de una lago artificial.

—Así que eso me dijo el muy descarado —termina Nuria de explica a su chico lo sucedido con Roberto.

—Tenía que haber estado ahí para defenderte —chasquea la lengua Matías.

—Neal lo puso en su lugar, ese americano impone lo suyo —añade la joven sonriendo.

—Después, llegué al despacho de una compañera de instituto que se va a encargar de llevar mi divorcio, hace unos meses que se puso por su cuenta, y le va muy bien, es muy buena, estoy segura de que no tardará en enviarle a Roberto la notificación para el divorcio —explica la joven sentándose sobre el abdomen de Matías.

—Y ya mismo serás una mujer libre —añade Matías incorporándose para besar a su chica.

—¡Soy! una mujer libre, el estar casada o tener pareja, no significa que no sea libre —sentencia antes de besar al joven con una pasión desmedida.

—Otra cosa, mujer libre. ¿quiere venir con este pobre enamorado a Granada y olvidarse de todo por unos días? —pregunta Matías besando el cuello de la joven.

—Contigo hasta el fin del mundo —sentencia la chica mirando a los ojos de Matías, unos ojos brillantes y enamorados.

ENTREGA CON MIEDO

Nuria y Matías van al piso de la joven para preparar una maleta con ropa para salir de viaje por unos días. Están en una auténtica luna de miel después de su reencuentro.

—Debería de ponerlo en venta. No creo que pueda vivir aquí con nadie, además, para tenerlo cerrado —comenta Nuria pasando la mano por el sofá de diseño.

—¿Y dónde te gustaría vivir? —pregunta Matías sentándose en el brazo del sofá y atrayendo a la joven por la cintura.

—Ahora mismo lejos de aquí. Para septiembre tengo que estar en Granada, así que he de buscar un apartamento o estudio —responde acariciando el rostro del joven.

—También te puedes quedar conmigo —sugiere Matías.

—Lo sé, pero antes de dar ese paso tan importante, prefiero estar divorciada de Roberto, y que mis padres te conozcan y te acepten —responde segura de sí misma la joven.

—Te amo, ¿lo sabes? —añade el joven mirándola con admiración y un profundo amor.

Tras meter en una pequeña maleta algunas muda de ropa y enseres personales, los chicos se marchan a Granada.

—Te has equivocado de salida, por aquí no vamos a tu casa —comenta Nuria extrañada.

—Lo sé, vamos a otro lugar —añade Matías guiñándole el ojo, dedicándole una sonrisa que derrite a la joven.

Unos diez minutos después de tomar la salida 118, llegan al aeropuerto *Federico García Lorca*, donde dejan el coche en el aparcamiento y se dirigen a pista. Casi es la hora de la puesta de sol y Nuria sigue sin entender nada.

—¿Dónde vamos? —pregunta extrañada.

—Vas a conocer mi ciudad en todo su esplendor —responde Matías enamorado, tomando la mano de la joven, quien se sorprende al ver llegar a un piloto, mientras ellos caminan hasta una avioneta.

Mat saludar al piloto, Nuria emocionada salta para agarrarse a su cuello y

darle un apasionado beso. Tras entrar en el interior, Matías se asegura que la joven tenga bien puesto el cinturón de seguridad. En el aire, Nuria no puede evitar sonreír, jamás había visto la ciudad de Granada como lo está haciendo en ese instante. A sus pies, volando sobre el Parque Federico García Lorca, el Museo de memoria de Andalucía, el Parque de las Ciencias, la belleza y majestuosidad de la Alhambra y el barrio blanco y empedrado del Albaicín, la Abadía del Sacromonte, la Plaza de Toros, el monasterio de la Cartuja y la Ermita de los Tres Juanes. Todo esa historia, bañada con una impresionante puesta de sol de regreso al punto de partida.

—Por la cercanía con Jaén, había venido muchas veces, pero jamás imagine la belleza de esta ciudad desde el aire —comenta emocionada en el coche, rumbo a otro hermoso lugar.

—Y eso no es todo, en invierno, volaremos sobre Sierra Nevada. La sensación es indescriptible, ver el impresionante manto blanco desde el aire, no hay palabras para describir todas las emociones que despierta —comenta Matías emocionado, al ver la felicidad de Nuria en su rostro.

Tras unos veinte minutos en coche, Matías y Nuria llegan a un enorme centro comercial para tomar un bocado antes de ir al ático del joven. Ya se ha echado la noche, y con las remodelaciones, aún no tiene cocina, ni muebles.

Al entrar, Nuria puede comprobar cómo se encuentra el estado del ático, herramientas de los trabajadores, cajas de parqué apiladas en la entrada y mucho polvo.

—¡Vaya, la que has liado en dos días! —comenta sorprendida.

—Era necesario. Quería acabar con todo lo que rompió Eva, y que te sientas en tu casa —añade abrazando a la joven —La próxima vez que vengas estará todo terminado, ya verás, pero esta noche, ¿te apetece acampar bajo un mar de estrellas? —pregunta Matías tomando a Nuria de la mano y guiándola hasta la terraza.

Con la ayuda de un amigo, el joven ha preparado una bonita pérgola de madera con telas blancas, un colchón cubierto de sábanas blancas, una cubitera con una botella de champagne y un par de copas.

Sorprendida, Nuria lo abraza con fuerza. Está viviendo un cuento de hadas y no quiere que termine nunca. Después de hacer el amor, Matías está dormido bajo la pérgola, Nuria se despierta, se pone la camiseta de su chico y se levanta. Se apontoca sobre la baranda y observa la ciudad iluminada. Toma su copa y se sirve un poco del champagne que queda en la botella, apenas sin gas,

y algo templado por el calor. La joven mira a Matías que se remueve, pero sigue dormido, Nuria respira profundamente. No quiere perder su amor, está viviendo en un sueño del que no quiere despertar, y decide no contarle la verdad, analiza la situación, sabe que tiene que confesarle que abortó hace siete años un hijo suyo, pero no está dispuesta a perderlo, y decide guardar el secreto.

Después de una semana de remodelaciones y obras, pintores y carpinteros terminan su trabajo. Nuria y Matías están agotados, pero el ático está completamente nuevo. La convivencia ha logrado que se enamoren mucho más el uno del otro y Nuria ha tomado la decisión de hablar con sus padres y presentarles a Matías.

Matías y Nuria regresan a Jaén, antes de ir a casa de los padres de la chica, pasan por el instituto donde se conocieron. Caminan por los pasillos del centro y llegan al gimnasio.

—Aquí me enamoré de ti —confiesa Nuria dando un tierno beso en los labios al joven.

—Cuantos recuerdos —añade Matías abrazando a la joven.

—¡Ajan! —carraspea el conserje del centro.

—Muchachos, el director acaba de llegar, los espera en la sala de profesores —añade mientras con la mano señala la puerta para que salgan del gimnasio.

Nuria sonrojada pasa por su lado como quinceañera. Matías, nervioso por el regreso al lugar donde arruinó su carrera, camina con paso seguro hasta la sala de profesores, lugar que recuerda perfectamente.

Casi una hora después de haber explicado al nuevo director la situación que vivieron, el funcionario promete a Matías encontrar el expediente sancionador que se abrió en su contra para esclarecer quien lo denunció, y retirar la denuncia, para si es su voluntad, vuelva a ejercer como profesor.

—¡Matías! —comenta sorprendido un hombre de unos cuarenta y cinco años.

—¡Carlos! —exclama el joven al ver a su antiguo compañero. Los dos se funden en un fuerte abrazo.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? traté de localizarte, pero nada —reclama Carlos.

—Mira, te presento a Nuria, mi novia —comenta Matías.

—Yo te conozco.. —responde pensativo.

—Así es don Carlos, fui su alumna hace algunos años —aclara la joven dando dos besos en las mejillas.

—Oye, creo que tienes que ponerme al corriente —comenta Carlos perplejo.

—Te espero en La Finca si quieres, así aprovecho para hablar con Lucía, que no estaba muy bien que digamos —añade la joven dando un tierno beso en los labios a su chico.

Nuria toma un taxi hacia La Finca, mientras que Matías y Carlos van a comer juntos para ponerse al día después de tantos años, puesto que Carlos, advirtió a Matías de donde se estaba metiendo al tener una relación con su alumna, pero por la amistad de ambos, él jamás denunció a su amigo.

Nuria se baja del taxi en la puerta trasera de La Finca, que da a la cocina. Un olor a alcachofas confitadas y lomos de bacalao gratinados en el horno hacen que la boca se le haga agua y las tripas rujan como leonas en celo.

—¿Qué estas cocinando? —pregunta Nuria a Lucia, quien está concentrada entre los fogones preparando los deliciosos platos.

—¿Qué haces aquí Nuria? ¿No estabas en Granada? —pregunta sorprendida.

—Sí, he venido con Matías. Él ha ido a comer con uno antiguo compañero. ¡Oye! Yo quiero de esto que estás preparando. Tiene muy buena pinta —comenta.

—¡Holaaa! —dice Bea entrando con Nando en el carro.

Nuria y Bea se dan un fuerte abrazo, mientras, Lucía termina de sacar el bacalao del horno y monta los platos con las flores de alcachofa.

—Shsss no grites enana. Que despiertas al niño y luego no hay quien lo duerma —reclama Bea a Nuria cuando esta trata de acercarse al carro.

—Venga, poner la mesa, que tengo que os tengo que dar una noticia muy importante —les pide Lucía con cara desencajada.

—Ya me estás mosqueando. ¿De qué se trata? —insiste Nuria.

—Tú, pon la mesa, y ten paciencia —reclama.

Nuria sale de la cocina con dirección a un comedor más privado, toma un mantel de flores de un mueble y comienza a poner cubiertos y copas.

Las tres hermanas, degustan la comida preparada por Lucía.

—Siempre tuviste muy buena mano para la cocina, María lo recordaba a

cada rato —comenta Nuria.

—No sigas evadiendo y cuéntale a Bea con quién has venido —pide Lucía mientras se levanta para ir a la cocina.

—En el crucero me encontré con Matías. Mi antiguo profesor de gimnasia, estamos enamorados y nos vamos a ir a vivir juntos a Granada —resumen Nuria juntando los dientes y esperando la reacción de Bea, quien apura la copa de agua de un sorbo.

—¿Después de lo que pasó entre vosotros? ¿Tú? —pregunta Bea perpleja, sin poder asimilar lo que acaba de escuchar.

—El destino es así de caprichoso, Bea, nos volvimos a encontrar y nos dimos cuenta de que seguimos enamorados, no le busques explicación, que no la hay —sentencia Nuria.

Lucía llega con una bandeja con varias porciones de tarta de tres chocolates y dulces variados, los cuales comienza a degustar con ansia. Al ver el rostro de sus hermanas, Lucía se levanta para preparar café.

—¿Cuándo piensas darle la noticia a mamá? Avísame, ¡eh! Para que tenga la ambulancia preparada, que bastante está pasando con tu boda, cómo para ahora darle otra impresión cómo esta —reprime Bea mientras mece el carro con Nando, quien está plácidamente dormido.

Lucía regresa a la mesa con tres cafés, dos capuchinos para sus hermanas y un descafeinado para ella, lo cual sorprende a las chicas, ya que Luz jamás toma descafeinado.

—¿Se puede saber porque estás tan callada? —pregunta Nuria a Lucía.

—Solo es cansancio, ayer fue un día muy pesado y estoy aquí desde temprano —responde removiendo el café para disolver una cucharadita de azúcar.

—¿Y ya nos vas a contar que te está pasando? —pregunta Bea.

—Y de paso por qué no has probado el vino. Es de tus favoritos, y solo has bebido agua —dice Nuria con sospecha.

Durante unos segundos las mira con incertidumbre. Pero decide contarles a sus hermanas lo que le está sucediendo. Apontoca la espalda contra el respaldo de la silla, las mira a los ojos llevando sus manos a su vientre. Sonríe, y mira de nuevo sus manos.

—¡Estás embarazada! —grita Nuria.

—Shsss no lo digas tan fuerte. Que no lo sabe nadie —le pide llevando su dedo índice a sus labios.

Nuria da un salto de la silla feliz abraza a su hermana.

—¡Voy a ser tita otra vez! —insiste emocionada.

—Calla loca que se va a enterar todo el mundo —repite.

Bea se levanta de la silla y abraza a Lucía emocionada.

—No te preocupes, que todo va a estar bien —susurra en el oído.

—Gracias. Es lo que necesitaba escuchar —le dice abrazándola fuerte.

De nuevo se sientan y regresa la tranquilidad, Nuria deja su euforia a un lado.

—Cuenta, ¿cómo ha sido? —dice Nuria.

Bea le da un pellizco en el brazo. Nuria la mira enfadada, quejándose por que le ha dolido.

—¿A estas alturas no sabes cómo se hace un bebé? —le dice Bea con seriedad.

—Yaaa. No discutáis —les pide Lucía.

Ambas se calman y la miran esperando que hable.

—Esto es muy difícil para mí. No sé qué voy a hacer. Neal, me ha pedido que me case con él —les dice.

—Es normal. Va a ser papá —dice Nuria.

Lucía se queda mirando a sus hermanas, no sabe cómo explicarles lo que le está sucediendo, cómo se siente. Ahora, Bea le da un puntapié a Nuria por debajo de la mesa para que deje de hablar imprudencias, pues no sabe lo que está sucediendo con Luz.

—¡Auch! ¿Pero por qué me pegas? —se duele Nuria.

—El padre es Alberto —responde Lucía con seriedad.

—¿Qué? —responde Nuria sorprendida —¡Ay, Luz! —concluye.

—Ahora lo más importante eres tú. Ni Alberto, ni tampoco Neal —habla la voz de la experiencia.

Lucía extiende la mano a Bea para agradecerle y la aprieta con cariño.

—Neal acepta él bebe como suyo. Pero no me puedo casar con él e irme a Estados Unidos, sin decirle a Alberto la verdad. Sería una bajeza por mi parte —comenta Lucía preocupada.

—Irte y alejar a un padre y un hijo, es lo mismo —reprocha Nuria.

—Pff... lo sé —resopla Luz.

—¿Por qué no te independizas? —comenta Bea.

—Sí. Aquí tienes un buen trabajo, y bastante dinero en el banco para comprar un piso o una casa —interrumpe Nuria.

—Céntrate en tu embarazo. En tu bebe. Y el tiempo ya dirá —concluye Bea.

Por un instante Lucía las mira intrigada. ¿De dónde saca el dinero para independizarse y criar sola a un hijo?

—¿Dinero? —pregunta sorprendida.

—A ver, casi voy al día, vivir en Nueva York es muy caro y a duras penas he podido ahorrar algo más de cinco mil euros —les explica.

Nuria y Bea se miran extrañadas ante la confesión de su hermana.

—¿O tú despilfarras el dinero a tu antojo, o aquí pasa algo muy raro que no entiendo? —comenta Bea.

—La verdad no os entiendo —les dice de nuevo.

—Lucía, mamá nos ha estado ingresando a cada una dos mil euros al mes, desde hace cinco años —insiste Bea.

—Pues habrá sido a vosotras, porque yo, no he visto ni un solo euro —responde sorprendida.

—¡R O B E R T O! ¡Yo lo mato! —dice Nuria furiosa dando un golpe sobre la mesa.

—Pues nada, que, si las cuentas no me fallan, tu querido esposo le ha robado a Luz más de ciento veinte mil euros. Y esto no se puede quedar así —agrega Bea.

En ese instante, Nuria se siente dolida, traicionada, Roberto no sólo le fue infiel con Raquel, sino que durante cinco años ha estado robando a su hermana. Lucía siente un ardor que le quema la garganta, otro motivo más para denunciar a Roberto, además de que ha descubierto algunas cuentas irregulares en la administración, resulta que le ha estado robando directamente dos mil euros al mes, los mismos que su madre pensó que le ingresaba mensualmente para que nada le faltara.

—¿Qué hacen mis niñas aquí? —pregunta Blanca al ver a sus tres hijas juntas.

Las tres se miran con cara de no saber qué hacer, ni qué decir por lo que acaban de descubrir, no saben cómo lo va a tomar, ya que, para ella, Roberto es un santo.

—Mamá, pensaba que os ibais al pueblo a ver a los abuelos —comenta Luz.

—Sí, fuimos. Pero en cuando terminamos de comer, nos regresamos. No quería que estuvieras mucho tiempo sola —responde blanca a Lucía.

Lucía asiente con la cabeza, mientras Nuria le acerca una silla para que se siente con ellas.

—Nuria, cariño. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfadada por algo? —pregunta de nuevo. En este instante, se puede cortar la tensión, Luz no se siente bien, la tensión por lo descubierto, el embarazo, Neal, Alberto, Matías, todo se le ha juntado y su pequeño renacuajo le hace dar una arcada.

—Lucía, llevas tiempo así. No es normal tantas angustias, cualquiera diría que estás embarazada —comenta la madre.

A una madre no se le puede ocultar nada. Bea, Nuria y Lucía se miran cómplices, ninguna es capaz de articular palabra. Lucía traga saliva y coge aire.

—¿Estás embarazada? ¿Verdad? —reprocha Blanca.

Asiente con la cabeza, y baja la mirada. Resopla. No hace falta que diga nada más. Blanca guarda silencio

—¡Mamá! —dice Bea.

—Cállate Beatriz. Le he preguntado a tu hermana —responde la madre.

A lo lejos, Alberto y Matías entran por la puerta, se están acercando a las chicas. Lucía se remueve en la silla y las pupilas se dilatan, Lucía mira a Nuria y la conduce con la mirada hacia los chicos. Nuria se reacomoda en la silla, no se puede levantar, no ahora. La tensión que hay es más que evidente. Blanca no ve llegar a Matías y Alberto, cuando para sorpresa de las chicas, comienza a hablar del pasado.

—Hace siete años abortaste. Y ahora... —empieza a decir Blanca.

—Lucía, ¿abortaste un hijo mío? —interrumpe Alberto perplejo.

El mundo de Lucía se viene abajo, se ha roto en mil pedazos, ¿cómo desmentir a su madre frente a Matías, para que este descubra la verdad?

Nuria se levanta corriendo y se acerca a Matías, lo toma de la mano y mira con miedo, está esperando la respuesta de Lucía. Blanca, sorprendida por la noticia, tal vez decepcionada, se sienta sin decir ni media palabra.

—¡Respóndeme! ¿Abortaste un hijo mío? —insiste Alberto.

—Vamos a otro lugar, tenemos que hablar —le pide con lágrimas en los ojos.

—No, no voy a ningún lugar. ¿Es cierto, sí o no? —insiste.

—Claro que es cierto, sucedió días antes de irse Nueva York —comenta Blanca enojada por la situación.

—Mamá, deja que ellos arreglen sus problemas —pide Bea.

—Aquí no hay nada que arreglar —responde la madre.

Nando comienza a llorar, Lucía mira al bebé y Bea se pone en pie para cargarlo en brazos.

—Mamá, acompáñame, por favor —insiste Bea.

Blanca acepta irse con Bea. Se pone en pie, agarra su bolso y se marchan, Bea, mira a sus hermanas deseando suerte para aclarar los problemas con los chicos.

—Ya hablaremos. Te espero en casa, así que no tardes —refunfuña Blanca a Lucía mientras camina buscando la salida.

Lucía mira a Nuria y Matías, el hombre está perplejo por lo que está escuchando.

—Vamos, Nuria —le pide Matías, agarrándola del brazo.

—No, no me voy. Lucía. —se acerca a su hermana con indecisión y nervios.

—¡Vete, Nuria! —le exige mirándola a los ojos.

Nuria y Matías salen del salón en busca del jardín principal.

—De verdad, tu familia no deja de sorprenderme —comenta Matías con ironía.

—No estoy para bromas —añade enfadada.

—Pero ¿qué te pasa? Es tu hermana la que abortó un hijo de ese chico —dice Matías tratando de calmarla.

—No sabes nada de lo que pasó en realidad. Así que, por favor, cállate —reprocha mientras camina con miedo hacia el coche de Matías —Llévame a mi casa, por favor, tengo que hablar con mi madre —pide Nuria.

—Está bien, como tú quieras —sentencia Matías abriendo la puerta del copiloto para que la chica se suba.

Nuria está muerta de miedo, no sabe cómo va a reaccionar Lucía, qué pasará con ella y Alberto. Está preocupada por su hermana, y por la reacción de su madre, su secreto está a punto de salir a la luz, y ella, a punto de perder a Matías.

NEGACIÓN DE DIVORCIO

En pocos minutos, Matías detiene el coche frente a la casa de Nuria. En la puerta, está el de Bea, quien ha llegado con Blanca y Nando.

—¿Me vas a decir qué está pasando? No sé por qué te afecta tanto que tú hermana esté embarazada. No has dicho ni una palabra en todo el camino, y, además, mírate, estás temblando —pregunta Matías intrigado.

—Son asuntos familiares y ahora no te los puedo explicar —responde Nuria.

—Quiero hablar con tus padres, explicarles que tenemos una relación y que nos conocimos en el instituto —añade el joven tomando la mano de la chica.

—Ahora no es el momento indicado. Todavía no estoy divorciada y con todo lo que está pasando de Luz, mejor nos esperamos —pide Nuria con tristeza.

Matías deja caer la cabeza en el cabezal del asiento, siente una profunda frustración, sabe que Nuria le está ocultando algo y necesita saber de qué se trata.

—Regreso a Granada, tengo trabajo y no lo puedo posponer —comenta serio e intentando obligar con su tono de voz a Nuria a que esta le diga lo que sucede.

—Está bien. Sé que tienes que marcharte, pero yo no puedo dejar sola a mi hermana en estos momentos —responde Nuria con tristeza.

La joven abre la puerta del coche para bajarse, Matías golpea levemente el volante del vehículo y de inmediato estira el brazo izquierdo para cerrar la puerta y evitar que la joven salga del vehículo. Con decisión, el joven planta un apasionado beso en los labios de Nuria, quien le corresponde sin dudarlo.

Nuria observa como el vehículo de Matías se va alejando en la calle, hace mucho calor y las vecinas de radio patio aún están escondidas en sus hogares. Bea, desde su antigua habitación ha sido testigo del beso de su hermana y Matías en el coche, y baja a su encuentro mientras que la joven abre la puerta

para acceder a la vivienda.

—Estás loca —sentencia Bea.

—Loca, pero de amor por ese hombre. No sé qué vaya a pasar entre nosotros, pero te juro que ahora sé lo que es el amor verdadero —sentencia Nuria accediendo al salón.

Nuria observa que su madre no se encuentra ahí, y camina hacia la cocina, Bea, apoyada en el quicio de la puerta la observa.

—Está en su habitación —dice Bea.

—Voy a hablar con ella. No quiero ni pensar en la que se va a liar cuando venga Lucía —responde Nuria subiendo la primera escalera para acceder al segundo piso.

—Será mejor que te quedes quieta un rato... no es el momento, ten paciencia, además, creo que se ha quedado dormida con el ansiolítico que se ha tomado —aclara frenando a la joven.

En ese instante, baja el escalón, está angustiada, se apontoca en la pared y se deja caer lentamente hasta quedar sentada en el suelo, en mitad del pasillo, y como una niña pequeña a quien le acaban de regañar, comienza a llorar. Nuria siente una gran angustia. Por ella, pero sobre todo por Lucía.

—Ya, venga enana. Vamos, levántate —pide Bea ofreciéndole su mano, pero la joven no la toma.

Nuria esconde su rostro entre las rodillas y pasa sus manos por la cabeza escondiéndose. Bea, resopla y se sienta junto a ella. Con paciencia, abraza a su hermana hasta que deja de sollozar.

—Hey, ya. Que todo esto se va a solucionar. Ya verás —aclara Bea abrazando a Nuria.

En ese instante, el pequeño Nando que está dormido en su carro en el salón, comienza a llorar.

—Voy arriba, necesito estar sola un rato —comenta Nuria levantándose y ayudando a su hermana mayor a levantarse del suelo para que acuda a calmar a su bebé. Nuria le da un abrazo y sube las escaleras.

Al pasar por la habitación de su madre, se asoma por la puerta entornada y la observa, efectivamente, está dormida. La joven, entra en su dormitorio. Del cajón de la mesita de noche, toma el control remoto del aire acondicionado y pulsa. De inmediato, la máquina comienza a refrescar el ambiente, y Nuria se deja caer sobre la cama, quitándose las esparteñas en el trayecto.

Con el teléfono en la mano, la joven observa con añoranza las fotografías

que se ha tomado con Matías en el viaje. Está emocionada, pero también muy asustada. En ese instante, la llamada de Roberto entra en el aparato. Nuria duda, pero decide descolgar para saber qué quiere.

—Cariño, tenemos que hablar —escucha la joven al otro lado.

—Si me llamas para decirme que has firmado, gracias, pero no es necesario, mi abogada me lo podía haber comunicado —responde.

—Nada de eso, mi cielo. Quiero que sepas, que sí, me han llegado los papeles de la separación, pero qué crees, no los voy a firmar —añade Roberto cabreado.

—Mira, Roberto. Me importa un pimiento. si quieres por las buenas, sino nos veremos en el juzgado. Eso es lo que hay. Adiós —sentencia la joven colgando la llamada.

Tras dejar el teléfono sobre la cama, la joven ahoga un grito de rabia y coraje en sus entrañas. ¿Cómo ha podido estar con alguien tan ruin y mezquino tanto tiempo sin darse cuenta? Tras unos minutos en silencio, la joven comprende que aceptó el falso amor que Roberto le daba para no sentirse sola. Nuria acepta que debió continuar sola hasta sanar la herida que Matías le dejó en el corazón, y no correr con los ojos vendados. Pero ya es tarde y ahora debe plantarles cara a sus errores.

Varias horas después, Nuria sale de su habitación, una ducha y un pijama ligero y baja a la cocina, toma un café helado de la nevera y sale al jardín. Casi está anocheciendo y, aun así, el calor sigue presente.

—¿Y Matías? —pregunta Lucía.

—Le he pedido que se marche —responde con sentimiento de culpa.

—¿Qué te pasa? —pregunta seria, sentándose a su lado en el escalón del porche. Nuria comienza a llorar afligida por su cobardía.

—Perdóname, Lucía. Perdóname, perdóname. Sé que soy una cobarde. Que me he quedado callada y no te he defendido. Perdón —dice entre sollozos.

—Yaaa Nuria. Con lágrimas no se solucionan los problemas. Y esto va para las dos —dice con un auto consejo por lo que le viene.

Lucía le quita la taza y da un sorbo al café, saboreándolo, aunque sabiendo que no debe tomar cafeína. Nuria frunce el ceño en forma reprobatoria. Con un chasquido, Lucía pasa su brazo por el hombro de su hermana, quien abatida se abraza a ella llorando inconsolable.

—Ya en serio, Nuria. Tienes que explicarle a Matías todo lo que pasó, si

no, vuestra relación no tendrá futuro. Y si este secreto se descubre dentro de unos años, sufriréis mucho más, el sol no se tapa con un dedo —aconseja la joven con seriedad.

—Sé que tengo que contarle todo, pero tengo miedo Lucía —explica.

—Te entiendo, pero debes decir la verdad —responde.

—¿Qué verdad? —pregunta Blanca.

Nuria y Lucía se ponen en pie de inmediato.

—Déjame a solas con mamá —pide Lucía.

—No, vamos a hablar. Aclaremos las cosas —añade Nuria.

—Nuria, vete —le pide insistente.

—Hazle caso a tu hermana. Tengo que hablar con ella —apunta Blanca con seriedad, con los ojos hinchados por las lágrimas.

Lucía asiente con la cabeza hacia Nuria. No es el momento indicado, la joven debe dar una explicación sobre su embarazo a su madre, y no es el momento de remover el pasado, al menos no hasta que Nuria le confiesa toda la verdad a Matías.

Nuria comprende que los brazos de Matías son los únicos que le pueden dar paz, así que, sin nada de tiempo que perder, guarda una muda de ropa en una mochila y se marcha a Granada en busca del amor de su vida.

Al llegar al ático del joven, Matías no se encuentra, y uno de los carpinteros, le da la dirección del gimnasio central donde el joven tiene la oficina.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendido. Son casi las once de la noche, y Matías se encuentra dando golpes a un saco de boxeo con uno de los monitores.

—Pues que mi vida es un auténtico caos, y te necesito para darle paz —añade la joven acercándose a Matías, quien, enamorado de su chica, la toma por la cintura y la besa apasionadamente.

El monitor desaparece, mientras Nuria ríe al ver que Matías se muestra nervioso por no poder acariciarla con los guantes. La joven, estira de la cinta para facilitar la salida de la mano, mientras, con desesperación, Matías no deja de besarla.

—Te quiero, te quiero, te quiero tanto —susurra entre beso y beso. Con ansias, Matías toma a la joven de la mano y la conduce hasta su oficina. Nuria sonrío traviesa viendo como Matías cierra las persianas para tener intimidad con la poca gente que queda en el lugar.

Son casi las doce de la noche, no queda nadie en el gimnasio. Matías está sentado en su silla de dirección y Nuria a horcajadas sobre él, apenas con la ropa interior.

—Espero que las cosas en tu casa estén mejor, te necesito así, al cien por cien conmigo —comenta Matías acariciando la mejilla de su chica. Sus ojos tienen un brillo especial. Nuria le da un tierno beso en los labios.

—Han regresado fantasmas del pasado que debemos de enfrentar —comenta volviendo a besar al chico.

—¿Puedo saber algo más concreto? —pregunta bañando de besos el cuello de la joven.

—No... todavía no. Prefiero que me hagas de nuevo el amor —sentencia bajando con sus manos hacia la cintura de Matías, en busca de su miembro viril.

—Tus deseos son órdenes —añade poniéndose en pie y apoyando a Nuria sobre el escritorio.

Durante unos días, Nuria y Matías han vivido una auténtica luna de miel. Han terminado de poner el ático al gusto de ambos, decorar cada rincón, y por supuesto, llenarlo de continuos y apasionados encuentros. Pero la vida sigue y el trabajo es necesario para subsistir. Matías tiene que ir a una serie de reuniones con Izan en Barcelona, un viaje corto, va a firmar un gran acuerdo para instalar su técnica deportiva en un nuevo barco de la compañía de cruceros y Nuria decide regresar a casa para ver cómo está el ambiente, pues le quedan poco tiempo de vacaciones.

Durante los días que ha estado con Matías, Nuria ha estado informada en todo momento por Neal y Lucía con respecto a las investigaciones que han hecho sobre Roberto. Sentada en el sofá de su casa, la joven llama por teléfono a Lucía, quien se encuentra con Alberto en La Finca, la joven, le pide que vaya cuanto antes a su casa.

Cuando Lucía entra por la puerta, Nuria se levanta y le da un abrazo lleno de miedo por todo lo que está sucediendo.

—¿Porque no nos contaste antes las sospechas que tenías sobre Roberto? —pregunta Blanca a Lucía.

—Porque para ti era un santo, y no me ibas a creer —responde.

—Sampedro y su equipo lo están buscando. Neal ha conseguido las

pruebas del robo —Confirma Nuria.

—La cuenta donde enviaba el dinero, si es de un banco americano, pero jamás te llegó un solo euro —confirma el padre de las chicas.

—Ahora lo que importa es que lo detengan y se haga justicia —afirma Luz.

Blanca sale del salón sollozando, subiendo las escaleras en dirección a su dormitorio. Está devastada porque depositó toda su confianza en aparentemente un gran hombre.

—Es normal, confiaba en Roberto, era su mano derecha, y siente una gran decepción —explica Javier a sus hijas.

Javier camina de un lado a otro de la habitación, Lucía recibe un mensaje de Alberto y no puede evitar sonreír como una quinceañera enamorada. Nuria extrañada la mira frunciendo el ceño y gesticulando con los labios, pronuncia el nombre de Alberto. Lucía vuelve a sonreír confirmando que se trata del joven. Luz asiente enamorada, suspira profundamente. Nuria y ella tienen mucho de qué hablar, pero, sobre todo, Nuria siente la necesidad de contarle la verdad a Alberto. En ese instante, llaman a la puerta y Javier corre hacia ella para abrir.

—Hola, Neal, Sampedro —escuchan las chicas decir a Javier.

Neal y el teniente entran en el salón. Nuria se acerca a Lucía, se sienta junto a ella y la agarra del brazo con incertidumbre.

—¿Lo habéis detenido? —pregunta preocupada.

—Sí, no ha sido fácil, pero Roberto ya está rindiendo declaración ante el juez —confirma Sampedro llevando sus manos a la cintura.

—Eso no es todo —continúa Neal —Descubrimos al tipo que inflaba los precios de los productos para el salón, y también ha sido detenido —explica con detalle el agente del FBI.

Blanca baja deprisa las escaleras al escuchar a los agentes. La mujer está muy dolida, pues para ella ha sido una gran traición, había entregado a Roberto toda su confianza y el cuidado de su hija pequeña, para ella, era como un hijo.

—¿Cómo pude estar tan ciega? —pregunta derramando unas lágrimas.

Nuria se acerca hasta ella y le da un fuerte abrazo.

—Mamá, nos engañó a todos. No te sientas culpable, porque tú no eres responsable de nada —le responde Nuria.

—Comencé a sospechar de él, y por eso le prohibí la entrada a la oficina y

el archivo, desde entonces, siempre estaba muy nervioso, hasta que cometió una serie de errores y se delató. Pero, sobre todo, se aprovechó de nuestra falta de comunicación —aclara Lucía con reprobación hacia su madre acercándose a ella y extendiéndole la mano.

—A Roberto le pudo su ambición y por eso está detenido —le dice Nuria.

Lucía abraza a Nuria y Blanca para darles todo su apoyo. No es fácil por lo que están atravesando. Neal carraspea la garganta mirando a Lucía, necesitan hablar. Javier toma a Blanca del brazo y la sube a la habitación. Sampedro se marcha y Nuria, sale a la calle para darles intimidad a los chicos.

En la calle, Nuria llama por teléfono a Matías, quien no más de dos tonos responde la llamada.

—Ya lo han detenido. Esta pesadilla ha terminado —confiesa la joven.

—Mi vida, en la noche regreso a Granada, mañana a primera hora estaré en tu casa hablando con tus padres, tienen que saber que no estás sola —sentencia el joven.

Minutos después Nuria entra en la cocina a por un vaso con agua y con claridad escucha la conversación de Lucía y Neal y se siente mal por los dos. Pues en parte, ella propició que Lucía se quedara a vivir en Nueva York.

—Es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas —comenta Neal serio al entrar de improviso en la cocina y sorprender a Nuria prestando demasiada atención. Con cara de no haber roto un plato en su vida, Neal se detiene, se da media vuelta para mirar a Nuria.

—Anda, ve con Lucía, que ahora es ella quien te necesita —afirma el agente saliendo de la cocina cabizbajo.

Nuria entra al jardín y abraza fuertemente a Lucía, quien siente el calor y agradece el gesto de su hermana pequeña.

—¡Ay, Lucía! estoy segura de que Neal será feliz —Nuria trata de hacer sentir bien a Lucía con sus palabras.

—Lo sé... Se lo merece. — afirma la joven.

—Ahora tienes que decirle la verdad a Alberto —dice Nuria.

—Y tú a Matías —le pide.

—Tienes razón. Aclaremos todo esto y que salga el sol por donde quiera, sobre todo por mamá. No es justo lo que estás pasando por mi culpa — responde Nuria.

Con un abrazo lleno de seguridad, se levantan para poner punto final a todo ese embrollo causado hace siete años.

JUNTOS PASE LO QUE PASE

El viaje de Matías se retrasa, y Nuria decide ir al ático para esperarlo allí. A solas, medita la mejor forma de darle la noticia a su chico para comenzar una relación sin mentiras ni secretos, pero ninguna de ellas la convence.

Al día siguiente, Matías llega entrada la noche de su viaje y encuentra a Nuria dormida en su cama. Sin hacer ruido, se sienta a su lado para observarla detenidamente. Está muy enamorado y el brillo de su mirada lo confirma. Su teléfono comienza a sonar y de inmediato lo apaga, pero Nuria despierta por el sonido. Feliz, se levanta para abrazarlo.

Pasada la media noche, los chicos salen de la ducha después de apagar el fuego de sus cuerpos calientes, la chica mira el móvil, hay demasiadas llamadas perdidas y mensajes de Blanca, Javier y Bea. Preocupada, la joven marca el número de Javier.

—Papá, acabo de ver el teléfono. ¿Pasa algo? —pregunta extrañada mientras que Matías absorbe con sus labios cada gota de agua en su cuerpo. Nuria se hace a un lado, su rostro se ha vuelto pálido en un instante. Se sienta en el filo de la cama, apenas puede pronunciar una sola palabra.

—¿Estás bien? Nuria, ¿qué pasa? —pregunta preocupado. La joven deja el aparato sobre la cama. Matías se arrodilla frente a ella.

—Es Lucía, Marta, la ex de Alberto le ha dado una puñalada en el vientre, está ingresada en el hospital, y la van a operar de urgencia porque puede perder al bebe. — responde Nuria petrificada.

—Venga, no hay tiempo que perder. ¡Vámonos! —añade Matías poniéndose en pie y haciendo reaccionar a Nuria.

El trayecto normal desde el ático de Matías hasta el hospital donde se encuentra Lucía es de unos cien kilómetros, una hora de camino a la velocidad indicada, la cual, Matías reduce a apenas unos cuarenta minutos escasos. El viaje se hace interminable para Nuria, quien va recibiendo mensajes de Bea.

El aparcamiento es un caos en los alrededores del hospital, y Matías deja a su chica en la puerta del lugar para que se adelante con su familia mientras él encuentra estacionamiento.

—Mamá, ¿cómo está Lucía? —pregunta Nuria, acercándose a Blanca y

Javier que se encuentran preocupados en la puerta del quirófano.

—Los médicos no nos dicen nada todavía —añade Javier dando un abrazo a su hija pequeña.

—Pero ¿cómo fue? ¿qué le pasó? —insiste con ansia y angustia.

—Estaba con Alberto. Que él te explique qué le pasó a tu hermana, él es el único responsable —responde Blanca con cara de pocos amigos mirando al joven.

Nuria respira indignada, mira fijamente a su madre y chasquea con la lengua mientras se cruza de brazos.

—¿Siempre va a ser igual contigo, mamá? —pregunta.

—¿A qué te refieres? —responde con otra pregunta sentándose en uno de los fríos asientos de la sala de espera que da al quirófano.

—Siempre culpas a gente inocente de tus errores. Hubieras tenido más confianza con Lucía, conmigo, con Bea, y no tendríamos tantos problemas —afirma.

—No te entiendo, ¿de qué estás hablando Nuria? —insiste Blanca.

—Hey, ya... Nuria por favor, vamos a la calle, estás demasiado nerviosa y no sabes qué dices —pide Bea tratando de poner paz entre madre e hija.

—No Bea, ya está bien. Alberto no tiene culpa de nada, tampoco Lucía, la única culpable eres tú, mamá. Por tu miedo al qué dirán, por tu reglas estrictas jamás te dijimos la verdad, y mi hermana se marchó durante siete años al otro lado del mundo. Nunca fuiste a verla, nunca te acercaste a ella. Mi hermana no se tenía que haber separado nunca de Alberto, y la única responsable, eres tú mamá, por no escuchar a Lucía —dice Nuria desde su enojo.

Alberto, al ver la situación, se levanta del rincón donde está sentado y se dirige a la joven.

—Ven Nuria. No pongamos las cosas peor de lo que ya están, lo que menos le gustaría a tu hermana es verte discutir con tu madre. —reclama el joven sensato con sus palabras.

—Nuria, ya... este no es el momento —añade Bea.

—Si Lucía no regreso en ese tiempo, es porque la culpa no se lo permitió. —añade Blanca levantándose y acercándose a Nuria.

—Ya está bien. No se dan cuenta de que la mujer que amo está en estado crítico por la puñalada que le ha dado una loca —grita Neal con su acento americano puniendo orden. Javier se acerca a él y le pone la mano sobre el hombro del joven.

—Tú no tendrías que estar aquí, ahí dentro está mi mujer y mi hijo — comenta Alberto llevado por los celos.

—Hablas de derechos, pero no supiste defender a “tú mujer” de ese ataque. No la mereces —puntea Neal mientras que Javier lo sostiene del brazo. Alberto da unos pasos hacia él, pero Bea lo retiene.

—Señores, por favor. Se calman y se callan, o se van a la calle —zanja Javier.

Blanca está débil y la situación no ayuda en su estado de salud, la mujer, vuelve a sentarse y Nuria se sienta junto a ella.

—Mamá, tenemos que hablar, de verdad es importante —comenta Nuria agarrando la mano de su madre. En ese instante, Matías asoma su figura por la puerta, los presentes se quedan extrañados observando al chico que busca con la mirada la ayuda de Nuria.

—¡Matías! —pronuncia Alberto acercándose a él con la mano abierta para saludarlo.

—¿Cómo va la operación? —pregunta preocupado.

—Aún no se sabe nada de mi hermana —añade Bea.

—Perdón, ¿nos conocemos? —pregunta Javier extrañado por la familiaridad con la que Alberto y Bea lo saludan.

—Soy Matías. — comenta extendiendo la mano.

—Es mi pareja, papá. — añade Nuria cerrando los ojos esperando la reacción de sus padres.

—¡Lo que faltaba! Esto no me puede estar pasando, es una pesadilla, me voy a morir de la vergüenza —augura Blanca casi al punto del desmayo.

Matías siente la fuerza del apretón de mano de Javier.

—No es el momento, pero ya hablaremos —comenta protector el hombre mirando a los ojos a Matías.

—Mamá... no empieces otra vez, que estamos en el siglo XXI —suplica Bea.

Nuria corre hacia Matías y lo agarra del brazo.

—Papá, prometo que después te contare todo. ¡Vamos! —pide la joven estirando del brazo de Matías. Bea se sienta junto a su madre y comienza a hacerle aire con un abanico.

Neal, guarda silencio mientras observa cómo Alberto se deja caer junto a la puerta del quirófano angustiado por la situación de Lucía. Está abatido, aun trae la ropa manchada de la sangre derramada por la joven. Desde la puerta de

la sala de espera, Matías se detiene un instante para observarlo. Comprende al joven, el amor que siente por Lucía es inmenso y la angustia que está viviendo es indeseable para nadie.

Nuria y Matías se montan en el ascensor y bajan a la calle. Caminan en silencio hasta una zona de descanso, un pequeño jardín con una zona zen.

—Estás muy callado, no has dicho ni media palabra —comenta Nuria a su lado.

—Estaba pensando en Alberto, en lo que debe de estar sintiendo en ese momento. Su mirada refleja dolor, y puedo comprenderlo perfectamente, el amor que siente por Lucía es puro y sincero —comenta entristecido.

—Y muy grande, el amor de estos dos es inmenso. Se quieren tanto cómo nosotros. —añade acariciando el rostro de Matías, mirándolo con ternura.

—No sé qué haría si algo te sucediera. Me moriría del dolor. Ver a Alberto en esa situación ha hecho que reflexione, te quiero con toda mi alma, Nuria. No me imagino despertar un solo día y que no estés a mi lado —confiesa abrazando a su chica.

Un rato después, Matías y Nuria regresan a la sala de espera. Aún no hay noticias de Lucía. El joven deportista, se acerca a Alberto, apotocado en la puerta del quirófano mirando por la pequeña ventana, para ver si hay algún tipo de movimiento. Matías pone su mano sobre el hombro del joven y le entrega una bolsa.

—Será mejor que te cambies, así como estás, no te dejarán pasar a recuperación para estar con Lucía —comenta Matías.

—Gracias. — Alberto asiente agradecido, observa la camiseta, es de su talla y ahí mismo se quita la suya manchada de sangre y se pone la limpia que Matías le ha comprado.

—Nada hombre... Verás que todo va a salir bien —añade dándole ánimo. Nuria, sentada junto a Bea observan a los chicos con atención.

—Parece que mamá se ha calmado un poco —comenta Nuria mirándola.

—Le hemos dado un tranquilizante —responde Bea en voz baja.

—Al que no veo es a Neal —dice extrañada mirando a un lado y otro.

—Está sentado en las escaleras junto a los ascensores, pobre, menudo conflicto debe tener, enamorado de Lucía, y Alberto aquí.

—Lucía ha regresado con Alberto y ya se lo dijo a Neal. Él sabe que no tiene posibilidades, pensaba que se había marchado ya —comenta Nuria mirando al chico de reojo, apenada por la situación.

Casi cuando comienza a amanecer, el médico que ha operado a Lucía sale del quirófano. El rostro de cansancio de los presentes es más evidente.

—Doctor, ¿cómo está mi hija? —pregunta Javier, mientras el médico pone su mano sobre el hombro de Alberto al ver sus ojos hinchados.

—Ahora mismo está en cuidados intensivos. Debe salir del efecto de la anestesia, ha sido una operación complicada, y debe estar en continua observación.

—¿Pero está bien, Doctor? —insiste Alberto.

—El objeto punzante con el que fue atacada, alcanzó el saco amniótico, pero el bebé no corre peligro, tiene una pequeña fisura, pero no afectará al desarrollo del embarazo —añade el médico.

—¿Y mi hija, doctor? ¿Cómo está Lucía? —pregunta Blanca agarrando al médico del brazo.

—Tranquílcese, señora. Permítame explicarles, Lucía ha perdido mucha sangre y ha necesitado una transfusión, tiene severos desgarros producidos por el corte, se ha procedido a la sutura interna de las partes afectadas. Ahora sólo nos queda esperar que no le de fiebre y su recuperación sea lo más rápida posible. Tiene que ser fuerte, pues mientras menos medicamento se utilice, mejor para la criatura que espera —añade el médico.

—Mi hermana es fuerte, en dos días está de nuevo trabajando, ya verá doctor —comenta Nuria.

—No es lo indicado, por la gravedad de los cortes internos, Lucía deberá guardar el máximo reposo para que las heridas cicatricen completamente antes de dar a luz. De lo contrario, se deberá programar una cesárea. Ahora su embarazo es de alto riesgo —responde haciendo una mueca.

—¿Podemos verla, doctor? —pregunta Alberto abatido.

—Dentro de unas horas, tengan paciencia, ahora no es conveniente, además está sedada. — responde el médico.

Tras entrar de nuevo en la zona de quirófano. Los familiares de Lucía vuelven a sus asientos. Matías toma de la mano a Nuria y se alejan lo suficiente para que no los puedan escuchar. El joven abraza fuertemente a la chica, Nuria está muy nerviosa, su cuerpo tiembla y Matías la abraza con más fuerza aún, tratando de evitar que se rompa. Blanca los observa con detenimiento. En verdad, el joven se preocupa por ella, piensa la mujer mientras acaricia con sus manos de forma involuntaria la imagen de su Virgen de la Cabeza.

Han pasado dos días desde que Lucía y Alberto fueron atacados por Marta, y por fin, Nuria puede entrar a ver a su hermana estando consciente. En recuperación, les permitieron entrar, pero solo cinco minutos, momento que aprovechó para darle un beso en la frente y desearle fuerza, aunque Lucía no la escuchara.

—¡Hola! —dice Nuria sonriendo al ver consciente a Lucía.

Bea y Nuria entran en la habitación, la hermana pequeña trata de sonreír y ser fuerte, pero su sensibilidad hace que se eche a llorar como magdalena al ver a su hermana. Con ternura le da un fuerte abrazo.

—No lo puedo evitar. No sé qué hubiera hecho si te pasa algo —comenta.

Por un instante Lucía se ríe al ver la preocupación de su hermana pequeña. Bea le da un beso y la toma de la mano.

—Ten cuidado con la herida —reclama Blanca a Nuria, quien se sienta a los pies de la cama. Nuria mira a su hermana, Bea le toma también la mano, las tres juntas. Con la mirada lo dicen todo. La complicidad y el amor que se tienen es más que evidente. Blanca las mira orgullosas.

Las chicas llevan un rato en la habitación, cuando el médico que operó a la joven entra para revisar la herida. Nuria y Bea se hacen a un lado, Bea abraza a su hermana pequeña, mientras que Blanca toma la mano de Lucía.

—No me quiero precipitar. Vamos a esperar un par de días más, antes de darte el alta —comenta el médico mientras la enfermera coloca nuevamente el apósito en la herida.

—Está bien, doctor —responde paciente Lucía — Lo primero es la salud de mi bebé, quiero estar fuerte y que no corra ningún peligro. — afirma con seguridad.

—Deberás ser mucho más cuidadosa a partir de ahora. Aunque la fisura está cicatrizando, corre el riesgo de abrirse según vaya creciendo el niño. Por ello, quiero que guardes reposo absoluto, y cualquier cosa, molestia, lo que sea, te vengas de inmediato al hospital —recalca.

—Está bien. Así lo haré. — afirma la joven llevando su mano al vientre.

—Bueno, las dejo. Y ya sabes, mucho reposo —insiste.

Lucía asiente con la cabeza. Nuria hace una mueca de apoyo a su hermana, a la vez que se acercan a ella. El médico está por salir, cuando de repente, Blanca lo retiene del brazo.

—Doctor, tengo una duda —dice.

—Dígame —responde atento.

—Perdone mi ignorancia, pero, mi hija tuvo un aborto hace unos años, lo sucedido puede tener consecuencias en este embarazo, con la situación que está viviendo actualmente —pregunta para sorpresa de las tres hermanas.

En ese instante, Lucía suelta la mano de su madre. Nuria, Beatriz y Lucía se miran sorprendidas. Nuria se pone en tensión. Y Bea se cubre el rostro. La cara de sorpresa del médico es indescriptible. Blanca espera una respuesta.

—Señora, Lucía jamás ha tenido un aborto, ni natural ni provocado —afirma el médico.

—¿Cómo qué no? Hace siete años —insiste.

—¡Mamá! —pronuncia Nuria —Fui yo, no Lucía — confiesa.

Al ver la situación y lo que se avecina, el médico sale de la habitación. Blanca mira a Lucía extrañada. No sabe que decirle. Nuria da unos pasos al frente.

—Nuria, ya. Este no es el momento de hablar del tema —expone Lucía tratando de contener la situación.

Nuria mira a su madre con decisión. Bea guarda silencio.

—Repite lo que has dicho —pide Blanca.

—Sí mamá. Quien abortó hace siete años, fui yo. No Lucía —confirma.

Afectada, Blanca mira a sus hijas con dolor en los ojos. La mujer se acaba de dar cuenta que por siete años ha estado cargando un sentimiento de decepción hacía Lucía sin merecerlo. Algo que no le correspondía. Sin más, sale de la habitación profundamente decepcionada.

Nuria sale de la habitación siguiendo a su madre. Matías y Alberto se acercan al ver a Blanca pasar como un rayo.

—Mamá, espérate —pide levantando la voz la joven.

Una enfermera la mira en modo de reprobación. Blanca se para en seco y Nuria se pone frente a ella. La mirada de la mujer es fría, llena de rabia y sus ojos brillan por las lágrimas contenidas.

—Mamá... perdón —suplica Nuria.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, Nuria —reprocha Blanca. Los jóvenes se acercan.

—¿Sucede algo? —pregunta Matías.

—No nada —responde Blanca continuando su camino.

Nuria comienza a llorar abatida por la frialdad de su madre. Matías la abraza fuertemente. Mientras Alberto se dirige a la habitación de Lucía para que le explique qué ha pasado.

—¿Qué tienes, Nuria? ¿Qué ha pasado ahí dentro? —pregunta Matías.

—Por favor, no me hagas preguntas. ¡Vámonos! —suplica Nuria echa un mar de lágrimas.

—Pero explícame qué ha pasado con tu madre, mira cómo estaba ella también —insiste.

—Matías, ya, por favor. Son cosas nuestras. No te voy a decir nada, al menos no por ahora —responde Nuria. Al ver que Matías no se mueve, Nuria lo mira con seriedad.

—¿Nos vamos, o te quedas? —añade mientras coge aire y camina hacia los ascensores. Matías, sorprendido la sigue sin saber qué está pasando y con la incertidumbre de no poder ayudar a su chica.

Al entrar en el ático de Matías, Nuria se dirige a la terraza, mientras el chico revisa que todo esté en orden. El trayecto ha sido monótono para él, pues la joven se hizo la dormida para evitar darle una explicación.

—Ya han terminado de montar la cocina —comenta Matías acercándose a Nuria, quien asiente con la cabeza.

—Venga ya, ¿me vas a decir que te pasa? —pregunta molesto.

—No es nada... simplemente estoy agotada, han sido días muy largos. Nada más. — responde Nuria pasando su mano por la mejilla de Matías.

—Sé que algo te pasó con tu madre, es más que evidente que habéis discutido, y no quiero que nos afecte a nosotros como pareja. — sentencia Matías.

—Te lo voy a contar, pero ahora no, deja que asimile las cosas y encuentre las palabras.

—Pero.. —trata de añadir Matías, cuando Nuria rodea su cuello con sus brazos, y busca sus con sus labios.

—Shsss... ya no digas nada —pide la chica rozándolos labios de Matías, y besando al joven como jamás lo ha hecho, con una pasión desmedida, y miedo a la vez. Por un instante, Matías sorprendido la mira.

—¿Y esto? —pregunta.

—Quiero que me hagas el amor como si no hubiera mañana —responde a la vez que vuelve a besar los labios del joven.

LIBRE CON CARGOS

Nuria y Matías están desayunando en la isla de la cocina. Café de capsula, zumo de naranja y tostadas con aceite, tomate y jamón picadito. La joven, con la camiseta de beisbol de Matías como camisión, y el joven en pantalón deportivo y sin camiseta. Ambos se dedican tiernas miradas de complicidad.

—Firmaba todas las noches de mi vida a tu lado —afirma Matías.

—Redacta ese contrato —responde la chica dándole un tierno beso en el hombro.

—Podemos ir determinando los términos, ¿no crees? —sugiere Matías besando el cuello de la chica.

—Nada me gustaría más, pero... tengo que ir al colegio. He quedado a las diez con la directora. — responde haciendo una mueca.

—No importa, esta noche seguimos con ese contrato —añade Matías puniendo cara de tristeza.

Nuria se muerde el labio, el deseo que siente le brota por todos los poros de la piel, y Matías lo sabe. Decidido el joven toma en brazos a su chica y la pone sobre la encimera de la isla.

—¡Estás loco! —comenta riendo, entrelazando sus dedos en el cabello del joven y besándolo con pasión.

Instantes después, el teléfono de Nuria comienza a sonar. Ambos lo miran, pero no se detienen. De nuevo entra la llamada, insistente.

—Tengo que responder, Luz está en el hospital y mi madre —hace una mueca —No está muy bien que digamos. Espera —pide estirando la mano para coger el aparato. Mientras, Matías besa el cuello de la joven con tiernos besos.

—No conozco el número —comenta mostrándole la pantalla a Matías.

—Entonces no respondas —dice quitándole el móvil y dejándolo de nuevo sobre la encimera.

El aparato comienza a sonar nuevamente. Matías se detiene y mira a Nuria con cierta molestia frunciendo el ceño.

—Tal vez sea del colegio —añade.

—Anda contesta, a ver si nos dejan probar esta cláusula —responde

sonriendo mientras acomoda su cabeza en el regazo de la joven.

—¿Diga? —responde Nuria, mientras acaricia el pelo de Matías.

—¡Cariño! —exclama Roberto al otro lado del hilo telefónico.

—¡ROBERTO! —responde la joven poniéndose muy nerviosa.

Matías se incorpora, el rostro de la joven está pálido con sólo escuchar al joven.

—¿Pensabas que me había olvidado de ti, mi cielo? Nada más salir de la cárcel, lo primero que he hecho ha sido llamarte. Me moría de ganas por hablar contigo —comenta hipócrita.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. No voy a tener ningún problema para que me den el divorcio y lo sabes. Así que no me vuelvas a llamar —comenta elevando la voz.

—No cariño. No creas que va a ser tan fácil. Eres una mina de oro, eres mía, y tú y yo hicimos un juramento. “Juntos hasta que la muerte nos separe”. ¿Se te ha olvidado? —pregunta amenazante.

Matías, furioso por la llamada y más aún por la cara de pánico de Nuria, le arrebató el teléfono.

—Mira imbécil. Nuria no está sola, tiene quien la proteja. Así que no vuelvas a molestarla o te atienes a las consecuencias. — sentencia colgando el aparato.

—¿Eso ha sido una amenaza? Matías, me está amenazando —comenta la joven nerviosa.

—Ya, ya... tranquila. Estoy aquí contigo —responde abrazándola para calmar a la chica.

Minutos antes de las diez de la mañana, Matías aparca su coche frente a la puerta del colegio donde Nuria va a dar clases de primaria. La joven aún está nerviosa por lo sucedido.

—Ahora concéntrate en lo que realmente importa. Verás que todo va a salir muy bien —aconseja Matías dándole un tierno beso.

—Gracias por estar conmigo —dice con una mirada enamorada.

—Siempre voy a estar a tu lado. Anda, entra que aquí te espero —añade el joven acariciando la mejilla con una mano, mientras con la otra, toma la mano de Nuria y la besa cálidamente.

Con más calma, Nuria sale del vehículo y entra en el colegio.

Casi una hora después, la joven sale con una carpeta en el brazo y una gran sonrisa en los labios. Matías está apoyado en el capó del coche. Nuria se lanza en sus brazos y lo besa feliz.

—El diez de septiembre comienzan las clases, aunque entro antes — comenta nerviosa por ser su primer trabajo.

—Pues esto hay que celebrarlo, pero antes tengo que pasar por el gimnasio para firmar las nóminas de los trabajadores. El deber me llama — responde Matías.

—¡Te acompaño! — comenta Nuria abrazándolo de nuevo.

Mientras Matías está en el trabajo, la chica aprovecha para hacer algunas compras en comercios cercanos al gimnasio. Ropa, perfume y unos preciosos e irresistibles zapatos. La joven deja las bolsas en el coche y entra en el local. Siente una gran admiración por Matías, verlo entrenar y explicar a sus trabajadores cómo deben tratar a sus clientes, la dedicación con la que entrena y ayuda a la gente para evitar lesiones. No hay duda, Nuria admira a Matías, está completamente cautivada por todo lo que el joven representa.

—¿Te vas a quedar ahí mirando? — pregunta Matías acercándose a la joven.

—Podría estar mirándote toda la vida — susurra la joven dándole un abrazo.

—Dame diez minutos, me ducho y regreso — añade el joven dándole un tierno beso.

—Mmm está bien — dice puniendo cara de fuchi.

—¡Que! ¿Y esa cara? — pregunta riendo al ver las muecas de la joven.

—Porque me gustaría meterme contigo en esas duchas, pero no se puede — señala a los chicos que hay entrenando. Matías observa a un lado y a otro, es casi la hora de la comida y apenas hay gente en el gimnasio.

—¡Claro que se puede! — sentencia Matías tomando la mano de la chica mientras la conduce hacia los vestidores femeninos.

Casi dan las cuatro de la tarde cuando Matías y Nuria están terminando de comer en la terraza de un restaurante del centro comercial con vistas a Sierra Nevada. Nuria se levanta para ir al baño, mientras Matías pide un café. La chica está en el interior, cuando escucha a dos amigas entrar.

—Es un grosero, ya te digo que lo he llamado infinidad de veces, y no me

coge el teléfono. Pero lo voy a convencer. Sé que estará molesto porque dejé el ático sin muebles, pero están todos en la bodega, esta pelea es pasajera. Voy a volver con Matías. — sentencia Eva colocándose bien el cabello.

Nuria sale del baño y se acerca al lavabo. Pone gel en las manos y comienza a lavarse lentamente. Observando por el espejo a Eva. Es una mujer atractiva, unos treinta años, segura de sí misma. Esvelta, rubia, unos grandes ojos azules.

—¿No crees que es muy raro que no te haya respondido? Creo que hay alguien más —comenta la amiga.

—No creo, se está haciendo el duro conmigo —añade Eva.

De pronto, Nuria siente unas profundas náuseas y corre de nuevo al interior del baño. Eva y su amiga la miran extrañada, pero no le dan importancia.

Al salir del baño, Nuria pone un poco de agua, ¿será la ex de Matías? Todo coincide. En ese momento, se mira fijamente en el espejo.

—¡Matías! —pronuncia preocupada.

Efectivamente, al salir a la terraza, observa a Matías enfadado con las manos en la cintura discutiendo con Eva, y la amiga como espectadora.

—Dejé muy claro que no quería volver a verte, Eva. Déjame en paz. Sal de mi vida —pide enojado, a la vez que la cara se le descompone al ver a Nuria acercarse.

—Estas confundido, tú me quieres, tenemos planes juntos —le dice Eva tratando de disuadirlo. Nuria, que ha escuchado todo, se acerca sin pestañear.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta con la cara descompuesta.

—¿Y está? ¿quién es? — responde Eva con otra pregunta.

—No te interesa. Lárgate y déjanos tranquilos —pide Matías acercándose a Nuria.

—¿Qué pasa, no me vas a presentar a tu acompañante? —comenta extrañada Roberta.

Por un instante, Matías guarda silencio, mira a Nuria sin saber qué hacer. Frustrada y enojada porque Matías no le da su lugar, se da media vuelta.

—Nuria, espérate —pide Matías sujetando a la chica del brazo.

—No hace falta que nos presentes, sé muy bien quién es y los planes que tiene, he escuchado su conversación en el baño. — responde mirándola de arriba abajo mientras Eva se incomoda.

—No sé qué habrás escuchado, ni tampoco me interesa nada que venga de

ella —le dice el joven pasando su mano por la cintura, atrayendo el cuerpo hacia ella —Solo me importas tú. – confiesa temeroso.

—Te espero fuera —responde Nuria soltándose del brazo de Matías.

Al salir, Nuria trata de respirar profundamente, el calor es abrumador y se siente asfixiada por la situación. Minutos después, Matías la rodea con sus fuertes brazos. No dice nada y solamente la abraza fuerte.

—¿Por qué no me habías dicho que te ha estado llamando? —pregunta ella mirando a Sierra Nevada.

—Porque no tiene importancia. Sí, es cierto que ha llamado todos los días, ha escrito mensajes de whats, pero y qué, no he respondido a nada. Solo me importas tú, Nuria. ¿Acaso no te lo he demostrado?... Nuria, Eva es una egoísta, no quiere a nadie, solo a sí misma. No quiere formar una familia, nada más le importa su éxito. Está vacía... —aclarar el joven a la vez que da la vuelta a Nuria para quedar frente a frente.

—Esto me supera. ¡Vámonos! Hace mucho calor —pide la chica evitando un beso de Matías, quien con las manos en la cintura queda frustrado por la situación.

Son casi las nueve de la noche cuando Matías llega al piso. Ha estado en el trabajo y Nuria ha tenido tiempo de pensar y aclarar sus sentimientos. No tiene derecho de ponerse celosa con Eva, es cierto que él no quiere saber nada de ella, y confía en su palabra. Matías sale a la terraza, la joven está en bikini tomando el sol boca abajo con los auriculares puestos y no lo escucha acercarse. El chico se sienta a su lado y con la yema de los dedos traza un camino desde la corva de la rodilla, pasando por el trasero de la chica hasta llegar a su cuello. Enamorado, le da tiernos besos en la espalda. Nuria se quita los auriculares y se da la vuelta, quedando en toples.

—Profesora, está usted demasiado provocativa y falta de ropa. Los vecinos se pueden escandalizar —comenta mientras acerca sus labios a los firmes pechos de su chica para acariciarlos y besarlos con delicadeza.

—No creo que les importe, si nos escucharon anoche estarán curados de espanto —responde riendo a carcajadas.

—¿Usted cree? —pregunta besando el cuello de Nuria.

—Creo que deberíamos de olvidarnos de los vecinos mirones y disfrutar de lo que el cuerpo nos pide a gritos —sentencia la joven pasando sus piernas por la cintura de Matías.

Son casi las seis de la madrugada, está a punto de amanecer, la noche es fresca pegando a la sierra, Matías está completamente desnudo, dormido y agotado por la noche de pasión vivida con su chica. Nuria no puede dejar de mirarlo, sus músculos definidos, la forma de su mandíbula, su nariz perfecta, las cejas, el cabello, sus manos fuertes y dominantes.

Agobiada, recuerda las palabras que le dijo sobre Eva, que era una egoísta por no querer formar una familia. Al ver que Matías se mueve, la joven se levanta y se coloca la camiseta de béisbol que usa como camisón y sale a la terraza. Se apantoca sobre la baranda observando las luces de la ciudad que parecen no tener fin. Minutos más tarde, Matías la sorprende.

—Todavía es temprano. ¿Qué haces levantada? Deberías de estar en la cama, a mi lado, donde me encanta tenerte —pregunta Matías pasando sus fuertes brazos por la cintura de la chica.

—No podía dormir, supongo que por el remordimiento —responde.

—¿Remordimiento? ¿Tú? ¿De qué hablas? —pregunta pasando las manos por los muslos de ella. Nuria se da media vuelta y lo separa levemente.

—Eva no quiere tener hijos contigo por egoísta, y tú no has querido saber nada de ella, y hace siete años, yo aborté un hijo tuyo por miedo, y más grande es ahora mi miedo, por saber que con esta confesión te voy a perder para siempre —confiesa con una extraña calma, sabiendo que la verdad iba a salir a la luz tarde o temprano.

Matías, por su lado, se separa de ella y se apantoca sobre la baranda. No sabe qué decir, pero la mirada de desprecio hacia Nuria, lo dice todo.

CONFESIÓN

Matías está confundido, camina de un lado a otro de la terraza y se muerde la mano de coraje, Nuria lo observa con atención, está esperando que se desate la fiera que lleva dentro. Jamás lo había visto en ese estado de cólera.

—¿Qué abortaste? —recalca mirándola a los ojos.

—Sí —responde segura.

—¿Cómo demonios tuviste la sangre fría de abortar? Si no lo querías, me lo hubieras entregado. No tienes alma, no tienes corazón. ¿Cómo pudiste deshacerte de un hijo? ¿En qué estabas pensando demonios? —pregunta.

—Pensaba que el mundo se me venía encima. Tenía diecisiete años, y el padre de mi hijo no me cogía el puto teléfono. No quería saber nada de mí. Estaba completamente sola y abandonada —responde sacando garra.

—Hay muchas mujeres que solas han tenido a sus hijos. No han necesitado de un padre, tenías nueve meses para contarme la verdad antes de que naciera —reprocha.

—Eres un egoísta, solo estás pensando en ti —responde.

—¿Egoísta yo? ¿Te estas escuchando? egoísta tú, por quitarle la vida a una criatura sin ni siquiera consultar con el padre —añade acercándose a ella.

Nuria le da un leve empujón para separarlo y entra en el interior del ático dirigiéndose al dormitorio. Saca el bolso y comienza a guardar sus cosas.

—¿Qué haces? no hemos terminado de hablar. ¿Quiero saber por qué lo hiciste? —insiste.

—No tengo nada más que decirte. Simplemente aborté. Era mi cuerpo, mi vida y mi responsabilidad, no estaba dispuesta a hacerme cargo de lo que se me venía encima. Estaba sola y tenía miedo. Era una cría que dependía de mis padres, mi madre me iba a matar si aparecía embarazada del profesor de educación física que me sacaba unos cuantos años... que encima, se había largado, haciéndome pensar que tan solo había sido una aventura para él —reprocha.

—Sabes que no fuiste una aventura. Ya te he dicho por todo lo que tuve que pasar por tú culpa —reprocha nuevamente.

—Y tú, joder. ¿No te das cuenta de todo lo que tuve que pasar yo sola? Por

tú culpa, por no coger el puto teléfono. Lo hubieras descolgado una sola vez. Una. Y hoy tendrías un hijo de siete años. Pero no... estabas muy ofendido pensando que yo te había denunciado, mientras que yo estaba en mi casa sin saber cómo afrontar la situación —responde con fuerza y levantando la voz hasta que las lágrimas inundan sus mejillas. A la vez, Nuria sigue guardando sus cosas.

—Esto no te lo voy a perdonar nunca. — le dice apontocándose sobre el armario.

—Yo tampoco me lo he perdonado. Por mi cobardía mi madre pensó que fue Lucía quien abortó, y a consecuencia de esa discusión, mi hermana se separó de Alberto y ha estado a punto de no regresar. Así que no te hagas la víctima, porque no eres el único afectado —responde con las manos en la cintura.

—¿Por eso discutiste con tu madre? ¿porque le habéis dicho la verdad después de tanto tiempo? — reconoce.

—Así es. Pero tú tranquilo eh, que no tienes nada de qué preocuparte. Que la única culpable para el mundo soy yo. Tú eres un santo, una pobre víctima. Y no hace falta que me pidas que me vaya, que ya conozco el camino —responde cerrando la maleta.

Matías es incapaz de reaccionar. Está viendo cómo se marcha. Nuria cruza el umbral de la puerta del dormitorio, queda de espaldas esperando una sola palabra de Matías, pero este se da media vuelta para no ver cómo se marcha.

—¡Adiós! —añade Nuria cogiendo aire profundamente y limpiando sus lágrimas.

Matías aprieta los puños con rabia, pero su orgullo le impide detenerla y evitar que salga de su vida.

Nuria se monta en su coche, por unos minutos se queda sentada en silencio con el contacto encendido sin saber qué hacer. De pronto se derrumba y comienza a llorar desesperada, apontocando los brazos sobre el volante y escondiendo su rostro en él.

Nuria pone rumbo hacia su casa. Siente un enorme ahogo y acepta que no puede regresar en ese estado, no quiere hablar con nadie, no quiere preguntas, ni reclamos. Agobiada, toma la salida hacia de Huelma, para dirigirse a la aldea de Mata Bejid, en la carretera de Cambil, lugar deshabitado, pero en

buen estado de conservación con un precioso manantial de agua que brota con fuerza, rodeado de arboledas, sombras y paz. Mucha paz. Nuria se sienta al lado del manantial para respirar profundamente. No sabe qué va a hacer con su vida, está frustrada, y desconcertada por su futuro. Tan solo tiene claro que lo mejor, será volcar toda su atención en el trabajo, para dejar de pensar en Matías, porque sabe que jamás la va a perdonar y que lo ha perdido para siempre.

Son casi las diez de la noche, cuando Nuria aparece por el pueblo, ha estado todo el día en el campo, con el teléfono apagado y sin probar bocado. No le entra nada en el estómago, lo tiene revuelto por la discusión con Matías. Al llegar a casa de sus padres, la joven abre la cochera con el mando y se dispone a guardar el vehículo, cuando al subir el bordillo, Nuria siente un fuerte mareo y pisa a fondo el acelerador. Nuria estrella el coche contra el quicio de la puerta y se lleva un fuerte golpe contra el volante.

Blanca es la primera en llegar hasta la puerta al escuchar el golpe y se alarma al ver a su hija pequeña doliéndose en el interior.

—¡Nuria! Grita blanca asustada.

Santi tiene a Nando en brazos, Javier, Blanca, Bea y Lucía corren hasta el coche. Bea abre la puerta para ver como está, mientras que Javier se sienta con ella en el asiento del copiloto.

Nuria tiene un severo cuadro de ansiedad, y un golpe en la ceja. Con la ayuda de sus hermanas, la joven entra en la casa, mientras Javier ladea el coche en la acera.

En la cocina, Bea coloca un apósito con hielo en la frente. Todo ha quedado en un susto.

—Esto no va a dejar marca, solo es un chichón —confirma.

—En qué venias pensando para tragarte el quicio de la puerta —pregunta Lucía.

Nuria no puede más y rompe en llanto. Apenas puede respirar.

—Matías ha terminado conmigo. Me odia, no quiere saber nada de mí —confiesa llorando.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Bea.

—Le he dicho la verdad —explica.

Lucía chasquea la lengua y se da cuenta que Blanca las observa desde la puerta que da al jardín con un mundo de sentimientos encontrados, pues, por un lado, desearía ir con sus hijas, pero el orgullo no se lo permite.

—Sabías que tarde o temprano tenías que decirle la verdad —dice Bea.

—Sí, pero pensé que sería más comprensivo, que me quería lo suficiente como para perdonarme —explica Nuria.

—Beatriz, ¿tú también sabías que Nuria había abortado? —pregunta Blanca.

—Mamá, ahora no, que mira cómo está Nuria —le pide Bea.

—Yo también estoy mal, mis tres hijas me han engañado. Me habéis mentido durante siete años. ¿En qué pensabais? Beatriz, has permitido que durante siete largos años haya vivido con la decepción de pensar que Lucía había abortado. Y tú, Nuria, ¿cómo has podido permitirlo? Igual que tú, Lucía, has encubierto a tu hermana en algo tan grave —las regaña con decepción.

—Mamá, ya paso el tiempo. Olvidemos todo y vamos a comenzar de nuevo —le pide Bea.

—Ya está bien. Somos una familia. Dejar de discutir y olvidemos el pasado —grita mi padre.

Las cuatro se miran sin rechistar.

—En esta familia nadie es perfecto. Todos hemos cometido errores. Blanca, tienes que dar ejemplo como madre y dejar el orgullo a un lado. Ya estoy cansado de tu silencio, de la rectitud, del qué dirán. De puertas para afuera no me importa nadie... Solo quiero que mi familia esté unida, en armonía y feliz. ¿Está claro? —concluye Javier puniendo orden, mientras Santi trata de dormir a Nando.

Cuando Bea, Santi y Nando se han marchado, Blanca se encierra de nuevo en su habitación. Javier se toma una cerveza en la terraza, su familia está atravesando por una mala racha y no sabe cómo actuar para reconciliar de nuevo a su esposa con sus hijas.

Lucía acompaña a Nuria a la habitación que ambas comparten. Cómo una niña pequeña, Nuria se deja abrazar por Lucía recostada en la cama.

—Tranquila enana... aquí estoy contigo. No estás sola —susurra Lucía cariñosa. Nuria no tiene fuera para responder. Aprieta la mano de Lucía, quedándose dormida por el agotamiento.

El tiempo pasa lento y sin prisa para Nuria, quien observa los días lentamente pasar frente a ella, y sin recibir una llamada de Matías. La chica ya ha comenzado las clases en la escuela y los primeros días están siendo complicados. De Jaén a Granada y de regreso al terminar el horario lectivo. El tiempo que pasa ejerciendo como maestra es feliz, sus alumnos la mantienen

entretenida, pero cuando está sola, tan solo quiere dormir.

Es viernes por la tarde, Nuria ha decantado el ofrecimiento de una compañera para quedarse en su piso y salir a bailar en la noche.

—¡Hola! —saluda cabizbaja entrando al jardín trasero de la casa.

—Mi niña, ¿cómo ha ido el día? —pregunta Javier.

—Largo pero feliz. Los niños me absorben todo el tiempo y los pensamientos. Me encanta mi trabajo, enseñarles es increíble, muy gratificante, y lo mejor de todo, estoy aprendiendo a tener paciencia — comenta.

— ¿Paciencia?

—Sí, y te confieso que no sabía que podía tener tanta. No sé de quién la habré heredado —comenta riendo.

—Supongo que de mí —añade riendo.

—Seguramente.

—Hija, llevo días queriendo hablar contigo, buscando las palabras para preguntarte —comienza a decir Javier cuando Nuria lo interrumpe.

—¿Preguntarme qué? ¿Cómo tuve el valor para abortar, o cómo lo hice siendo menor de edad? —pregunta.

—Bueno, sí, y no. Independientemente de lo que hicieras, es tu vida y lo respeto. Lo que me duele es que no confiaras en mí, que no me buscaras y me pidieras ayuda, consejo. Nunca te lo he negado —reprocha con tristeza.

—Lo sé, papá. Pero era una situación completamente diferente. Con qué cara te iba a explicar que me había quedado embarazada de mi profesor de gimnasia. Pensé que te iba a dar un infarto —responde.

—Pues sí, me hubiera dado un infarto, ¿cómo no? si eres mi niña pequeña —le dice dándole un tierno beso en la frente.

—Perdón, papá. — responde derramando unas lágrimas.

—No es fácil asumir que tu hija pequeña se enamore de alguien más... ¿cómo decirlo? qué complicado es esto, hija —añade Javier rascándose la cabeza.

—Matías sólo tiene ocho años más que yo, tampoco es para tanto — comenta tratando de defenderlo.

—No es la edad, cariño, sino la experiencia. Los hombres... ¿cómo te explico?... Tal vez, si hubiera sido alguien más... de tu edad, no sé, sería más comprensible —comenta sin saber qué decir.

—Ya papá, no le des más vueltas, eso pasó hace siete años, y ahora

Matías, ya sabe lo que pasó y no quiere saber nada de mí. No entiendo esa obsesión por tener un hijo —comenta extrañada.

—No sé hija, pero vamos a olvidar lo que pasó, y tratemos de recuperar el tiempo perdido. No solo por lo que pasó, sino por Lucía —dice Javier.

—Ella se llevó la peor parte, y me duele profundamente. Pero gracias al destino, a la vida, al firmamento, a lo que sea que conspiró y ahora está feliz con Alberto —añade.

—Hagamos un pacto —propone sonriendo.

—¡A ver! ¡sorpréndeme! —responde Nuria secando sus lágrimas.

—Prometo que siempre te voy a escuchar y comprender, no seré tú amigo, soy tu padre, pero, aun así, quiero que cada vez que tengas un problema o una duda, sepas que estoy aquí y puedes contar conmigo —le dice dándole un fuerte abrazo.

—Y siempre tendrás la mente abierta para la edad que tenemos —añade Nuria riendo.

—Te lo prometo. Pero jamás dudes de mí, ni de tu madre —añade mientras Nuria hace una mueca.

Caída la tarde, Nuria baja al salón como si de un fantasma se tratase, con evidentes signos de haber estado llorando, los ojos hinchados, y vestida con un camisón juvenil de tela fina. Sin decir ni media palabra, se sienta en el sofá al lado de su sobrino Nando, Bea y Lucía la observan detenidamente.

—Al menos podías saludar —reclama Lucía.

—¡Luz! Ni ganas de verme en el espejo —responde.

—Es más que evidente que no te has visto en uno ¡Deberías eh! —le dice chasqueando la lengua.

—Ya... no te burles Lucía —pide Bea —Si es cierto que se ve bien... mal. Pero es cosa suya seguir pareciendo un fantasma, o demostrarle a Matías lo que está perdiendo —insiste Bea en modo de reclamo.

Nuria se levanta molesta, es claro que no quiere hablar con nadie, pero ya es demasiado tiempo el que lleva llorando por los rincones. Al llegar a la puerta del salón, Blanca la detiene.

—No lo hagas por él, hazlo por ti. Tú vales mucho, y no mereces seguir sufriendo. No sé cómo sucedieron las cosas hace siete años, pero es hora de hablar y por lo menos, entre nosotras volver a ser las que éramos —dice Blanca mirando a Nuria a los ojos, dejando caer unas lágrimas de emoción.

Nuria no necesita nada más. Como una niña chica que ha perdido su muñeca favorita, se abraza a su madre, quien la cobija y consuela como debe de ser.

CAMINOS DIFERENTES

Lucía observa a Nuria y a su madre sentadas en el bordillo de la piscina, con los pies dentro del agua.

—Después de tantos años todo se va a solucionar —comenta a Bea.

—Ahora hace falta que Matías recapacite y la enana pueda ser igual de feliz que nosotras —responde Bea. Lucía se sienta a su lado y se acurruca. Toma el libro “En Tiempos de Guerra” y observa la portada.

—¿Crees que hubieras sido igual de feliz con? —comienza a preguntar Lucía, cuando Bea la mira frunciendo el ceño.

—Calla, no pronuncies su nombre —interrumpe Bea.

—Sabes que algún día lo volverás a ver. Y si ahora no puedes ni escuchar su nombre, ¿qué harás cuando tengas que verlo en persona, o hablar con él? —pregunta Lucía.

—Lucía, jamás regresará. Me lo juró —sentencia Bea.

—Pues no sé chica, pero mira lo que nos ha pasado a Nuria y a mí, ¿quién nos iba a decir que íbamos a encontrar nuestra felicidad después de tanto tiempo? Y tú también tienes historia eh —comenta Lucía curiosa.

—Pues será mejor que no se presente porque yo soy muy feliz con Santiago. Es el padre de mi hijo, mi esposo y lo amo —concluye Bea molesta levantándose del sofá.

—Va... no te enfades conmigo —protesta Lucía.

Nuria se da un chapuzón en la piscina para refrescarse, hace calor y tiene demasiada tensión acumulada. Blanca observa como da brazadas largas con dirección a la escalera, agarra una toalla y se la pasa por los hombros cuando su hija sale del agua.

—Y ahora, ¿me vas a contar todo lo que pasó con Matías? —pregunta Blanca intrigada.

—¿Desde el principio? —responde Nuria con otra pregunta.

—Desde el principio. Quiero conocer toda vuestra historia para poder comprenderte —añade la mujer pasándole una toalla a su hija pequeña. Nuria se pone la toalla sobre los hombros, y estruja un poco el diminuto camisón.

—¿A ver por dónde empiezo? —pregunta para sí misma.

—¿Cuándo empezó vuestra relación? —dice Blanca.

—Pues, era el primer año de Matías como profesor de educación física. Y como a todas las chicas de nuestra edad, Matías nos traía alborotadas. Era muy atractivo, pero no solo eso, era inteligente, sentía pasión por su trabajo y a mí me gustaba escucharlo dar clases, me atraía su autoridad —explica Nuria.

—Vale, pero y él, ¿qué sentía por ti? —pregunta Blanca.

—Él se enamoró de mí, mamá. Igual que yo —confiesa Nuria con un brillo en los ojos que Blanca nunca había visto en los ojos de su hija.

—Lo quieres mucho, ¿verdad? —pregunta la mujer.

—Más que a mi vida, mamá —responde con seguridad.

—No entiendo, sin tan enamorados estabais, ¿qué fue lo que pasó entre vosotros? —pregunta extrañada.

—Según el curso iba avanzando, lo que sentía por Matías iba creciendo. ¿Recuerdas cuando me hice el esquinqué? —pregunta sonriendo.

—Sí, recuerdo que estuviste varios días en reposo —comenta.

—Bien, pues ahí fue donde todo explotó. Así, como un cohete de fuegos artificiales en la noche más oscura, iluminando todo mi mundo. Una mañana, fui a llevar el justificante, Matías estaba solo, aún no habían llegado los compañeros. Recuerdo que no me manejaba muy bien con las muletas, y tropecé, caí como una idiota a sus pies, nunca mejor dicho... Él me ayudó a levantarme, sus manos eran fuertes, cálidas. Nuestros cuerpos quedaron muy cerca uno del otro. Nos besamos, mamá. Fue mi primer beso —comenta sonriendo mientras recuerda con nostalgia.

—Bueno, creo que esos detalles te los puedes guardar —añade Blanca incómoda.

—¡No seas antiguada, mamá! —reclama Nuria dejando escapar unas carcajadas.

—No soy anticuada. ¡Ya! Continúa, anda —pide Blanca.

—Bueno, pues poco antes de fin de curso, Matías y yo, a ver, mamá, tú sabes —comenta la joven buscando las palabras.

—Ya te entiendo, no hace falta que me digas más —dice la mujer para aliviar la tensión.

—Sí, pues eso, que mejor me salto esa parte. El caso es que cuando terminamos el curso, repentinamente Matías desapareció. Traté de ponerme en contacto con él, pero no daba señales de vida, y alguien, me dijo que Matías

había estado todo el curso tonteando con algunas compañeras... Yo pensé que se estaba burlando de mí. Y para colmo, no me bajó la regla, sentí miedo, así que compré una prueba de embarazo y como sabes, dio positivo. Embarazada, y sola —comenta triste.

—¿Por qué no confiaste en nosotros? —pregunta preocupada.

—¿Cómo, mamá? —pregunta Nuria tomando aire —Por ese entonces, estabas metida todo el tiempo en La Finca. Nunca tenías un minuto para hablar con nosotras. Traté de acercarme a ti, pero sentí pánico —le dice titubeando.

—Es un reproche más que merecido. Ahora me estoy dando cuenta, que estuve muy alejada de vosotras. No estuve a la altura —comenta triste Blanca.

—Ya mamá, no te lo digo para que te sientas mal, me has pedido que te cuente lo que pasó, lo que sentía en ese momento y es lo que estoy haciendo —dice Nuria dando un abrazo a Blanca, que carraspea y retoma la compostura.

—Bueno, sigue contándome lo que pasó —pide Blanca.

—Después de buscar a Matías por cielo, mar y tierra, fue imposible decirle lo que pasaba, y tomé el camino más fácil. Estuve en Granada, en una clínica y me practicaron un aborto. Precisamente el día en el que pensaste que había sido Lucía. Aunque no sé cómo lo supiste —pregunta extrañada.

—Fue Raquel. Ella me dijo que mi hija había abortado, y directamente me fui a Lucía, pensé que había sido ella, porque sabía que estaba saliendo con alguien, aunque no sabía que era con Alberto —aclara Blanca.

—Hija de su... ¡Cuanto daño nos ha hecho, mamá! —gruñe enfurecida apretando los puños.

—Ya, ya Nuria. Eso es pasado. Ahora solo importa el presente y el futuro —consuela Blanca.

—Estoy segura de que Raquel fue quien denunció a Matías, ella nos vio en varias ocasiones en una situación, comprometida —aclara Nuria llevándose las manos a la cabeza.

—Y ahora, ¿qué fue lo que pasó en el barco? —pregunta Blanca.

—Simplemente que el destino tenía que poner a Matías frente a mí para aclarar las cosas. Nos encontramos, y me enamoré de nuevo de él sin saber quién era, mamá. Es curioso, pero te puedo jurar que ahora sé lo que es el amor verdadero. Eso es lo que yo siento por él. Y ahora que ya sabe toda la verdad, no quiere saber nada de mí. Por mis mentiras, por cobarde, por —se critica Nuria.

—Ya hija, ya... Matías está confundido, pero ya verás que tarde o

temprano va a recapacitar y te va a buscar, un amor como el vuestro merece triunfar —sentencia Blanca dando un fuerte abrazo a su hija.

Tras un fin de semana de muchas conversaciones con Blanca y Javier, Nuria regresa a clases. Por instinto pasa por el ático de Matías, está a punto de tocar la puerta, pero decide marcharse. Él no quiere saber nada de ella, y no está dispuesta a rebajarse buscándolo.

En el recreo, Nuria sale al patio para tomar un poco el sol y estar al pendiente de sus alumnos.

—Hola, Nuria. Mira, te presento a Gema —comenta una compañera.

—Hola, ¿qué tal? —responde atenta a la vez que le da dos besos.

—Gema tiene un piso por aquí cerca, y tiene una habitación libre, por si te interesa —explica.

—Pues la verdad me vendría genial. Es agotador ir y venir a diario a mi casa —responde Nuria.

—Pues pásate después de clase, ves el piso y si te interesa, nos ponemos de acuerdo —pide Gema.

La conversación es interrumpida por el atronador timbre, y el alboroto de los alumnos del colegio correr a sus salones.

Después de comer con sus compañeras, Nuria va con Gema al piso caminando por la cercanía del lugar. Al ver el edificio de nueva construcción, Nuria queda convencida y decide aceptar el ofrecimiento y alquilar el cuarto disponible.

De nuevo, una larga semana, Nuria tiene la tentación de ir a buscar a Matías, pero Gema le es de mucha ayuda y distracción. Compras en el centro comercial, cafés en el centro, paseos por el Albaicín y los miradores de la ciudad. Nuria está ocupando su mente, aunque no deja de extrañar a Matías. Las noches son largas. Le cuesta mucho trabajo conciliar el sueño, extraña los besos, los abrazos, el calor del cuerpo de Matías. Cuando llega el viernes, Nuria se monta en el coche para ir a Jaén a ver a su familia. Al pasar por la salida de la autovía donde Matías tiene el gimnasio, la joven da un volantazo para ir a buscarlo. No puede más. Lo necesita como el aire para respirar.

La chica deja el coche en un aparcamiento cercano y camina hasta el lugar. En un escaparate donde se refleja su imagen, Nuria se coloca bien el vestido de encaje tostado que lleva puesto. Se quita la fina chaqueta vaquera para

dejar al aire sus bronceados hombros y más accesible su cuello. Con esparteñas en tono marrón y altura suficiente para llegar a los labios de Matías, Nuria camina unos metros hasta llegar al gimnasio. Nerviosa, entra en el local.

—Hola Sandra. Puedes decirle a Matías que estoy aquí —pide nerviosa a la chica de recepción.

—Nuria, Matt no está. Salió —responde.

—Lo voy a esperar un rato —dice haciéndose a un lado para que un chico pueda acceder por la barra de seguridad.

—Cómo quieras, siéntate. No sé cuánto pueda tardar —aclara la joven recepcionista.

Nuria se sienta en una de las sillas blancas con estructura en madera. Toma una revista para deportistas y le da una ojeada, pero no puede dejar de moverse nerviosa. Han pasado algo más de veinte minutos. Nuria se siente incómoda por las miradas de la gente que entra y sale. En un instante, Sandra mira a Nuria, y a su vez, dirige la mirada a la puerta. En el exterior, Matías aparca su deportivo y baja de él.

Nerviosa, Nuria se pone en pie. Coloca su vestido esperando que Matías entre, cuando de pronto, a través del cristal, observa a Rebeca acercarse a él. Nuria queda descolocada. ¿Qué hace Rebeca ahí? ¿A caso se han reconciliado? Pero sus dudas se esfuman cuando Rebeca pasa sus brazos por el cuello del joven y le planta un tremendo beso en los labios. Nuria, no puede aguantar el dolor y comienza a llorar. De inmediato, sale del lugar. Matías está de espaldas y no la ve salir. La joven aligera el paso y entra en el aparcamiento donde tiene el coche.

—¡IDIOTA! ¿Pensabas que te iba a perdonar? se cuestiona entrando en el vehículo —¡Ogg! ¡Dios! ¿Por qué? —reclama rompiendo a llorar —¡Yaaa! Te juro que te voy a olvidar, no sé cómo, pero te voy a sacar de mi vida, Matías. ¡Te odio! —grita furiosa puniendo el vehículo en marcha.

ENCUENTRO ROMÁNTICO

Matías entra en el gimnasio más que molesto con Eva.

—Matt. Vinieron a buscarte —comenta Sandra mientras observa pasar a Matías como alma que lleva el diablo.

El joven camina más que furioso hacia su oficina en la planta de arriba, a la vez que el teléfono vibra, se detiene y se apantoca contra la pared en el pasillo, donde nadie lo ve. Inspira profundamente.

—Nuria —susurra cerrando los ojos.

Tomando aire profundamente, Matías abre el correo y lee el mensaje de alguien desconocido, donde un supuesto inversionista lo cita en un restaurante de la provincia de Jaén. Extrañado lee nuevamente el mensaje. Ir a Jaén... Llevado por la curiosidad, pero sobre todo por las ganas de ver a Nuria, Matías baja de nuevo las escaleras.

—Matt, hace un rato vino —empieza a decir la recepcionista.

—Sandra, no tengo tiempo. No vuelvo en todo el día —nuevamente interrumpe a la chica, y sale del gimnasio a paso ligero. Sin darle tiempo para explicarle que Nuria fue a buscarlo, Sandra frunce el ceño molesta.

Nuria lleva un rato en carretera con dirección a su casa, mientras que en La Finca, Lucía y Bea están preparando una pequeña emboscada.

—Gracias, Andrés, estamos en contacto —comenta Bea acercándose a Lucía.

—¿Y? ¿Qué te dijo? —pregunta intrigada.

—La reserva ya está lista para las nueve. Ahora falta que Nuria llegue a tiempo y no se pare por ahí —añade la mayor de las hermanas sonriendo.

En la autovía Sierra Nevada Costa Tropical, A44, Nuria toma la salida 50 con dirección a su pueblo. De repente, reduciendo la velocidad, la joven escucha un ruido extraño. Antes de llegar a la redonda, detiene el vehículo en la parte exterior del carril de deceleración. Preocupada, se baja del vehículo y se percata del pinchazo de la rueda delantera izquierda.

—¿Por qué me tiene que pasar todo a mí? —grita furiosa a la vez que le da un puntapié a la rueda pinchada.

Con premura, la joven abre el maletero y busca la caja con los triángulos

para señalar el coche.

—¿Cómo demonios se montan esto cacharros? —se pregunta tratando de abrir los reflectores.

Una vez conseguido, coloca uno de ellos unos metros más abajo en el carril y regresa al vehículo para buscar el teléfono en el desordenado y caótico interior de su bolso. Una vez encontrado, la joven toma de la guantera la carpeta donde tiene los papeles y toma la tarjeta que su padre le indicó, para caso de averías, pero para completar su mal día, la joven se ha quedado sin batería en el teléfono y no puede pedir ayuda.

Decidida a salir de ese embrollo, la chica saca del maletero las herramientas y la rueda de repuesto. Tras varias vueltas al gato, por fin consigue elevar el vehículo. Se muestra orgullosa, jamás ha cambiado una rueda, y esta es su primera vez. Al introducir la llave correspondiente en uno de los tornillos, la chica ve como su logro se esfuma, no tiene fuerza suficiente para aflojar el tornillo, cabreada, prueba con otro, pero tampoco. Llevan mucho tiempo y por la dureza, es imposible que los pueda quitar.

Desesperada, Nuria se sienta en el filo del maletero con el portón abierto sirviéndole para protegerse del sol. La chica se encuentra casi en estado de ansiedad, cuando una moto que pasa por su lado se detiene a su lado.

—Hola, ¿necesitas ayuda? —pregunta un motero levantando la pantalla de su casco.

—¿La verdad? Sí —confiesa Nuria poniéndose en pie mientras el joven pone la patilla de la moto y baja de ella.

—¿Que te ha pasado? —pregunta echando un vistazo —La rueda, ya veo —continúa mirando las herramientas y la rueda de repuesto a un lado.

—He pinchado y no tengo batería en el teléfono para llamar a la grúa, y tampoco llevo un cargador para el coche —confiesa con culpa.

—No te preocupes, le puede pasar a cualquier, ahora mismo le ponemos solución —responde mientras se quita el casco.

Nuria lo mira sorprendida. Parece que el día no va a ser tan malo, al ver al morenazo de ojos verdes dejar el casco sobre el asiento de la moto.

El joven coloca el gato nuevamente y eleva el vehículo. Nuria lo mira sin perder detalle. Con habilidad, el joven introduce la llave en el primer tornillo, se sube en el extremo de la herramienta para hacer contrapeso y aflojar la tuerca.

—Ese truco me lo apunto para la próxima —comenta sorprendida.

—Espero que no sea necesario —responde el joven sonriendo.

De nuevo la misma acción, otro tornillo menos, y otro, así los cinco que lleva la rueda. Con habilidad, el joven extrae la goma.

—Hoy has sido mi héroe —confiesa Nuria —Muchísimas gracias por parar —continúa.

En ese instante, Matías toma la salida 50 de la A44 y observa la situación, al ver que se trata de Nuria, detiene el vehículo en la parte delantera y se baja inmediatamente.

—¿Qué está pasando aquí? — pregunta acercándose con cara de pocos amigos.

—Oye tío ¿de qué vas? —pregunta el joven motero extrañado.

—Poco observador eres. No ves que amablemente, me está ayudando a cambiar la rueda pinchada —responde Nuria parándose frente a Matías.

—No hace falta, muchas gracias por tu ayuda, pero ya te puedes marchar —le pide al joven, que se levanta y le planta cara.

—Lárgate tú. ¿Quién te crees que eres? —responde con la llave en la mano. Nuria se interpone entre los dos nerviosa, comienza a hiperventilar.

—¡Nuria respira! —pide Matías tomando a Nuria por el brazo apuntocándola sobre el capó del coche.

—¡Estáis flipaos! —comenta el motorista subiéndose en su moto.

Una vez a solas, Matías agarra la carpeta de los papeles del seguro para hacer aire a Nuria, y le pasa una botellita de agua que Nuria lleva en el asiento.

—¿Estás mejor? —pregunta intentando mostrar cierta indiferencia.

—Déjame tu teléfono, por favor —pide Nuria.

—¿Para?

—Quiero llamar a mi padre para que venga a ayudarme —responde mientras se acerca al lateral izquierdo del coche.

—No hace falta, yo la termino de montar —añade agarrando la rueda de repuesto y poniéndola en su lugar. Nuria camina de un lado para otro, recuerda el beso de Matías y Eva y enfurece.

—Deja eso. Llama a la grúa y vete de aquí. — pide con una mirada que Matías desconoce.

—¿Perdón? — responde sorprendido.

—Deja que llame a mi padre y te largas —exige.

—No te entiendo, ¿qué te pasa? —insiste fijando los tornillos.

—Es muy fácil, tú no quieres saber nada de mí, ni yo de ti. Así que vete. No quiero verte —reprocha aguantando unas lágrimas.

—Mejor deja los caprichos a un lado. Voy a terminar de poner esta rueda y te vas a tu casa, no vaya a ser que otro imbécil se quiera aprovechar de ti — comenta apretando con fuerza y rabia los tornillos.

—Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo, y no sé para qué te has parado, ese motorista me ha caído muy bien, y ahora no voy a poder encontrarlo para ofrecerle una disculpa por tus groserías —responde con aire chulesco.

Matías aprieta los puños, trata de contener los celos de pensar en Nuria en los brazos de otro.

—¿Pensando en buscar un remplazo? ¡Eres rápida! —comenta ofensivo y lleno de coraje.

—IMBECIL —concluye.

Matías se acerca a ella y la aprieta con fuerza por la cintura. Entre ellos hay mucho que decir, pero ninguno de los dos se atreve a pronunciar una sola palabra. En medio de la nada, tan solo se escucha cómo sus corazones se disparan por la cercanía. Nuria quiere golpearlo, zafarse de sus brazos, pero, por otro lado, se muere de ganas por besar los labios del hombre que ama.

Mientras, el corazón de Matías le grita que no deje ir a esa mujer, pero su orgullo se burla y se apropia de su voluntad.

—¡Suéltame! —pide Nuria flaqueando.

Sin desear lo que pide. Matías la mira y la aprieta mucho más fuerte contra su cuerpo. Nuria puede sentir como la entrepierna de Matías desborda tensión. Está segura de que el joven siente lo mismo que ella.

—¿Estás segura? —susurra Matías inhalando el perfume de la chica.

—Por favor, deja que me vaya —ruega la joven.

Matías niega con la cabeza y llevado por lo que siente besa apasionadamente a la mujer que ama. Tras un beso intenso y apasionado, Nuria se deja caer en los brazos del joven, fundiéndose en un tierno abrazo. Pero el recuerdo nuevamente de la discusión que tuvieron y el beso con Eva, la chica comienza a llorar. Orgulloso, Matías se separa de Nuria y comienza a recoger las herramientas.

—No vayas a pasar de ochenta —pide sin ser capaz de mirarla a la cara. Nuria lo mira frustrada, le duele la indiferencia de Matías, ¿a qué está jugando con sus sentimientos? ¿Se está burlando acaso de ella?

—Te voy a seguir hasta que llegues a pueblo —continúa.

—No es necesario —reprocha Nuria subiéndose en el vehículo, sin mirar a Matías, arranca y se marcha del lugar, sin dejar que el joven introduzca la rueda y las herramientas en el maletero del coche.

Nuria entra en la cocina de la casa agitada, como si el aire no le llegara lo suficientemente bien a los pulmones.

—¿Qué te pasa parece que has visto un fantasma? —pregunta Blanca.

—¡Ay, mamá! —comenta la joven abrazando a Blanca.

—¿Estás bien? —insiste apartando el cabello de la cara de Nuria para ver cómo la joven tiene los ojos rojos.

—¿Has estado llorando?

—Es que el idiota de Matías, me lo acabo de encontrar en la carretera, pinche la rueda y un motorista se paró para ayudarme y.

—A ver, con calma que no te estoy entendiendo nada.

—Nuria, que bueno que estás aquí. Te estaba esperando —la mira con atención —¿Qué tienes? —pregunta extrañada.

—Nada. Ya, luego os cuento.

—Bien, porque es urgente que vayas al restaurante de Jacobo, nos ha traído varias cajas de un vino de Napa, que quiero incluir en la carta del restaurante —comenta Lucía ilusionada.

—Luz, no tengo ganas de salir de aquí —reprocha la joven abrazando a Nuria.

—Anda, no seas, ve tú que yo no puedo cargarlas. Piensa un poquito en tu sobrino —chantajea Lucía sonriendo.

Nuria llega al restaurante familiar de Jacobo, un lugar idílico en medio de un mar de olivos. Casi está anocheciendo cuando la joven aparca su coche bajo una gran higuera en la parte trasera de carga. Se dirige al interior en busca del dueño y uno de los camareros le indica que se encuentra en la terraza.

—¡Guau! —comenta asombrada.

—¿Te gusta? —pregunta Jacobo. Un hombre de unos cuarenta años, con un gusto exquisito para vestir, cocinar y decorar lugares como su negocio.

—¿Que si me gusta? ¿Estás de broma? Es el lugar más romántico que he visto en mi vida —aclara Nuria recorriendo con la vista cada detalle, un lugar idílico, con guirnaldas de luces entrelazadas en la parra, una mesa de madera

vieja con servicio para dos personas. No falta ningún detalle, todo preparado a conciencia.

—Me parece que alguien va a pedirle matrimonio a su pareja —comenta la joven pasando la mano por el blanco mantel.

—No precisamente.

Nuria sigue admirando cada rincón del lugar, mientras Jacobo pone sobre la mesa una botella de vino HABLA DEL SILENCIO.

—Buen vino —afirma la joven.

—Creo que la pareja que se va a sentar aquí lo va a necesitar.

—Jacobo, quiero irme pronto a casa, ¿Dónde están las cajas que quiere mi hermana Lucía? —pregunta ingenua.

Al fondo se escucha el motor de un coche y Jacobo se acelera. Uno de los camareros se acerca a él y le susurra al oído.

—Buenas noches —expresa Matías extendiendo la mano a Jacobo.

—No puede ser —reprocha Nuria.

—¿Qué haces aquí?

—Jacobo, esto es cosa de Lucía, ¿verdad? —pregunta Nuria acercándose a los chicos.

—Sí, he de confesar que tu hermana me pidió cerrar la terraza solo para vosotros dos, y, que no os deje salir de aquí sin que os sentéis en la mesa y habléis como personas maduras —explica señalando la mesa.

—Yo me voy de aquí —comenta la joven temblando.

—¡Nuria, espérate! —pide Matías.

—Sentaros y probar el vino, a veces hace falta una copa para expresar lo que el corazón quiere callar.

Matías se acerca a la mesa, la mira con detenimiento y sonrío a Nuria.

—Por favor —insiste apartando la silla para que la joven tome asiento.

—Gracias.

Nuria se remueve en la silla, Matías se sienta a su lado, mientras Jacobo descorcha la botella de vino. Los jóvenes no pueden dejar de mirarse, hasta que Nuria se percata que está más que sonrojada.

—Bueno, en un rato regreso con unos aperitivos —comenta Jacobo guiñándole el ojo a Nuria.

—Creo que te habrá quedado claro que esto no ha sido cosa mía, sino de mi hermana —comenta dando un sorbo a su copa.

—Mas que claro.

Matías no puede dejar de mirar a la chica, está tratando de contener el deseo y el impulso de su corazón que le grita, a voces, que la abraza y la bese, que no la deje ir.

—Matías, ya sé quién fue la persona que te denunció con el director, y la responsable de que te expulsaran —comenta dando otro sorbo a su copa.

Matías guarda silencio, trata de asimilar lo que está sucediendo. Se incorpora y cruza de brazos sobre la mesa.

—¿Quién fue? —pregunta molesto.

—Raquel. Mi madre me lo dijo hace unos días.

Matías se frota la cara con incredulidad, es incapaz de comprender por qué lo hizo, en sus ojos se ve el coraje y la rabia contenida.

—Fue la misma mujer que se estaba acostando con Roberto. La misma que se decía mi amiga, que trabajaba en el negocio de mi familia.

—Un día, al salir de clase, Raquel me esperó apoyada en mi coche, llevaba un pronunciado escote y se me ofreció —confiesa.

—¿Que estás diciendo? ¿porque nunca me lo dijiste?

—No le di importancia, yo estaba enamorado de ti y por eso la rechacé, la puse en su lugar y pensé que no pasaría a mayores.

—Pues tuvo consecuencias.

—Es increíble como el odio y la envidia de una cría inmadura nos pudo hacer tanto daño.

—Esa cría me ha jodido la vida, primero al separarme de ti, y luego acostándose con Roberto —comenta frustrada.

—No, Nuria. Lo jodimos nosotros por falta de comunicación.

—Salud por nuestra falta de comunicación —comenta Nuria levantando su copa de vino.

Matías da un sorbo a su copa, degusta el vino como le gustaría saborear los labios de Nuria, pero sigue firme y orgulloso.

—Ahora de nada me sirve saber lo que pasó —comenta el joven frustrado.

—Claro que sirve, después de tanto tiempo te has dado cuenta de que no fui yo quien te acusó.

—Pero he descubierto que abortaste un hijo mío —sentencia.

—Me gustaría saber el rollo que tienes con lo de ser padre. —pregunta extrañada, al ver cómo Matías frunce el ceño molesto. Tras guardar silencio y buscar las palabras para contarle a Nuria la verdad. Matías inspira profundamente.

—Porque ahora soy estéril —confiesa mirando fijamente a Nuria.

—¿Qué más me has ocultado, Matías? —pregunta mostrando su enfado.

—A ver, deja que te explique cómo sucedieron las cosas —insiste mientras Nuria llena su copa por segunda vez.

—Esto es increíble, no vamos a terminar de conocernos jamás.

—Dos años después de todo lo que pasó entre nosotros, enfermé, y el médico me recomendó que guardara muestras de esperma en un laboratorio, puesto que el tratamiento con radioterapia afectaría a mi órgano de reproducción.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —pregunta extrañada.

—Porque es algo muy delicado, tenía miedo de que al saber que era estéril no quisieras estar conmigo.

—Menuda gilipollez —reprocha Nuria.

—En muchas ocasiones, le pedí a Eva que se sometiera a la fecundación in vitro para tener familia, pero siempre se ha negado —confiesa llevando su copa a los labios.

—¿Porque no ha querido hacerlo?

—Por egoísta, porque el proceso incluye una fuerte dosis de hormonas a las que ella no estaba dispuesta a someterse. Y mi miedo iba en aumento al pensar que pueda pasar algo en el laboratorio, cualquier error, no sé, algo que me impida ser padre —confiesa seriamente afectado.

Nuria lo mira con detenimiento, siente una profunda necesidad de abrazarlo, de consolarlo, de gritarle que no le importa nada, que quiere estar con él, pero nuevamente, la sombra del beso de él y Rebeca regresa a su retina.

—Todo esto es muy complicado de digerir. Pero estoy segura de que Eva terminará por acceder y será la madre de tus hijos —comenta a la vez que Matías la mira extrañado.

—¿Qué dices?

—Si os habéis reconciliado, es porque ella ha aceptado, supongo.

—¿De dónde sacas eso?

—Os vi en la puerta del gimnasio. La estabas besando...

En ese instante, Matías comprende el enfado de la joven en la carretera, su actitud y rechazo. Pero aún está demasiado dolido con Nuria, no es capaz de perdonarla.

—Espero que te vaya muy bien con ella —añade levantándose de la mesa

y saliendo de la terraza por la puerta de la cocina.

LA BODA DE LUCÍA

El sol apunta y augura un gran día. Lucía y Alberto se casan en La Finca. Blanca se ha volcado con la preparación del día más bonito de su hija. Cómo la pareja deseaba, un evento íntimo, familiar y muy romántico.

Javier ha llevado orgulloso a su hija hasta un altar, donde el párroco de la iglesia del pueblo ha dado la bendición para unir en matrimonio a la feliz pareja. Bea, emocionada, hace la lectura de Pablo a los Corintios “Si no tengo amor, no soy nada” frase que a Nuria se le queda grabada en la mente y no puede dejar de pensar en Matías.

En el convite, la familia y amigos disfrutan y comparten el amor de la pareja que más feliz que nunca anuncia a los presentes que serán padres de una niña. Blanca y Javier los abrazan felices por la noticia, a la vez que Nuria mucho más sensible de lo normal abraza a Lucía.

—Pero bueno, ¿en algún momento vas a dejar de llorar? —pregunta Lucía limpiando las lágrimas de su hermana.

—Anda, vamos al baño para que te arregles el maquillaje.

—¡Al baño ni de coña! —ríe bromeando la joven, recordando el día de su boda.

—Estoy feliz, Luz, mis lágrimas son de alegría por ti.

—Ya, cómo que no te escucho todas las noches.

—Bueno, ya. A partir de hoy no me vas a escuchar más.

—Ni tampoco tus ronquidos —responde Luz quitando peso.

—Te voy a echar de menos —confiesa.

—Lo que es la vida, yo venía para tu boda y mírame, casada con el amor de mi vida.

—El destino es así de caprichoso y nos pone a cada uno en nuestro lugar —afirma.

—Así es hermanita. Y ya verás que tu lugar está al lado de un gran hombre. Abre tu corazón, no lo cierres al amor.

Las hermanas se funden en un fuerte abrazo que devuelve el alma a Nuria, al comprobar que el amor verdadero todo lo puede y que ninguna mentira pudo acabar con lo que Lucía y Alberto sentían.

Tras una severa resaca, Nuria despierta el domingo pasadas las once de la mañana. Le duelen los pies de bailar, los carrillos de reír y los ojos de llorar, su mentalidad ha cambiado, no puede estar acostada sin hacer nada, sólo pensando en Matías, lo quiere, sí, pero más se quiere a sí misma, y debe valorarse. Se acabó llorar por los rincones.

Decidida a comenzar de nuevo y sanar su corazón, la chica se da una ducha y se coloca unas mallas y deportivas, el calor está menguando, dejando paso a una templanza deliciosa para pasear por el campo. Tras varios kilómetros a trote, Nuria llega al pueblo vecino. Llega hasta la plaza y bebe agua de una fuente que emana agua cristalina de manantial.

—Vaya fiesta tuvisteis anoche. ¿Lo pasaste bien siendo el centro de atención de todos los invitados? Siendo la comidilla de todos —pregunta Raquel con maldad, y las manos vendadas por las quemaduras producidas al tratar de quemar a Lucía.

—¿Por qué me odias tanto, Raquel?

—Yo no te odio.

—No. Me tienes envidia, que es mucho peor. No pudiste con Matías, y por eso sedujiste a Roberto.

—¿A qué viene lo de Matías?

—¿A no sabes? gracias al favor que me hiciste separándome de Roberto, me reencontré con Matías. Mucho más guapo, varonil, no sabes cómo es ese hombre, cómo me ha hecho el amor estas semanas.

—No es cierto. Matías desapareció.

—Sí, porque tú lo denunciaste, por envidia, sabías que nos queríamos, y cómo no te hizo aprecio ninguno lo alejaste de mi a base de mentiras.

—Sí, ¿y qué? ¿Qué tenías tú que yo no tuviera? Me rechazó y eso no se lo perdono a nadie.

—Estás mal, Raquel, deberías de ir con un psicólogo —pide Nuria alejándose de Raquel.

—Me conformo con saber que Matías no está contigo.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta sorprendida.

—Es más que evidente, no fue a la boda de Lucía.

—¿Nos has estado espiando?

—¿Yo? ¡Qué va! Tengo cosas mejores que perder el tiempo con vosotras, ¿qué me importa a mí vuestra vida?

—Solo te advierto una cosa, Raquel. Si haces algo en contra de mi familia, te va a faltar tierra para esconderte. Estas advertida —sentencia la joven marchándose de nuevo al trote.

Nuria deja en la tierra todo el coraje que le ha hecho pasar Raquel. Corre rápidamente para tratar de alejar de ella sus malos pensamientos. Está abatida, no quiere regresar a casa de sus padres, necesita espacio, tiempo para ella, por eso, decide ir al piso que sus padres le regalaron. El edificio, está compuesto por un gran garaje en el primer nivel a pie de calle, y en la segunda planta, un piso de tres dormitorios, dos baños, una gran salón y una cocina con salida a una terraza con suelo de teka y un bonito jacuzzi de diseño.

Es más que evidente el buen gusto de Bea para la decoración, y la dejadez por parte de Nuria, que desde el día anterior a la boda no ha vuelto a poner un pie en ese lugar. Los muebles, cubiertos por una gruesa capa de polvo y en la nevera una botella de vino sin abrir. La joven, descorcha la misma y la lleva junto con una copa a la mesa del jardín. Tras rebuscar en los cajones del salón, Nuria encuentra la caja que buscaba, con todas las fotografías en las que sale con Roberto. Eventos familiares, viajes, escapadas, fiestas con los amigos. Una a una, sorbo a sorbo, la joven va rompiendo cada uno de los recuerdos.

—¿No te han dicho que es de mala educación romper fotografías que tienen otro dueño? —comenta Roberto apontocado en la puerta de la cocina, observando a la joven con descaro.

—¿Qué haces aquí? Vete ahora mismo —pide Nuria.

—¿Qué me vaya? No cariño. Esta también es mi casa. En el armario está mi ropa. Aquí estas rompiendo nuestras fotos. Bueno, no pasa nada. No importa, están en el disco duro.

—Por favor, vete de aquí.

—¿Por qué? si lo podemos pasar muy bien, llevo mucho tiempo deseando tener nuestra noche de bodas —comenta agarrando a Nuria por la cintura.

—Suéltame.

—Claro que no cariño, lo deseas tanto como yo.

—¡Que me suelte joder! —grita Nuria golpeando la entrepierna de Roberto al sentir cómo el joven está excitado.

Nuria siente miedo de Roberto por primera vez y trata de correr para escapar, llega al salón cuando su expareja la agarra de la coleta y la retiene.

—¡Zorra! ¿Dónde vas? —grita furioso.

—Ya me he enterado de que andas con tu antiguo profesor del instituto. Qué... ¿recordando viejos tiempos, cariño? —reprocha sujetándola con fuerza y lanzándola contra el sofá del salón.

Cegado por el deseo, Roberto desabrocha los botones del pantalón, Nuria está petrificada, siente verdadero pánico. Ese no es el hombre con el que se casó. Cuan engañada ha estado todo ese tiempo. Su respiración es agitada, comienza a hiperventilar. Pero sabe que no se puede desmayar. Tiene que ser fuerte.

—Siempre te ha gustado. Vas a sentir de nuevo todo lo que siento por ti. Todo el amor que tengo para ti. Porque yo te quiero, lo sabes ¿verdad? —le dice Roberto sujetándole las rodillas.

Nuria está en shock, pero en ese instante, recuerda una de las clases que Matías les dio a las chicas en el instituto de defensa personal, y con fuerza, Nuria golpea de nuevo la entrepierna de Roberto desatando aún más su ira. Sin descanso, mientras el joven se duele, Nuria eleva el codo para golpear el tabique nasal del chico, quien comienza a sangrar. Nuria reacciona y sale corriendo del edificio.

Calle abajo, la gente que la ve correr, le preguntan qué le sucede, pero ella no dice nada, tan solo puede correr y correr para escapar.

Al llegar a casa de sus padres, Nuria observa que no hay nadie. Cierra bien la puerta principal y se asegura que el garaje tenga la cerradura bien puesta. Siente pánico. La joven comienza a buscar su teléfono en el bolsillo trasero del pantalón deportivo, pero recuerda que lo ha dejado encima de la mesa de la terraza, y como en la mayoría de las casas, el teléfono fijo desapareció hace tiempo. Nuria sube agitada las escaleras hasta la habitación de sus padres, escondiéndose en el rincón más oscuro, tratando de encontrar algo de paz, y de aire.

Casi una hora después, Nuria más calmada, decide bajar al salón, ahí está el ordenador portátil de su madre, y a través de su red social, puede avisar a Bea para que vaya. Conectando el aparato, escucha el motor del coche de Roberto en la puerta. La joven, se arma de valor y se asoma sin que la vea por la ventana.

—Nuria —grita a la vez que casi quema el timbre.

La joven comienza a temblar. Observa desde la ventana cómo Roberto muestra su teléfono móvil y lo deposita en el buzón.

—Sal por el, tenemos que hablar —insiste.

—Sé que me estas escuchando. No seas infantil —insiste.

Una de las vecinas, se acerca a Roberto extrañada. Nuria no alcanza a escuchar lo que la mujer le dice, pero el joven se marcha a toda velocidad. Un rato después, la joven se arma de valor y sale a la puerta para coger del buzón el aparato. Tras revisarlo, observa que no hay nada extraño, además de las cinco llamadas perdidas de su ex. Nuria, pone el aparato en carga y se sienta en el sofá, cruzada de pies y brazos, tratando de encontrar una explicación. ¿Qué hacer? ¿Acudir a la policía? ¿Denunciar a Roberto? De nuevo, entra una llamada del joven. Un tono, dos, tres, cuatro, cinco... Sabe que no va a terminar esa pesadilla si no le planta cara.

—¿Qué quieres?

—Solo te advierto de que, si te atreves a poner una denuncia en mi contra, lo pagarás muy caro, porque no sabes hasta donde puedo llegar, yo no tengo nada que perder, pero tú sí.

—Eres un desgraciado —reclama Nuria llorando.

—No sufras, cariño. Mientras yo siga libre, tú seguirás viva. Y tu querido Matías también, que, por cierto, vaya ático que tiene el musculito —comenta, a la vez que Nuria revisa la galería de imágenes de su teléfono y se da cuenta que Roberto las ha borrado todas, y tan solo ha dejado un selfi propio burlándose de ella.

Nuria no puede poner en riesgo la vida de Matías, lo quiere demasiado como para arriesgarse a perderlo. Por ello, decide guardar silencio.

EL RESCATE

Nuria regresa a clases, lunes, martes, miércoles, todos los días son igual para ella, largos, llenos de incertidumbre. Sin salir a la calle, con miedo de guardar el coche en el garaje, pero también de ir caminando sola hasta el trabajo. Apenas se ha separado de Gema, quien se ha percatado del cuadro de ansiedad que padece.

—¡Por fin viernes! —comenta Gema saliendo del colegio con Nuria agarrada del brazo.

—Hora de regresar a casa.

—Hora de unas cervezas, ¿por qué no te vienes a la sierra este fin de semana? ya te digo que es un buen plan. Amigos, buen vino, música. Anda tonta, ánimo —insiste.

—Qué no, de verdad, quiero mantenerme ocupada, y este finde hay boda, así que voy a echarle una mano a mi madre, que Lucía aun no regresa de su luna de miel.

—Bien merecido lo tiene tu hermana.

—Pues sí, ya te digo, después de todo.

—Y tú también te lo mereces, anda, no seas necia, mira chiquilla, o buscas a Matías, o haces algo, porque la cara que tienes. ¿Me vas a contar qué te está pasando? Por qué vaya semanita llevas —insiste.

—Tal vez otro día, ahora me tengo que ir —responde Nuria dando un abrazo a Gema.

Cuando Nuria está girando la esquina en su vehículo, Matías para al lado de Gema con su deportivo, el cual la profesora mira con deseo.

—Perdona, eres compañera de Nuria, ¿verdad? —pregunta bajándose.

—Yo soy quien tú quieras —responde sonriendo al joven.

—Soy Matías.

—Ya, no me digas más, no tengo nada que hacer —responde riendo y sacando una sonrisa a Matías.

—Quiero hablar con Nuria, ¿era ella?

—Sí, llegas tarde, se ha ido a su pueblo, este finde trabaja en una boda, eso me ha contado.

—¡Gracias!

—Pero espera guapo —pide la joven.

—Por qué no la buscas y hablas con ella, ha estado muy mal toda la semana, apenas ha dormido, parecía sonámbula por todo el piso, tiene temblores, no sé cómo te puedo explicar, es algo muy extraño, es como si se sintiera vigilada. Con miedo.

Matías pone las manos en la cintura, ahora comprende todo. El día que llamó a Nuria, y Roberto tomó la llamada. Nuria no estaba con él. La tiene amenazada. Ahora lo comprende. Por eso el miedo y los temblores.

—Tengo que irme. Gracias por tu confianza —agradece subiendo al coche y tratando de ir en busca de Nuria lo más rápido posible.

Por culpa de un accidente en la autovía, Matías queda retenido durante varias horas. Mientras, Nuria llega directamente a La Finca para ver cómo van todos los preparativos. Entra a la oficina, pero Blanca aún no ha llegado. La joven, se dirige a la cocina para ver cómo van los entrantes y la lista de pedidos, cuando de repente, alguien pone las manos sobre su boca y la agarra con fuerza, arrastrándola hasta el almacén.

Roberto, con evidentes muestras de locura y dejadez, lanza a Nuria contra el suelo, recibiendo un fuerte golpe en la cabeza. La joven apenas puede pronunciar palabra, y con dificultad distingue a Roberto.

—¡Por favor! No me hagas daño. ¿Qué quieres? —susurra dolorida.

—Todo, cariño. Te quiero a ti, que nos vayamos juntos. Nos vamos a marchar muy lejos, sí, donde nadie nos pueda encontrar, tenemos que rescatar nuestro matrimonio, mi vida.

Roberto se sienta al lado de la chica y la abraza, Nuria trata de separarse, pero no tiene fuerzas, siente como su camisa comienza a mojarse, a duras penas, pasa su mano por la cabeza y se da cuenta que está sangrando.

—No te preocupes, es un piquetito de nada. Sabes que no quiero hacerte daño. lo sabes, ¿verdad? Yo te quiero.

—Tú no quieres a nadie.

Roberto, fuera de sus cabales, abraza a Nuria, la besa en la frente, la nariz, las mejillas, los labios. Nuria siente cómo raspa la barba descuidada. Sus ojos derraman lágrimas amargas, llenas de miedo y de incertidumbre. Roberto, por un momento se detiene. La observa con detenimiento y la arrulla como a un bebe entre sus piernas.

—¿Qué tiene ese tipo Nuria? ¿Por qué lo quieres tanto? Vi todas tus fotos

con él, te veías tan feliz. Jamás tuviste ese brillo en los ojos, a mí nunca me miraste así. Pero ya no está, no está aquí para salvarte. Y tú y yo nos vamos a ir muy lejos de aquí, donde jamás te pueda encontrar.

—¡Nuria!

—Shsss calla —pide Roberto al escuchar a Matías llamar a la joven.

Nuria trata de gritar, pero no tiene fuerzas, además, Roberto le tiene la boca tapada con sus manos, las cuales se mojan con las lágrimas de impotencia de la chica.

—Ya se ha ido. ¿Qué hace aquí? Yo le exigí que no te buscara más, porque habías regresado conmigo —comenta Roberto dejando sorprendida a Nuria, que no es capaz de pronunciar palabra.

A toda velocidad, Matías para el deportivo en la puerta de la casa de Blanca. Lucía abre.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy buscando a Nuria. No la encuentro por ningún lado.

—Aquí no está, aún no ha llegado.

—Su coche está en el restaurante. La he buscado por todos lados, pero no la he encontrado, algo raro está pasando —comenta preocupado marcando el número de teléfono de la chica.

—¿Qué quieres decir? Matías —pregunta Blanca asustada.

—A ver, no sé si sea lo que me estoy imaginando, pero el otro día, Roberto me exigió que me alejara de Nuria.

—¿Está libre?

—Parece que sí, y ahora Nuria no aparece.

—Por eso estaba tan nerviosa el domingo. No quiso cenar, ni hablar estaba temblando —comenta Blanca.

—Si ese infeliz le hace algo a mi hermana...

—Hay que llamar a la policía.

—Mejor a San Pedro. Él mejor que nadie conoce a Roberto.

Con preocupación, Bea se pone en contacto con su amigo San Pedro, el guardia civil que lleva el caso del robo que ha cometido Roberto en la finca. Mientras, Roberto a amordazado a la joven y maniatado a unas cajas de bebida.

—Roberto —susurra Raquel entrando en el almacén de La Finca.

—¿Has traído lo que te pedí? —pregunta el joven haciéndola pasar.

—¿Qué haces, estás loco? —pregunta al ver a Nuria atada, con el ojo hinchado y sangrando por el labio.

—No preguntes, dame el sobre —exige.

Nuria mira a Raquel suplicando que se apiade de ella y la ayude a salir de ahí. Raquel está muy impactada, jamás pensó que Roberto fuera capaz de llegar tan lejos.

—Tres mil quinientos. Es lo que he podido conseguir.

—No importa, con esto nos apañaremos un tiempo.

—Roberto, ¿qué le has hecho? ¿Mira la cara que le has dejado?

—Esta preciosa, como siempre...

Raquel comprende que Roberto está perdiendo la razón. Y por primera vez siente miedo de su amante.

—Tengo que irme. Ya te he traído lo que me has pedido.

—¿Crees que soy idiota o qué? Siéntate ahí. Tú no vas a ningún lado. Todavía me eres muy útil.

—Roberto, yo te juro que no le digo nada a nadie, sabes cuánto odio a Nuria, pero por favor, deja que me vaya —suplica Raquel pasando sus manos por el pecho de Roberto.

Este, cegado por el odio, besa apasionadamente a la joven. Nuria los observa incrédula, no puede ser que eso le esté sucediendo a ella. En ese instante, Roberto agarra las manos de Raquel y las aprieta fuertemente.

—Tú no te vas de aquí —grita empujándola contra el suelo.

Raquel siente un terrible dolor. Deslía el vendaje y comprueba que varias heridas se han abierto.

La chica, decidida a salir del lugar y huir, agarra una de las botellas de vino que hay en la estantería y se lanza contra Roberto, intentando fallidamente golpearlo. Con agilidad, Roberto le arrebató la botella y la golpea con ella en el cuello. Raquel yace inconsciente en el suelo. Nuria está aterrada.

—Ves, eso te pasa por no hacerme caso.

Roberto se acerca a Nuria, quien llora desesperada, aturdida, es consciente de todo lo que ese loco es capaz de hacerle, y siente verdadero pánico.

—Llegó la hora, cariño. Nos vamos de aquí —susurra en el oído de Nuria, acariciando sus labios con la yema de los dedos manchada de sangre.

Instantes después, sin ser vistos por ninguno de los trabajadores del

restaurante, Roberto introduce a Nuria en su vehículo en el asiento trasero. Le coloca el cinturón de seguridad y la joven es incapaz de moverse. Atada de pies y manos, y amordazada. Con facilidad, Roberto toma un carril ajeno a la puerta principal para evita la cámara de seguridad y comienza a conducir.

Casi media hora después, Alberto entra en el almacén y se dirige a la cámara frigorífica. Ahí, queda impactado al ver a Raquel. El joven le da unas palmadas en la cara.

—¡Raquel! ¡Raquel! —grita. La joven abre los ojos, tiene los labios morados y un episodio de hipotermia por las baja temperatura de la cámara.

—Roberto. Nuria —susurra.

Alberto saca sus propias conclusiones y de inmediato, corre al salón pidiendo ayuda, con destreza, agarra varios manteles del mueble y cubre todo lo que puede a Raquel para tratar que entre en calor. Varios camareros, ayudan a Raquel, mientras Alberto llama por teléfono a Matías para ponerlo al corriente.

—Lucía, Bea y Blanca están aquí conmigo —comenta Matías por teléfono, tengo manos libre puesto. Hemos llamado a San Pedro, viene en camino.

—Lucía, llámalo y pídele que vengan a la finca. Raquel estaba en la cámara frigorífica. Parece ser que Roberto se ha llevado a Nuria.

—Cabrón —gruñe Matías, que cuelga el aparato inmediatamente.

Subiéndose al deportivo de Matías, Javier llega a la casa. Blanca lo abraza con fuerza buscando consuelo.

—Por favor. ¡Vámonos! —pide Matías.

—¿Qué está pasando? —pregunta extrañado.

—Vamos, papá. En el camino te explico.

Al llegar a La Finca, Lucía abraza a Alberto. Una ambulancia está tratando a Raquel en el interior. Al ver las manos de la mujer, Lucía se espanta, Matías mira fijamente a la chica.

—¿Te das cuenta cuanto daño has causado?

—Perdóname, Matías. Perdón.

—A mí no me vale de nada tu arrepentimiento. Si algo le pasa a Nuria, no vas a ver la luz del día en tu puta vida —le advierte.

San Pedro se acerca a él y trata de calmarlo. Se lo lleva a un lado de la

ambulancia.

—Tienes que calmarte. La vamos a encontrar, ya está en marcha un gran dispositivo. Tenemos varios helicópteros peinando la zona y agentes en todas las carreteras.

—Y si no intentan salir de aquí, si están escondidos en algún lugar.

—También esta esa línea abierta. Tengo agentes interrogando a todos sus familiares. Sabes cuánto quiero a Blanca y Javier. Matías, la vamos a encontrar.

Casi una hora después, uno de los agentes que están buscando a Nuria desde un helicóptero, avisa por radio. Han localizado el coche en la autovía con dirección a Madrid, pero solo lo ven a él, nadie en el asiento del copiloto. San Pedro pide precaución y a varias patrullas que los intercepten en la autovía.

—Voy contigo, pide Matías.

—Yo también voy, es mi hija —exige Javier.

San Pedro los mira comprensivo.

—Está bien, vamos.

—Por favor, traer con bien a mi hija —suplica Blanca.

Por casi media hora, agentes en vehículos camuflados han estado siguiendo a Roberto hasta comprobar que Nuria va en el asiento trasero. San Pedro conduce a gran velocidad, para tratar de alcanzar a sus compañeros. Pero Roberto, se percató del helicóptero y que varios conductores que lo han adelantado lo miran fijamente. Reconoce a uno de ellos, de haberlo visto de servicio con San Pedro.

—¡Maldita sea! —grita enfurecido. Uno de los coches camuflados, hace señales a Nuria para que guarde la calma, y Roberto se da cuenta. Furioso, gira el volante con fuerza y golpea con violencia el coche de los agentes. Nuria se queja, ha llevado la peor parte. La joven, está desesperada, aturdida por el golpe contra el cristal. Aun amordazada, no puede pronunciar palabra.

Otro de los vehículos, se sitúa al lado de Roberto y por megafonía le ordena que se orille. Varios vehículos patrulla están cortando el tráfico, la autovía es libre para Roberto, que no tiene la menor intención de detenerse. De nuevo, otro vehículo le cierra el paso, estrechan el camino. Un todo terreno de gran tamaño adelanta a Roberto y con ayuda de los otros dos vehículos, cierran el paso, tratando de hacer que disminuya la velocidad, pero frustrado, Roberto acelera a fondo, a la vez que el todo terreno afloja la marcha. El

impacto es brutal, y Roberto pierde el control del vehículo saliendo expulsado por la luna delantera. Nuria, atada con el cinturón de seguridad, tiene un fuerte golpe en la cabeza por el impacto, en ese instante, la chica no reacciona.

RECONCILIACIÓN

Nuria se encuentra en observación. Está sedada. Blanca no se ha separado ni un minuto de ella, al igual que Matías, quien, al lado de la cama, no deja de susurrarle cuanto la ama.

—Ahora comprendo por qué mi hija te quiere tanto —comenta puniendo su mano sobre el hombro de Matías.

El médico se acerca a la camilla, Matías se pone en pie y abraza a Blanca para darle ánimos.

—Ya tenemos los resultados. Todo está bien, tan solo hay algunas contusiones leves producidas por el golpe. La rozadura del cinturón de seguridad en el cuello. Nada de importancia. Lo más grave ha sido el estado de ansiedad de la joven, la crisis de pánico sufrida disparó la tensión y por nos hemos visto obligados a sedarla. Iremos rebajando la dosis de sedante hasta que se encuentre bien y pueda asimilar lo sucedido. En unos días podrá irse a casa, pero sería conveniente que un psicólogo la vea para darle la noticia.

—Lo tendremos en cuenta, doctor —afirma Blanca.

—Iré a informar a los demás. No me tardo —comenta Matías, permitiendo que Blanca esté con su hija a solas.

Por un instante, Nuria abre los ojos, está tranquila al ver a su madre al lado. La mujer, le sonrío y acaricia la mejilla con cuidado, pues está llena de morados producidos por los golpes de Roberto.

—Hola —susurra la joven.

—Descansa mi vida —pide Blanca con ternura.

—Gracias por estar aquí, mamá.

—Te quiero, Nuria. Te quiero con toda mi alma —añade besando la frente. Nuria respira tranquila, no recuerda lo sucedido en el accidente y el sedante la tiene atolondrada.

Dos días después, Lucía llega a casa de sus padres, sube al dormitorio que compartía con Nuria.

—Hola enana. ¿Cómo sigues? —pregunta sonriendo, y entregándole un oso

de peluche.

—Los regalos se los tengo que hacer yo a mi sobrina.

—Ya habrá tiempo, este es para ti.

—¿Como te encuentras? —insiste dándole un abrazo.

—¿Del cuerpo o del alma?

—Ambas.

—El cuerpo apenas duele. El alma está destrozada.

—¿Por?

—Matías

—¿Qué con él?

—No ha sido capaz de levantar el teléfono para preguntar cómo estoy, bueno, tal vez no sepa lo que me pasó.

—Nuria, Matías no se ha separado de ti ni un momento, parece un fantasma en esta casa —confiesa Lucía.

—¿Porque no lo he visto?

—Tiene miedo de que le pidas que se marche. Él nos alertó de tu desaparición. Roberto lo llamó por teléfono para exigirle que no se acercara a ti, porque le habías dado una oportunidad, pero él no le creyó y cuando vino a buscarte, pues, ya sabes el resto. Nuria, Matías te quiere con todo su corazón —concluye Lucía.

Con paso lento pero lleno de ansia, Nuria baja a la planta de abajo, mira en el salón y ve a Javier viendo las noticias.

—¿Dónde está? —pregunta.

Javier sonríe y señala con la cabeza al jardín. Nuria sonríe. Está ahí, cerca de ella. Al salir al jardín, Nuria encuentra a Matías sentado en el filo del escalón. Blanca que está regando las plantas, corta el grifo del agua. Sonríe y entra en la casa para dejar a los chicos a solas. Matías se acerca a Nuria, y esta, al verlo frente a frente, se abraza a él con fuerza.

—Te quiero —susurra Matías en el oído de la joven. Con cuidado, para no hacerle daño en las heridas, Matías da un tierno beso en los labios.

—No era consciente de cuanto podía llegar a amarte, hasta que pensé que te podía perder —confiesa.

En ese instante, Nuria escucha las campanas de la iglesia. Un escalofrío recorre su espalda.

—Están tocando a muerto.

—Nuria, tienes que saber algo.

Matías ofrece su mano a la joven y entran en el salón. Javier apaga la televisión.

—Creo que es mejor que vosotros, ya sabéis.

—¿Qué está pasando? ¿Se ha muerto alguien? —pregunta preocupada.

—Ven, hija. Siéntate aquí. — señala Javier el lugar que está dejando para que se siente entre él y Blanca. Matías abraza a Lucía preocupado por la reacción de Nuria.

—¿Quién es el muerto?

Blanca da un abrazo a su hija, pero Nuria se separa.

—Te tienes que calmar.

—Mamá, si no me decís qué está pasando sí que me va a dar otro ataque.

—Es Roberto, hija. En el accidente, Roberto no llevaba el cinturón de seguridad. Trataron de detener el coche, pero Roberto aceleró de tal forma que estrelló el coche contra el todo terreno y literalmente, voló por la luna. Murió en el acto.

En ese instante, los nervios de Nuria desaparecen, tan solo queda una profunda tristeza y comienza a llorar, en verdad está afectada, pues, aunque Roberto le hizo daño, ella no quería que terminase de esa forma.

Matías, al ver el dolor de Nuria, comprende que no es momento de hablar de su relación. Suelta a Lucía y sale al pasillo. Lucía lo sigue.

—¿Dónde vas?

—A mi casa, Nuria necesita tiempo.

Lucía no puede hacer nada para evitar que se marche. Es la realidad, Nuria necesita tiempo para poner en orden todo lo que siente en ese momento.

Cuando las heridas físicas han desaparecido de su cuerpo, Nuria regresa a clase sabiendo que ya no corre ningún peligro. A través de un mensaje, Bea y Lucía han avisado a Matías de la incorporación de su hermana a clases y el joven, se dirige a su encuentro para ver cómo está.

A la salida del colegio, Matías está esperando a la chica aparcado en el coche. Gema, alerta a Nuria de la presencia del atractivo chico.

—Hola —dice con ternura.

—Hola.

—¿Damos un paseo? —pregunta Matías.

Nuria asiente con la cabeza y sonríe. Matías abre la puerta del copiloto para que la joven suba.

Tras unos veinte minutos en silencio, los chicos llegan hasta el mirador de San Nicolas. El lugar que ofrece la mejor puesta de sol del mundo. En las terrazas la gente come celebra la vida, una bailaora de flamenco taconeas al ritmo de una caja y una guitarra, con el calor de las palmas y el pulmón de su compañero. Tomados de la mano, Matías conduce a Nuria hasta un rinconcito donde encuentran tranquilidad para hablar.

— Por qué no me has llamado en estos días?

—Pens  que necesitabas tiempo y espacio para vivir tu duelo. Aunque Roberto fuera un, bueno, lo que fuera, te casaste con él porque lo querías.

—Roberto fue mi tabla de salvación, no te lo voy a negar. Estuvo conmigo cuando abort , guardo el secreto, me cuid  como amigo, tuvo paciencia y se fue ganando un hueco en mi corazón, pero lo destrozó todo el día de la boda.

— Y a ti, como te ha ido con Eva? Hasta donde s  estabais juntos de nuevo.

—Eso no es verdad, Nuria. S  es cierto que me bes , pero yo no siento nada por ella. Lo nuestro termin  hace mucho tiempo, no hay nadie más que t  en mi corazón.

—Pens  que...

—Dejó que pensaras, pero no es cierto. Tengo miedo de que no quieras estar a mi lado ahora que sabes que soy estéril.

—Matías, yo te quiero a ti por la maravillosa persona que eres, por como soy cuando estoy contigo. Mira, no s  qué pase en un futuro, pero sí soy consciente de que tenemos que olvidar el pasado, aprender de nuestros errores, y mirar para adelante. Quiero ser la madre de tus hijos, no me importa someterme a todos los tratamientos que necesite para tener un hijo contigo, porque te amo. Quiero vivir mi vida contigo. Solo si es contigo —sentencia Nuria dando un tierno beso de reconciliación a Matías.

UN CRUCERO MÁS

El domingo se hizo para pasarlo en familia. Para disfrutar de nuestros amigos, para saborear la vida viendo una película en casa comiendo palomitas, pero sobre todo para gozarlo. En casa de Nuria han comprendido el mensaje y a partir de ahora, habrá más días como este. Matías y Nuria llegan a casa de Blanca para una deliciosa barbacoa organizada por Javier, para celebrar la felicidad de sus tres hijas.

—A ver, yo quiero hacer un brindis, porque he ganado tres maravillosos hijos. Por fin hay hombres que me entienden en esta casa, ya no estoy solo, Nando, mira mi niño, por fin somos mayoría —bromea

—Te va a durar poco, papá, acá va a llegar tu nieta para hacerte flaquear.

—No más que vosotras mis niñas.

—Bueno, mamá, papá. Matías y yo tenemos algo que deciros.

—Estás embarazada.

—No suegra, aun no...

—Más bien es un regalo —comenta Nuria entregándoles un sobre. Blanca lo abre y grita de alegría.

—Un crucero Javier, nos vamos de crucero.

—Vosotros me regalasteis el mío, y me trajo al amor de mi vida y ahora, queremos devolveros un poquito de nuestra alegría. Y no, no coincide con el nacimiento de mi sobrina —comenta Nuria feliz abrazando a sus padres.

—Estoy muy orgullosa de vosotras. Me habéis dado una gran lección, me habéis enseñado a ser mejor madre, y os prometo que cada día seré mejor, para vosotras, para mis nietos. Se acabaron los secretos, los miedos, el qué dirán. Bea, ¿Tú no tienes ningún secreto por ahí? ¿verdad? —pregunta riendo. Bea toma un sorbo de vino.

—Claro que no mamá. ¿Qué secretos voy a tener yo?

—¿Quién sabe, suegra? Todos guardamos secretos —responde Santi muy serio.

—Estas bromeando, ¿verdad?

—Claro que está bromeando, mira su cara —añade Alberto lanzando una servilleta. La familia ríe feliz, a la vez que Lucía, levanta su vaso de refresco

y hace una mueca a Bea.

—Bueno, vamos a dejar las bromas a un lado y escuchadme un momento.

—Otro que se lanza a la piscina —comenta Bea tras llenarse la copa nuevamente.

—¡Don Javier! ¡Doña Blanca!

—Si me vuelves a decir Don, no te doy la mano de mi hija —bromea Javier.

—¿Cómo sabes lo que iba a pedir?

—Hijo, porque ya te has tardado siete años. Anda, dame un abrazo muchacho.

—¿Cuándo es la boda? mira que yo quiero recuperar mi figura enana, no se vale —comenta Lucía.

—Vamos a guardar un tiempo prudente por la muerte de Roberto, pero la próxima primavera, seré el afortunado esposo de Nuria —comenta Matías dando un tierno beso a su novia. Mientras el resto de los familiares silban y celebran el triunfo del amor de la pareja.

Por la noche, en el ático, Nuria y Matías hacen nuevamente el amor como si no existiera el mañana, porque en cada entrega, en cada abrazo, cada beso, se debe entregar con todo el alma.

—Te estás quedando dormida.

—Estoy agotada.

—Vas a ser la novia más hermosa del mundo.

—Y tú el novio más guapo de todo el universo.

—Te amo —susurra Matías observando como su novia termina quedándose dormida entre sus brazos. Matías respira feliz, afortunado, enamorado.

Como si de un sueño se tratase, Nuria comienza a abrir los ojos. Mira hacia el balcón y observa la inmensidad del mar. De un salto, se levanta y abre la puerta para que entre el olor a mar. Matías gruñe, aun quiere seguir durmiendo.

—Nena, que anoche me dejaste sin aliento, necesito coger fuerzas.

—Será mejor que, aquí en México, descartes de tu vocabulario la palabra “coger” o entenderé que quieres otra cosa —comenta risueña sentándose a horcajadas en la cintura de su flamante esposo, dispuesta a disfrutar de un

enorme y palpitante amanecer que yace bajo el slip de Matías

No importa el tiempo que tarde en llegar, porque el amor verdadero, siempre nos alcanza para no dejarnos ir jamás.

FIN

Epílogo

¡Feliz cumpleaños, Bea!

¿Son los treinta y cinco años la mejor edad en una mujer? Ahí se queda la pregunta. Se supone que, a esa edad, la mayoría de las mujeres, se sienten realizadas, unas están casadas, tienen hijos, un puesto de trabajo estable y con buen salario (en algunos casos). Otras, han decidido viajar por el mundo y disfrutar su vida. Hay mujeres valientes que han optado por una profesión diferente, arriesgada y se dedican a salvar el mundo de forma anónima, ya sean investigadoras, científicas, militares. Mujeres que simplemente han tomado caminos diferentes para el resto, comprensible o no, depende del cristal con el que se vea. Aquí nadie juzga a nadie. Lo cierto es que Bea, tiene todo lo que había planeado a los veinticinco. Un matrimonio feliz, un hijo de cinco años hermoso y sano, y un negocio propio bien avenido.

—¿Qué más puedes pedir? —pregunta Nuria.

—Pues no sé, tal vez que Santi cambie y vuelva a ser el mismo. Que pase más tiempo con nosotros. Cuando llega a casa del trabajo, yo ya estoy dormida en el sofá. Y él, agotado, cansado —responde Bea dándose un poco de brillo en los labios.

—Santi lleva un tiempo extraño, no sabría cómo explicarlo —comenta Lucía mientras abrocha el pañal del pequeño Leo, de cuatro meses.

—¿Ves? Lucía me da la razón. Yo creo que Santiago me está puniendo los cuernos —afirma Bea.

—¡No me refiero a eso, Bea! —añade Luz de inmediato.

—Mujer, tanto cómo puniendo los cuernos. Te has pasado. No creo que Santi sea capaz, si te quiere más que a nada en esta vida —exclama Nuria retocándose su larga melena en el espejo del baño.

—Yo hablaría con él y le preguntaría directamente qué le pasa —sentencia Lucía colocando el mini vaquero de su segundo hijo.

—Ya, eso es muy fácil, ¿no? —comenta Bea.

—Creo que me voy a quedar calva —comenta Nuria recogiendo del lavabo el pelo caído.

Bea hace una mueca, parece que Nuria no comprende la gravedad de su

situación. Se supone que Bea siempre ha sido doña perfecta, quien tiene todo controlado, sabe lo que ocurre a su alrededor, y ahora, no está segura de la fidelidad de su esposo.

Las tres hermanas salen del baño de mujeres de La Finca, y se dirigen al jardín trasero.

—Me encanta como habéis decorado el salón principal —comenta Nuria admirando cada rincón del espacio dedicado para eventos.

—Pues tienes que ver la carpa de madera que Alberto ha instalado en la parte trasera. Es una zona vintage para eventos pequeños, muy acogedora, familiar, romántica. —comenta Lucía.

—Y ¿Cómo está Matías después de? Ya sabes —pregunta Bea.

—Ya te puedes imaginar cómo estamos los dos. Solo queda muestra para un intento más. Nos vamos a esperar un tiempo mientras mi cuerpo se recupera, ahora dicen que tengo anemia. ¿te lo puedes creer? seguramente debido a tantas hormonas que me han pinchado. ¡Solo me falta que me suba la tensión! —les comenta Nuria dejando escapar unas lágrimas, a la vez que coge aire profundamente.

—Ya, Nuria. No quería que te pusieras triste, pero, no sé qué decirle a Matías —responde Bea abrazando a Nuria.

—Enana, estoy segura de que vais a tener familia, ya verás, ten fe. Ahora lo importante es que tu cuerpo se recupere del aborto y que estés más fuerte que nunca para el nuevo tratamiento —añade Lucía dando un tierno beso en la frente a su hermana.

Nuria carga en sus brazos al pequeño Leo y lo mira con ternura. El no poder darle el hijo que tanto desea a Matías, le está pasando factura en su matrimonio, y no sabe cómo afrontar esta etapa. En ese instante, Blanca se acerca de la mano de Javier.

—Lucía, la fiesta te ha quedado preciosa —comenta la mujer extendiendo los brazos para cargar a Leo.

—Pero bueno, ¿qué os pasa? ¿por qué esas caras? Estamos de cumpleaños —añade Javier pasando sus brazos por el hombro de Lucía y Nuria para dirigitas al jardín.

—¿Dónde está Santi, Bea? No lo he visto en todo el día —pregunta Blanca caminando detrás. En seco, la joven se detiene y mira fijamente a su madre.

—No lo sé, mamá. No sé qué está pasando con Santiago, ayer se marchó de la casa sin decir nada, solo me dijo que era urgente, que saldría de viaje y

no sabía si llegaría a tiempo para celebrar mi cumpleaños.

—Nuria, ven, ayúdame con el equipo de música —pide Lucía para dejar solos a Bea y sus padres. Nuria carga en brazos a Leo y salen al jardín.

Bea coge aire profundamente a la vez que Javier le da un fuerte abrazo.

—Cariño, ¿qué ocurre? —pregunta Blanca.

—Mama, si lo supiera te lo contaría. Pero no entiendo qué le está pasando a Santi, últimamente está muy extraño conmigo. Trato de hablar con él, pero me evade. Siento mucha frustración, porque no sé qué hacer.

Blanca le da un fuerte abrazo con mucho cariño y comprensión. Conoce muy bien a Bea, es la más parecida a ella.

—Voy a tener que hablar con este muchacho. A mí sí me va a decir qué le pasa —comenta Javier frunciendo el ceño molesto.

—¡Ya! —resopla Bea cogiendo aire —Vamos a pasar un buen día. Venga, vamos a festejar mi cumpleaños, con o sin Santiago —comenta tratando de recomponerse para no hacer sentir mal a sus padres.

En el jardín, Matías juega al escondite con Nando y Valeria. Los primos tienen ahora cinco y tres años y medio, y son los consentidos junto con el pequeño Leo. Nuria observa a su marido con nostalgia, mientras mece en sus brazos a su sobrino pequeño.

—Lo vais a conseguir —dice Lucía abrazándola por la espalda. La joven coloca su barbilla sobre el hombro de Nuria y le da un tierno beso en la mejilla.

—¿Y si no es así, Luz? —pregunta.

—Lo importante es que no te agobies. Tómallo con calma, el mismo estrés y la carga emocional que tienes, puede influir negativamente en tu organismo y convertirse en tu peor enemigo a la hora de la inseminación —comenta Lucía tratando de, como todo el mundo dar consejos a la joven pareja.

Alberto y Lucía han sido unos grandes anfitriones. Bajo un bonito cenador de madera de cinco metros de largo por cuatro de ancho, la familia disfruta de una deliciosa comida preparada por Lucía. Una mesa llena de deliciosos manjares, queso, frutos secos, embutido y paté caseros, ensalada de pimientos del piquillo, espárragos blancos de Bedmar, todo ello regado con el mejor AOVE picual de la familia MELGAREJO.

Aunque Beatriz trata de mantener la sonrisa siempre presente, le cuesta mentir a sus hermanas. Una mezcla de rabia, decepción y tristeza inundan su mirada. ¿Dónde está Santiago? ¿Qué es para él, más importante que su

familia? ¿Acaso su matrimonio está llegando al final? Son cientos de preguntas que se hace todos los días, con la misma incertidumbre como respuesta. No comprende, y su esposo no le dice nada. Tan solo encuentra silencio en su mirada, en sus labios ya no hay calor, y la pasión entre ellos dejó de existir. Dos extraños bajo el mismo techo, compartiendo una cama que dejó de ser cómplice de tórridos encuentros. Ahora, cada uno en una esquina, monotonía, aburrimiento. Deseo truncado...

—Tía Lucía, ¿Cuándo nos vamos a comer la tarta que hay en la cocina? Valeria quiere tarta —comenta ingenuo Nando sacando a Bea de sus pensamientos.

—¡Pero bueno! ¡Calla canijo, que era una sorpresa! —responde Nuria. La familia sonrío y Bea se come a besos a su hijo y su sobrina, quienes no paran de reír a carcajadas por las cosquillas que les hace.

—Venga, traer el pastel, que yo también quiero mi parte —comenta divertida.

Alberto mira a Lucía y esta asiente con la cabeza, Matías lo acompaña hasta la cocina para sacar la deliciosa tarta que Blanca y Lucía han preparado. Una gran tarta de tres leches con merengue italiano que se dispone a endulzar el paladar de los presentes.

—Espera, las velas —comenta Nuria colocando la cera al revés.

—Enana, que cumpla treinta y cinco, no cincuenta y tres —reprocha con gracia.

—Huy, perdón —ríe la joven girando el pastel para que se vea el número correcto.

—Cuñada, tómate tu tiempo, cierra los ojos y pide un deseo —comenta Matías.

La familia se arranca a cantar el cumpleaños feliz. Bea los mira agradecida, sonrío al ver cómo Nando llena la nariz de Leo de merengue, a la vez que Valeria lo saborea con su dedo. Lucía, sin dejar de cantar sujeta a su hija y Javier y Blanca se abrazan emocionados. En ese instante, cuando la canción está por terminar, Beatriz cierra los ojos.

Cómo una melodía, los aplausos de su familia ensordecen sus oídos, puniendo la mejor banda sonora al día. Mientras, en sus pensamientos tan solo hay un deseo. “Que el verdadero amor regrese a su vida. Que vuelva a sentirse una mujer amada, deseada, querida y cuidada por el amor de su vida”. En ese instante, un silencio se hace presente en el jardín de La Finca. Bea, sopla las

velas y unas lágrimas rebeldes salen de sus ojos, manifestando el dolor que siente en ese feliz momento.

—Papá —grita Nando, sacando a Bea de su deseo.

El niño corre a los brazos de Santiago, quien lo abraza con fuerza y protección. Bea observa los rostros serios de sus hermanas, la cara de incertidumbre de Blanca y Javier. Alberto abraza Lucía, y Matías no comprende nada de lo que está sucediendo. Cómo si de una escena de película se tratara, Bea reconoce el rostro de Jorge Solís junto a Santiago. El primer amor, aquel hombre que la enseñó a besar, que la hizo mujer. Aquel que tatuó su piel de besos que jamás pudo borrar.

¿Pides deseos cuando soplas las velas de cumpleaños?

Ten cuidado, porque muchas veces, los deseos se hacen realidad...